

SILVIA ARRÚ ESTEVE

Maldita Bruja



EDITORIAL
S
SoldeSol

SILVIA ARRÚ ESTEVE

Maldita Bruja



EDITORIAL
S
SolceSol

SILVIA ARRÚ ESTEVE

Maldita Bruja

EDITORIAL

SoldeSol

CRÉDITOS

MALDITA BRUJA

© 2018, Silvia Arrú Esteve

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol
(EditorialSoldeSol.com)

Corrección: Ana Elisa Naranjo

Más información del libro en [Editorial SoldeSol](http://EditorialSoldeSol)



EditorialSoldeSol.com

Los derechos de este libro quedan reservados a sus autores. Puede dirigirse a ellos para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

MALDITA BRUJA

¡MALDITA BRUJA!

—¡MALDITA BRUJA!

Muy bien, Carolina, pensando en voz alta otra vez. Me parece a mí que la neurona que conecta el cerebro con mi boca se me dispara sola. Bueno, solo me han mirado tres personas, que con el ruido que mete esto, parece que en vez de ir en metro estemos subidos en un F-18. La culpa de todo la tiene Reme con su maldita insistencia para que fuera a ver a la jodida pitonisa. Pero lo que es más jodido todavía es que la mala bruja acertó, y yo que creía que solo te decían cosas buenas, aunque solo sea para que vuelvas otro día a soltar la pasta... Pues va a ser que no, que esta es bruja, pero de las que llevan escoba, y encima me cobró veinte euros para mandar mi vida a la mierda en apenas diez minutos. A la que me baje de este ruido infernal, llamo a mi madre, que como me vea entrar en casa con la maleta, igual me tengo que poner a hacerle un masaje cardiaco.

—¿Mamá?

—Hola, hija.

—Estoy aquí abajo, en la puerta.

—¿Y eso? ¿No deberías estar trabajando?

—Ahora te cuento.

—¿Que me cuentas el qué exactamente?

—Traigo una maleta.

—¿Una qué?

—Que vengo a pasar con vosotros una temporadita.

—¡Ni hablar!

—Qué bonito es el amor, mamá.

—¿Y Javier?

—Me ha echado.

—¿Que te ha qué?

—Veo que estás un poco espesa hoy.

—Mira, Carolina, que no estoy para bromitas.

—No es ninguna broma, mamá. Todo es por culpa de una maldita bruja.

—¿Cómo? Carolina, no entiendo nada. Anda, vuelve a tu piso con Javier y déjate de tonterías. Y, además, aquí ya no tienes habitación, que sabes que ahora es mi despacho.

—¿Y para qué quieres tú un despacho? Ni que fueras ministra de Asuntos Exteriores.

—Carolina, no te pases.

—A ver, mamá, o duermo en casa, o duermo en el metro. Tú verás.

—Tu hermana está aquí a mi lado, y dice que no piensa compartir su baño contigo.

—Dile que no se preocupe, que ya cagaré por la ventana.

—Dice que tema resuelto.

—Desde luego, mamá, si lo sé, me tiro de la cigüeña.

—¿Qué cigüeña?

—Subo, solo quería avisarte.

Ya no sé si tengo tan claro lo de volver a casa, pero o eso, o el metro, y yo que tengo el sueño más bien ligerito ahí no voy a pegar ojo en toda la noche. ¡Joder, cómo pesa la maleta! Y eso que solo he metido cuatro cosas, que el gilipollas de Javier me ha dicho que cogiera lo básico, y que lo otro me lo mandaba él. Y mi querida familia vive en un cuarto sin ascensor: una maravilla, vamos.

Meto la llave en la cerradura y entro como si hubiera hecho la cima del Everest.

—Mamá, ¿me traes un poco de agua?

—Tú es llegar y mandar. Ya sabes dónde está la cocina. Y deprisita, que me vas a contar ahora mismo qué está pasando aquí.

—Sí, sí, en cuanto me llegue aire a los pulmones.

—Muy fina te has vuelto tú viviendo en ese piso con ascensor.

Me voy a la nevera y me pongo a beber a morro de la botella, que esto es cuestión de vida o muerte.

—¡Qué asco! Como te vea mamá...

—Solo lo sabrá si tú se lo cuentas. Me bebo esta cerveza.

—¡Ni hablar, que es de papá y solo queda esta!

—Pues bajáis al súper y compráis más.

—¡Mamá! ¡Carolina se quiere beber la cerveza de papá!

Ya viene. Mucho ha tardado. Seguro que me estaba inspeccionando la maleta, que en esta casa la palabra «intimidad» les suena a somalí.

—La cerveza de tu padre ni tocarla.

—¡Joder! ¡Cómo os ponéis por una cerveza, ni que fuera la piedra filosofal!

—Carolina, cuéntame rapidito, que me estoy empezando a poner nerviosa.

—Pues eso, que Javier me ha echado, dice que tiene una crisis existencial.

—¿Y eso qué es?

—No sé, mamá, que se estará follando a otra.

—Anda, dame la cerveza.

—Es de papá.

—Sí, hija, ya lo sé, pero tu hermana ya ha conseguido que me dé taquicardia.

—Pues la cerveza no creo que te la quite, y además aún no he terminado, así que espérate, que igual vas a necesitar algo más fuerte.

—Carolina, por favor.

—También me he quedado sin trabajo.

—¿Cómo?

—Como oyes.

—Mira, Carolina, que no estoy yo para dramas.

—Mamá, que nos conocemos, que a ti te gusta más un drama que el chocolate.

—¿Qué ha pasado?

—Es culpa de una bruja.

—¿Qué dices?

—Pues eso, que Reme fue a ver una pitonisa de esas que te adivinan el futuro y el pasado y yo que sé más, y me dijo que era buenísima y que le había dicho que le esperaba un futuro de fábula, y que fuera, que me iba a encantar.

—Y fuiste.

—*Yes*.

—Carolina, vamos a hablar en castellano, que no está el horno para bollos.

—Tranquila, mamá, que esta del *yes* no pasa.

—¡Tú que sabrás! Mamá, ¿podemos hablar en privado?

—No, en esta casa no hay secretos para nadie.

—Pues, al menos, que no se meta.

—Jessi, deja hablar a tu hermana, a ver si nos enteramos de algo.

—Bueno, pues eso, que me fui a la bruja esa y, en diez minutos y veinte euros menos, me dijo que me iba a dejar mi novio y que me iba a quedar sin trabajo. Lo único que le quedó por adivinar es de qué color llevaba las bragas, que seguro que se lo llevo a preguntar y lo adivina.

—¡Qué ordinaria eres, hija!

—Total: que me he quedado sin novio, sin piso y sin trabajo.

—A mí nunca me gustó ese chico.

—A ti no te gusta nadie, mamá.

—Mira, hija, lo que tienes que hacer es buscarte un novio rico, que ese era un muerto de hambre.

—Pues como tenga el mismo ojo que tú...

—¿Qué tienes que decir de tu padre?

—Nada, nada, pero que Bill Gates tampoco es.

—Que yo sepa, no te ha faltado nunca de nada.

—Tampoco me ha sobrado nada.

—¡Qué desagradecida eres, hija, con lo que le costó a tu padre pagarte la carrera!

—Pues de lo que me ha servido...

—Sí, anda, no te disculpes, no.

—Vale, mamá, lo siento, hoy no es mi mejor día del año.

—Muy bien. Puedes quedarte una temporadita, pero te pones a buscar trabajo hoy mismo.

—Sí, ya tengo alguna idea.

—¡Qué miedo me das, hija!

—Voy a dar clases particulares de momento, que me sirva de algo la carrera.

—Ya te dije yo que estudiaras algo que tuviera más futuro, pero tú ahí, más tozuda que una mula, y ahora ya me explicarás a mí de qué te va a servir eso del arte.

—Se llama Historia del Arte, mamá.

—Da igual cómo se llame si no te da ni para comer ni para dormir.

—Dormir sí que duermo.

—Carolina, que no estoy para bromas.

—Bueno, pues eso, que voy a dar clases particulares a chavales de la ESO.

—¿Y eso dónde va a ser?

—Pues aquí, mamá, no querrás que las dé en un banco del parque.

—¿Aquí?, ¿en mi casa?

—Bueno, claro, si te vas a poner en plan patriótico...

—Aquí ni hablar.

—A ti, mamá, te irían bien un par de anuncios de Ikea.

—A ti te voy a aguantar porque no me queda más remedio, pero no me vas a llenar la casa de adolescentes.

—Será el piso, que hay que ser muy optimista para llamar a esto casa.

—Carolina, estamos empezando muy mal.

—A ver, mamá, que no te voy a llenar el piso de adolescentes, que vendrán

de uno en uno.

—¿Y cuánto vas a ganar?

—Tú siempre tan práctica. Pues no sé, depende de los que consiga.

—Los que consigas... Hablas como si estuvieras en la feria dándole al tiro al blanco.

—Hoy mismo me voy a poner anuncios por todo el barrio.

Abro el bolso y enciendo un cigarrillo, que dicen que fumar calma los nervios, y ya veo que aquí me va a hacer falta la tabacalera entera.

—Aquí no se fuma.

—Joder, pues papá parece una chimenea.

—Esta es su casa.

—Bueno, y la mía cuando él se muera.

—¡Carolina!

—¡Ay, qué susceptible eres, mamá! Aquí no se puede bromear.

—Sobre la muerte de tu padre, desde luego que no.

—Mamá, ¿por qué no la echas?

—Tú hemos dicho que calladita, o te largas a tu habitación.

—Aquí la única que se va a largar eres tú en cuanto entre papá por la puerta.

—Hijas, por favor, vamos a tener la fiesta en paz.

—Me voy a deshacer la maleta.

—Espera, que saco mis cosas, ya te he dicho que era mi despacho.

—Y dale con el despacho.

—Y además tengo que vaciar tu armario, que tengo ahí un montón de cosas.

—Pues mientras vacías, me bajo al bar a tomarme una cerveza y a fumar.

—Sí, eso, tranquila, tú no ayudes en nada.

—Pues eso, que en un ratito vuelvo.

Necesito aire, alcohol y nicotina a saco, y no sé si por este orden. ¿Todas las familias son así? ¡Que soy su hija, por el amor de Dios! Que parece que le esté dando asilo a un refugiado! Y todavía me falta papá, que me va a hacer un tercer grado con cámara y trípode. ¡Maldita bruja! ¿Para qué coño tuve que ir? Con lo tranquilita que estaba yo... Y lo bueno es que la tía me dijo que en dos meses se desencadenaba el huracán, y hasta en eso acertó. La que me va a oír, y bien clarito, es Reme, que es la que me ha metido en este maldito lío, y debería ser ella la que me diera asilo en su piso; pero claro, en su nidito de amor, como dice ella, me va a decir que ni hablar. Me estoy replanteando lo del metro, que tampoco debe de ser tan malo dormir ahí, que si no, no habría

tanta gente. Voy a llamarla ahora mismo, y me importa una mierda si está en el trabajo o donde quiera que esté. Un tono, dos tonos tres... Descuelga.

—Hola, Carolina. Estoy liada. ¿Te llamo luego?

—¡Maldita bruja!

—¿Cómo?

—La bruja esa, la pitonisa de tres al cuarto a la que me mandaste.

—¿Qué ha pasado?

—¡Que lo ha adivinado todo!

—¿Ves? Ya te dije que era buena.

—¿Buena? ¡Que se ha cargado mi vida, Reme!

—¿Pero qué dices, Carolina?

—Que Javier me ha dejado y me ha echado del piso. Y que me he quedado sin trabajo, eso te digo.

—¡Joder con la pitonisa! Es justo lo que te dijo que iba a pasar, estoy flipando.

—La que estoy flipando soy yo.

—Carolina, cálmate, que te veo muy nerviosa y ahora no puedo estar por ti. Luego te llamo.

Y cuelga. ¡Me ha colgado! ¡La muy cabrona me ha colgado! Le digo que estoy al borde del suicidio, y la tía me dice que me llamará luego. Y se supone que esta es mi mejor amiga... Pues voy apañada. Necesito otra dosis de alcohol y de nicotina, o algo más fuerte, pero es que por no saber, no me sé ni liar un porro, que siempre que me fumo alguno me lo tiene que liar alguien. ¡Qué desastre, Carolina! Que al final va a tener razón mi madre, que soy una inútil; aunque ella no se refiere a lo de los canutos, claro está, que como me dé por fumarme uno en su casa, como dice ella, me echa, pero directamente por la ventana del cuarto piso.

Ya llevo tres cervezas y cuatro cigarrillos, y a este paso mañana ya me veo fumándome todas las colillas que encuentre por la calle, porque me quedan veinte euros en el bolso, y esos, mi familia, no me van a soltar pasta ni para compresas.

No voy a quedarme aquí, ya lo he decidido. Ahora mismo subo, cojo mi maleta y me largo.

—¡Mamá!

—Dime, hija.

—Pues... que eso.

—¿Que eso, qué?

—Que eso, mamá, que eso.

—Carolina, como no te expliques mejor... Que tú hasta los dos años no articulaste palabra, que a puntito estuvimos de llevarte a un médico pensándonos que eras muda.

—No debía de tener nada interesante que decir.

—¿Y ahora tampoco?

—¿Has vaciado mi armario?

—Sí, ya lo tienes todo para ti.

—Pues voy a deshacer la maleta.

—Y yo a preparar la comida, que tu padre estará al caer, y no sabe la que le espera.

—¡Joder, mamá! Lo dices como si hubiera ocurrido una desgracia.

—Te has quedado sin novio, sin piso y sin trabajo, ¿hay más desgracia que esa?

—Pues sí, por ejemplo, me podía haber atropellado un camión viniendo hacia aquí.

—¡Ay, hija, qué dramática eres!

—Me voy a mi habitación. Cuando llegue papá, se lo cuento yo.

—¡Ni hablar! A tu padre ya lo aviso yo, que está delicado de salud.

—¡Ni que se hubiera muerto alguien! Que no le va a dar un infarto porque me quede unos días aquí, digo yo.

—Lo de unos días no te lo crees ni tú.

—A la que pueda, me largo, que ya me ha quedado claro que aquí no me queréis.

—Dramática, dramática.

—Me voy a mi habitación.

¡Maldita bruja, maldito Javier y maldito mi jefe! A esos tres sí que los tendría que atropellar un camión, pero de esos que pesan toneladas, de esos dobles, con remolque, no vaya a ser que alguno de los tres pase sorteando entre las ruedas. Pues eso, que si va con remolque doble o triple, de ahí no se escapan.

—Hola. Estás muy pensativa. ¿Algo bueno?

—Bueno no, buenísimo. ¿Y tú qué quieres ahora? ¿No tienes bastante con ser la hija favorita, que encima me lo tienes que venir a restregar a cada momento?

—Venía a traerte los horarios del baño.

—¿Los horarios del baño? ¿Me vas a decir a qué hora tengo que cagar?

—No he especificado tanto, pero tendrá que ser dentro de estos horarios.

—Tranquila, ya iré al cuarto de baño de papá y mamá.

—No lo creo, ahí es peor, y también está cerrado con llave.

—¿Cómo? ¿Lo dices en serio? ¿Pero es que os habéis vuelto todos locos, o qué?

—Eso díselo a ellos.

—Mira, bonita, sal de mi habitación, porque ahora estaba pensando unas cositas, y no vaya a ser que te dé una de rebote a ti.

—Esto es el despacho de mamá, no tu habitación.

—¡Que te largues!

Qué manía con el despacho de mamá, ni que fuera diplomática de alguna embajada la mujer, si lo único que sabe hacer son croquetas, y ahí justito, que las del Mercadona están más buenas. Bueno, yo a lo mío. Abro el portátil y empiezo a escribir el anuncio de las clases particulares, y esta tarde, en cuanto termine de hacer la siesta, me voy a repartirlas por todo el barrio.

Ya está, ni tres minutos he tardado, ahora a ver quién me deja una impresora en esta casa de locos.

—¡Mamá!

—Dime, hija.

—Necesito una impresora.

—Tu hermana tiene una en su habitación.

—No pienso entrar ahí, que esa está muy tarada. Ve tú.

—Yo estoy haciendo la comida.

—Por cierto, mamá, ¿qué es eso de que vuestro baño está cerrado con llave?

—Pues porque no quiero que lo utilizéis y me lo dejéis todo hecho una mierda.

—¿Y se puede saber dónde voy a cagar yo?

—En el de tu hermana.

—Me ha puesto un horario.

—Eso es cosa vuestra.

—Dirás cosa de ella. A ver, mamá, ¿me puedes mirar mientras te hablo?

—Ahora no puedo, que estoy haciendo croquetas.

—¿Croquetas?

—Sí, croquetas. ¿Pasa algo?

—No, nada, nada. Voy a ver si tu hija favorita me deja imprimir una cosa.

Solo de pensar que tengo que volver a hablar con esa tarada, ya me entran

náuseas, y encima se lo voy a tener que pedir supersimpática de la muerte y con el dichoso «por favor» y las dichosas «gracias».

—Jessi, ¿puedo entrar?

—No. ¿Qué quieres?

—Imprimir un par de hojas. Solo será un momentito.

—¿Hablas siempre con diminutivos, o es que te has vuelto gilipollas de repente?

—¿Puedo entrar, o no?

—Ya te abro, que tengo cerrado con llave.

—¿Con llave? Pero ¿este piso qué es?, ¿una maldita cárcel?

—Venga, date prisa, que estoy estudiando.

—Gracias, guapa, será un minutito.

—Aquí no me vengas con recochineo, que no imprimes nada.

—Vale, vale, que solo quería hacerme la simpática.

—Eso, hacerte, ahora lo has dicho.

—¡Ya estoy! No te molesto más, puedes volver a cerrar tu celda. Que, por cierto, como se prenda fuego tu habitación, no sé cómo coño vamos a sacarte de aquí.

—Tranquila, que yo me tiro por la ventana.

—¿De un cuarto? Pues cuando llegues abajo te van a confundir con unos huevos revueltos.

—¿Sales tu sola, o te saco yo?

—Salgo yo. Y gracias, bonita.

—Vete a la mierda.

—Por cierto, tengo pis.

—Pues mírate tu horario.

—Estas de coña, ¿no?

Y me cierra la puerta en los morros, y oigo el clic-clic de la llave. Pero ¿dónde coño me he metido? ¿De verdad que no me van a abrir un lavabo para mear?

Vuelvo a la cocina.

—Mamá, o me abres el baño, o me meo encima de tus croquetas.

—Ve al de tu hermana.

—Ya he mirado el horario y no me toca hasta las tres.

—Muy bien, te abro, pero que no sirva de precedente.

—Tranquilas, que a partir de mañana ya meo y cago en el bar de abajo.

¡Buf, qué alivio! Ya no aguantaba más. Y tampoco las aguanto más a ellas,

estoy por llamar al gilipollas de Javier; igual si le monto un drama, me deja volver. Lo llamo desde aquí, desde el baño, que a saber cuándo puedo volver a entrar, y verás que en cuanto salga me dan ganas de mear otra vez.

—¿Javier?

—Sí, claro. Estás llamando a mi número, ¿no?

—Sí, sí. Perdona, que ando un poco despistada.

—¿Qué quieres, Carolina?

—Bueno..., que... si...

—Carolina, creo que ya te lo he dejado claro.

—Sí, sí, clarísimo. O sea, que lo he entendido todo; es decir, que...

—Carolina, tengo prisa.

—¿Me alquilas una habitación?

—¿Cómo?

—No los aguanto, Javier. No puedo vivir aquí. Será provisional, hasta que encuentre algo.

—¿Y cómo vas a pagar ese algo si no tienes trabajo?

—Eso ya está solucionado.

—¿Ya has encontrado trabajo?

—Casi.

—Mira, Carolina, no me quiero poner desagradable, pero yo no alquilo habitaciones, y menos a ti.

—¿Qué quiere decir eso de «y menos a ti»?

—Quiere decir lo que quiere decir. No es tan difícil de entender, creo. Si no los aguantas, vete con Reme.

—Tú sabes cómo es de pequeño el piso de Reme, que no le cabe ni la jaula del periquito, que la mayor parte del día la tiene en el rellano de la escalera.

—Carolina, aquí no vas a volver, ya te he dicho que necesito estar solo.

—¿Pero si ni te voy a hablar! Te va a parecer que vives con una muda.

—Lo siento, Carolina. Mañana te mando el resto de tus cosas.

—¡Que te jodan!

¿Será imbécil? No me explico cómo he aguantado tres años viviendo con este gilipollas hijo de su madre, y encima yo ahí, perdiendo toda mi dignidad. Muy bien, Carolina, ya era lo único que te faltaba hoy. Pero bueno, que me da igual, que ya me las apaño yo solita, y que si tengo que aguantar unos días a esta familia de tarados, pues los aguanto y ya está.

—Carolina, ¿se puede saber qué haces tanto rato en el baño?

—Cagando mi dignidad, mamá.

—¿Cómo?

—Nada, que ya salgo.

—Pues espabila, que tu padre está al llegar y necesitará el baño.

Ahora entiendo por qué la Presley se hizo como veinte o treinta baños en su casa: para evitar una masacre. ¿Y si me hago las pruebas esas de ADN, o de paternidad o como se llamen? ¿Quién dice que soy hija de mi padre? Que por cierto, no me parezco en nada a él, y mi madre de joven era así como guapita. ¿Y quién me dice a mí que no tuvo ningún *affaire* con algún famosillo ahora famosón y forrado de pasta?

—¡Carolina!

—Joder, mamá, que ya salgo.

—Que llevas media hora metida ahí dentro.

—Estaba pensando.

—Pues vete a pensar a tu habitación.

Bueno, al menos ha dicho «a tu habitación», y no «a mi despacho». Algo es algo.

CRISTIAN

—OYE, ¿QUÉ HACES?

—Pues lo mismo que tú.

—Este es mi territorio, vete a pegarlos a otra parte.

—A ver, mira, tú das clases de Historia, y yo de Matemáticas, así que tranquila, que no voy a quitarte la clientela.

—Eso ya lo veremos, que igual se confunden y arrancan una etiqueta por otra.

—Bueno, pues ya arreglaremos la confusión.

—Eso ya lo veremos.

—¡Qué calor hace! Te invito a una caña.

—¿Tengo cara de que me guste la cerveza?

—Bueno pues a una coca-cola.

—¿Pertenece a la familia Alba?

—No, ¿por qué?

—Porque entonces no me interesas.

—Un poco materialista, tú.

—Un poco no, bastante.

—Muy bien, como quieras. Yo me voy a sentar en aquella terracita y la oferta sigue en pie.

Se va y se sienta bajo una sombrilla, que se debe de estar de cojones. Y como estoy muerta de sed, me voy para allá, y así de paso meo, que a saber cuándo la loca de mi hermana me deja entrar en el baño.

—Me lo he pensado mejor.

—Ya veo.

Viene el camarero y pedimos dos cañas.

—¿No has dicho que no te gustaba la cerveza?

—Yo no he dicho eso.

—Ah, bueno, perdona, me lo había parecido. ¿Te puedo preguntar cuántos años tienes?

—Treinta y tres, los mismos que tenía Cristo cuando se lo cargaron.

—¡Qué bruta eres!

—Pues no preguntes. ¿Tienes un cigarrillo?

—Se me han terminado.

—Pues compra más.
—¿Siempre tienes esta mala leche, o es solo conmigo?
—Está bien, perdona, hoy no es mi mejor día.
—¿Me lo cuentas?
—No te conozco de nada.
—Por eso mismo. Ni yo a ti, así no te podré juzgar.
—Eso sería como un milagro.
—Al menos dime cómo te llamas.
—Carolina.
—Encantado, Carolina. Yo soy Cristian.
—Encantada, Cristian. Y aparte de intentar robarme los clientes, ¿trabajas de algo?
—Solo doy clases particulares, la cosa está fatal.
—Pues ya somos dos.
—¿Te van los museos a ti?
—¿Y a ti las raíces cuadradas?
—Pues si te digo la verdad, no. Soy matemático, pero quería ser músico.
—O sea, que querías morirte de hambre.
—No me importaría morirme tocando.
—Si te pones en plan melodramático, me largo.
—Vale, vale. Pues, a veces, toco en el metro.
—Ah, pues dime en qué línea, que por esa no paso.
—Oye, si estás cabreada con alguien, yo no tengo la culpa.
—Lo siento. Perdona, es que sí que estoy cabreada con alguien.
—¿Con quién?
—Con toda la humanidad.
—¿Con todos por igual, o con alguno más que con otro?
—Con alguno más que con otro.
—¿Vas a contármelo, o seguimos pegando papeles y sudando como pollos?
—Todo ha pasado por culpa de una maldita bruja.
—¿Una bruja?
—Sí, una pitonisa de esas que te adivinan el futuro.
—¿Y?
—Pues que la muy bruja me lo adivinó.
—Ah, pues sí que es buena la tía.
—¿Buena? Ha mandado mi vida a la mierda.
—Bueno, mujer, que tampoco tiene poderes. Ella solo lo predijo, y tampoco

será tan malo.

—Malo no, malísimo. Para empezar, mi novio me ha dejado.

—Lo siento.

—Yo no, era gilipollas.

—Y entonces, ¿por qué estabas con él?

—Porque yo sola no podía alquilarme un piso.

—Muy práctica, tú.

—También me he quedado sin trabajo.

—¡Joder!

—Y todo el mismo día.

—¿Y dónde vives ahora? Porque en algún sitio vas a dar las clases, digo yo.

—Con mi familia.

—¡Ah, qué bien! ¡Qué majos!

—«Majos» no es la mejor palabra para describirlos.

—¿Y eso?

—Tengo una madre que es una inútil, que solo sabe hacer croquetas, y encima no hay quien se las coma; un padre que, aparte de trabajar, no ha hecho nada más en su vida, y una hermana que seguro que la tuvieron que sacar con fórceps, porque es gilipollas de nacimiento.

—Veo que usas mucho la palabra «gilipollas».

—Es muy útil, sirve para hacer muchas descripciones. Y está en el *Diccionario de la Real Academia Española*.

—No me jodas. ¿Y qué significa?

—Necio o estúpido. Así la describe textualmente.

—Bonitas palabras.

—Bonitas no sé, pero útiles un montón. Venga, que llevamos aquí mucho rato, y yo tengo que seguir pegando papeles.

—¿Me das tu teléfono?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no te conozco de nada, y yo no le doy mi teléfono a cualquiera.

—Pues lo estás pegando por todo el barrio.

Y ahí me da, no lo puedo evitar. Me da un ataque de risa como hacía días que no me reía. Y él también se empieza a reír, supongo que pensando que ahora la gilipollas soy yo. Y nunca mejor dicho. Y la mía no sé, pero su risa es contagiosa, de esas que se pegan, de esas que no se despegan, de esas que no

se olvidan. Y cuando por fin nos calmamos:

—Entonces, ¿qué?, ¿me das tu número, o lo arranco de por ahí?

Lo dice mirando los folios llenos a rebosar de mi número de teléfono y ya medio cortados para que sean fáciles de arrancar sin que destrocen todo el papel, que la gente es muy bruta. Corto uno y se lo doy, que de todas formas, como dice él, están repartidos por todo el barrio, y lo puede coger en cualquier sitio, hasta llevarse la hoja entera si quiere.

—Gracias. Te llamaré.

—Voy a estar muy ocupada dando clases.

—Muy optimista eres tú.

MERCEDITAS

UN DÍA MÁS EN ESTA CASA DE LOCOS, y el teléfono sin sonar. Total, que me voy a pegar mis papelitos a otro barrio, que parece que en este ya tienen todos un máster. Primero voy a darme una ducha, que según el horario de la tarada de mi hermana, me toca, y aunque no me tocara me iba a dar igual, que gracias a Dios está en la universidad, y no creo que desde allí huela el vaho de la ducha; aunque tampoco lo tengo muy claro, que esa tiene un sexto sentido como el niño de la película.

—Mamá, que entro en la ducha, no vaya a ser que te dé ahora por llenar el cubo de fregar.

—Tranquila, ya lo llenas tu luego y me das un repasito a la casa.

—¡Y dale con la casa! Que esto no tiene más de ochenta metros cuadrados. Y de repasitos nada, que me voy a pegar carteles.

—¿Más carteles? Pues como no empieces ya a colgarlos en los árboles...

—Gracias por los ánimos, pero me voy a otro barrio, que parece que en este ya os lo sabéis todo.

—Carolina, ¿por qué no te dejas de papelitos y te buscas un trabajo como Dios manda?

—Porque el día que haga lo que me mande Dios, voy lista.

—Tú verás, pero aquí dinero para tus caprichos no tenemos.

—¡Ni que te hubiera pedido algo!

—A ver lo que tardas.

—Qué alegría, mamá, que te levantes así de optimista y de contenta.

—Será cosa de los genes.

—No lo decía en sentido literal.

—Si no hablas claro, no te entiendo, Carolina.

—Pues eso, que me meto en la ducha, y que te estés quietecita con los grifos.

—Pues cuando termines me llenas el cubo de fregar, que ya va siendo hora de que colabores un poco.

—Yo te lo lleno, pero luego me largo.

—Mucho te va la calle a ti.

No le contesto. Total, ¿para qué?, si esto es un diálogo para besugos; o besugas, mejor dicho; o besuga, que yo tengo carrera, tesis y máster, y ella

solo sabe hacer croquetas. Que ya hace tiempo que debería haberse buscado un trabajo por ahí, que como dice ella cuando la oigo hablar por teléfono con una de sus amigas besugas, las niñas ya se le han hecho mayores y no sabe qué hacer con tanto tiempo libre. Pues coño, ¡que se ponga a trabajar, que otro sueldito aquí nos iría de maravilla! Pero cualquiera va y se lo suelta, que máster no tendrá ninguno, pero respuestas tiene para todo.

¡Qué bien se está bajo el chorro! Aquí me quedaba metida toda la mañana, pero en este piso, como la ducha tarde más de cinco minutos, ya te están aporreando la puerta. «¡Niña, el agua!». Ni que me estuviera duchando con agua bendita, joder.

Ya estoy duchadita, vestidita y maquilladita. ¿Y ahora por qué coño hablo con diminutivos? ¡Que parezco gilipollas! ¿Se me estará contagiando? Pues no sería de extrañar, porque en este piso no se salva ni uno.

—¡Mamá, me voy!

—¿Vendrás a comer?

—Si me das para un menú, no.

— ¿Pero tú te crees que somos ricos?

—¡Ni de coña! Pero diez euros tendrás por ahí, digo yo.

—O comes en casas, o no comes. Tú verás.

—A las dos estoy aquí.

¡Buf! Carolina, encuentra trabajo y lárgate ya de aquí, que hay muy mala leche, y seguro que también es contagiosa. Y que ya vendrás por Navidad y eso.

Empiezo a andar y no llevo ni tres calles y ya estoy sudando como un pollo. ¡Maldito mes de junio! ¿Pero no dijeron en la tele que iba a llover? Es que no rascan bola, no aciertan ni de la mañana a la tarde, y no será porque no tengan el cielo repleto de satélites, que cualquier día se cae uno y nos aplasta a todos. Que yo no entiendo mucho de estas cosas, pero sujetos, sujetos que digamos, no están, y con la suerte que tengo, seguro que si se cae uno será en mi barrio, con la consecuente explosión, incendio, grieta descomunal en el suelo, edificios en llamas, parques ardiendo, gente gritando, sangre, heridos, muertos y todos mis papelitos chamuscados. ¡Que eso sería lo peor de lo peor! Miro hacia arriba, por si acaso, y por suerte no veo rastro de que se esté cayendo ninguno, que igual tengo suerte y se cae en Toledo, que ahí a pegar papeles no voy a ir, de momento.

¡Venga, Carolina! Empieza con los papelitos, que hasta aquí no habías llegado, y parece que el matemático tampoco, porque no hay rastro de los

suyos. Por cierto, no sé para qué coño quería mi teléfono si en tres días no me ha llamado; aunque mejor para mí, que igual es otro gilipollas, y a mí me cuesta reconocerlos, que para eso muy buen ojo no tengo, y claro, como no van identificados, cosa que tampoco entiendo, porque una pegatina en la solapa que ponga «¡Soy gilipollas!» tampoco cuesta tanto y evitaría muchos malos entendidos.

Me pongo a pegar papeles, no sin antes entrar en todos los comercios y pedir permiso, que alguna bronca ya me he llevado por pasarme de lista, y claro, no en todos me dicen que sí; de hecho, en casi todos me dicen que no, que la gente es muy fina. «No, guapa, es que se nos mancha el cristal», «No, bonita, es que si no, no se ve desde fuera», «No, mira, es que el dueño no quiere, y me echará la bronca». ¡Qué borde es la gente! Y a mí ya hace un ratito que me está entrando una mala leche que ni te cuento, que ya estoy pensando venir aquí por la noche, cuando todos hayan cerrado, y pintarles unos bonitos grafitis en sus limpios e intocables cristales que pongan algo como por ejemplo: «¡Que te jodan!».

¡Maldita bruja y maldito calor! Y la tacaña de mi madre no me ha dado dinero ni para una caña, que le da igual que su hija se quede deshidratada y muerta en medio de la calle. Suerte que tabaco todavía tengo, que se lo voy quitando a mi padre, porque ya he descubierto dónde lo tiene guardado, y como se fume todo eso, voy a heredar el piso antes de lo previsto.

Total, que vuelvo a mi barrio y me siento en el parque que hay al ladito de casa a ver si corre un poco de aire. Abro el bolso, me enciendo un cigarrillo y empiezo a llenarme los pulmones de nicotina, amonio, dióxido de carbono, arsénico, alquitrán. ¿Alquitrán? ¿Pero eso no es para asfaltar carreteras? ¡Mira que tienen mala leche las tabacaleras! Que digo yo que habrá otras cosas que meter ahí, que esos están compinchados con las farmacéuticas como yo me llamo Carolina, y no van a dejar ni a uno vivo. Bueno, viva, en mi caso. Pero que me da igual, que tampoco me he planteado yo llegar a vieja. Ya llevo unas cuantas caladas la mar de relajada cuando se me acerca un perrito. Ya hace un rato que lo estoy viendo que anda como perdido, y ahora que se ha acercado, veo que no lleva collar. Lo acaricio un poquito, y se acerca más. ¿Se habrá perdido, o lo habrá dejado por aquí algún gilipollas que ya estaba harto del perro? Bueno, pues yo no vuelvo a casa tranquila dejando el perrito aquí, así que lo voy a llevar al veterinario que hay aquí en el barrio para que le pongan el aparato ese que lee el chip y puedan llamar al dueño. Lo cojo en brazos, porque no tengo otra manera de llevármelo, y me doy prisa antes de que

cierren, que ya casi es la una.

—Hola, buenos días.

—Buenos días. ¿Viene a pedir cita?

—Pues no. La verdad es que me lo acabo de encontrar en el parque y venía a que le leyeran el chip para localizar al dueño.

—¡Ah, de acuerdo! Pues siéntese un momento y ahora la llamo.

—Una preguntita, ¿hay que pagar algo por leer el chip?

—No, eso no se cobra.

—Ah, perfecto. Es que ahora no tengo dinero. Bueno, sí que tengo, lo que pasa es que no llevo encima, quiero decir. Pero que vivo muy cerquita de aquí y le puedo dejar mi carné de identidad mientras voy, y vuelvo en un momentito y...

—¿Te importaría esperar ahí? Tengo un poco de trabajo.

—Ay, sí, sí. Perdona, que cuando me da por hablar... Pero que ya me siento y me quedo calladita.

No han pasado ni cinco minutos cuando me llama.

—Puede entrar. Segunda puerta a la derecha.

Y para allá que vamos.

—Hola. Pasa, pasa, que ya me han dicho que te lo has encontrado en el parque. A ver, ponlo aquí encima y aguántalo un momento.

Veo cómo el veterinario coge una especie de pistola y empieza a gesticular con la cabeza que no.

—No lleva.

—¿Cómo que no lleva?

—No todos llevan, aunque sea obligatorio. Y este perro está muy sucio y desnutrido, tiene toda la pinta de que lo hayan abandonado.

—¿Abandonado? ¿Y yo qué hago ahora?

—Puedes dejarlo aquí y llamaré a la perrera.

—¿A la perrera? ¿Y allí que le harán?

—Pues intentar que lo adopte alguien, y si no...

—¿Si no, qué?

—Mira, no sé cuáles son los protocolos para estos casos.

—Si nadie los adopta, ¿los sacrifican?

—Puede.

—¡Me lo llevo!

—Eso sería buenísimo para él.

—Pues no se hable más.

—Tráemelo de aquí a unos días, a ver si ha recuperado un poco de peso. No te cobraré, gente como tú no abunda.

—De acuerdo, se lo traeré, pero ya verá que será otro.

—Otra.

—¿Cómo?

—Es una hembra.

—Ah, pues mejor aún, que los hombres, por lo general, son gilipollas.

—Gracias por la parte que me toca.

—¡Uy, no, no! Perdona, no lo decía por usted, que ya no sé ni lo que digo. Vamos, que usted es un bendito, que ya lo están esperando en el cielo... Bueno, perdón, ahora no, por Dios; quería decir de aquí muchos años. Bueno, que eso, que me voy y vuelvo en unos días.

Pero Carolina, ¿cómo puedes llegar a decir tantas burradas en tan pocos segundos? Que el hombre se habrá pensado que estás mal de la cabeza y que pobre perra, en manos de qué loca ha ido a parar.

¡Venga, bonita, que nos vamos a casa! Bueno, te explico, de momento nos vamos a casa de mis padres; pero tú no te preocupes, que solo son unos días, y en cuanto empiece a dar clases, nos buscamos un pisito bien majo para las dos. Ah, y por cierto, que voy a tener que ponerte un nombre. Que sí, no me mires así, que ya sé que tienes uno, pero como no entiendo el idioma perruno y tu del mío ni jota, pues vas a tener que cambiar de nombre. Pero no te preocupes, que te voy a buscar uno bien bonito.

De fábula, Carolina, la conversación con la perra en medio de la calle. Seguro que ya están diciendo los vecinos que ya ha vuelto la hija de la loca del cuarto. ¡Hala, ya estamos en el portal! ¡Buf, cómo pesa! Y eso que es pequeña. ¿Será la raza esta...? Esos tan feos, Bulldog, creo que se llaman. Venga, bonita, coge aire, que nos quedan cuatro pisos a pie, y no sé cómo voy a meterte en el piso sin que nos descubra mi madre.

Ya estamos arriba las dos. Sin aire, claro. Meto la llave en la cerradura lo más despacio que puedo para no hacer ruido, a ver si conseguimos llegar a mi habitación sin ser vistas por el enemigo. Cojo a la perra en brazos otra vez y entro.

—¡Carolina!, ¿qué llevas ahí?

Joder, con la espía soviética. Ya me ha pillado. Mejor dicho, nos ha pillado.

—Mamá, te tengo que contar una cosa.

—¿Qué es ese perro?

—Perra. Y se llama Mercedes.

—Hija, no me hagas beber, que estoy en ayunas.

—A ver, mamá, te cuento. Resulta que estaba en el parque sentada en un banco, porque no me has dado ni un euro para una caña, y, de repente, ha aparecido Mercedes. Y no te lo podrás creer: la han abandonado, y no lleva chip.

—Carolina, por favor, que está a puntito de llegar tu padre. Vamos a hacer una cosa, se queda hasta esta tarde y se llama Bobby. Y luego te lo llevas, y me da igual a dónde.

—A ver, mamá, que bastante tiene ya la pobre con ser una perra, para que encima yo le ponga nombre de perro. ¿No sabes tú eso de «qué vida más perra»? Pues eso, que se queda con Mercedes.

—Hija, esto va a acabar muy mal.

—Tranquila, que me voy en unos días.

—No te estoy echando.

—Pues lo ha parecido.

—Cuando tu padre vea al perro, le da un soponcio. Y encima se llama como su tía.

—Orgullosa tendría que estar.

—Me voy a la cocina, que contigo no se puede.

¡Madre mía, qué descanso! Ahora entiendo por qué se han echado todos llave en las habitaciones, es que una sola puede estar tranquila así.

—Carolina, ¿puedo pasar?

—Pasa.

—¿Y este chucho?

—Se llama Mercedes.

—¡Como la tía de papá!

—Pues eso.

—¿Y de quién es?

—Pues mía, ¿de quién va a ser?

—No me jodas, que te has traído un perro a casa.

—Es una perra.

—¿Lo saben papá y mamá?

—Mamá sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Creo que ha ido a meter la cabeza en el horno.

—Si esto fuera *Eurovision*, ya tendrías los doce puntos, pero para largarte.

—Qué manía todos con que me vaya. ¿Y por qué no te vas tú, bonita? Que

ya tienes veinticinco, y subiendo.

—Porque yo vivo aquí.

—Y yo también, ¿no te jode?

—Cuando papá vea al perro, le da un soponcio.

—Os voy a comprar un diccionario a ti y a mamá para que veáis que hay más palabras que «soponcio». ¡Vais a flipar!

—Yo me largo, no quiero estar aquí cuando llegue papá.

Ya se ha ido. Qué pesadita es. Y total, no quería nada, que esta ha venido porque ha escuchado la conversación con mamá. Seguro. Menuda casa, parece esto la KGB. Y ahora papá. Pero tú no te preocupes, Merceditas, que ya te cuento yo cómo se va a poner, y luego nada de nada. ¡Uy, la puerta de entrada! Pues nada, bonita, que te lo cuento luego, que este no tarda ni dos minutitos en aparecer aquí. Tú ahí quietecita, y si tienes pis aguanta, que luego te llevo al baño.

—¡Carolina! ¿Se puede saber qué dice tu madre de un perro?

—¡Perra, joder! ¡Mierda de patriarcado! ¡Que las mujeres también existimos!

—Eso no es una mujer, es una perra.

—Mercedes.

—¿Cómo?

—Que no le digas perra, que se llama Mercedes.

—¿No habrás sido capaz? ¡Será una broma!...

—Orgullosa tendrías que estar.

—Mira, Carolina, que mi paciencia tiene un límite.

—Pues si te quieres suicidar, el horno creo que ya está ocupado.

—Cuando vuelva de trabajar esta tarde no quiero ver este perro aquí.

—Se llama Mercedes. Y es una perra.

¡Que manía con llamarla perro, por Dios! Me quedo mirándola, y ella me mira a mí. Y le digo: «Tranquila, bonita, que tú no vas a ninguna parte». Y se pone a menear su colita, y empiezo a pensar que ella sí nos entiende a nosotros; o sea, que se ha enterado de todo, vamos.

A ver, me tengo que hacer una lista de las cositas que va a necesitar. Y a ver si alguno de esos tres me suelta un poco de pasta, y si no, me voy a por el tabaco de papá y me pongo a venderlo en el metro dos euros más barato. Bueno, dos no, uno, que ya es un buen ahorro, que a la gente le das la mano y te cogen el brazo, y total, si le pillo unos cuantos a papá, ni se va a enterar, que eso parece una multinacional.

Para empezar, necesita una camita. ¿Y esa manía que me ha entrado de hablar con diminutivos? Joder, parezco gilipollas. Bueno, pues eso, una cama, comida para perros, un collar, una cadena, y voy a tener que ir al veterinario a que le ponga un chip, no sea que a esta le dé por perderse otra vez. Solo hay un problemilla. ¡Y dale! ¡Problema, coño! Que a ver dónde mea y caga la perra, que yo no bajo ni subo cuatro pisos cada vez que Merceditas tenga pis. Que por cierto, ya llevamos aquí un buen rato, y a saber si se estará meando. Pues venga, bonita, que nos vamos a ver a tu tía.

—¡Jessi! ¿Puedo ir al baño?

—Mírate el horario.

No me la cargo porque es mi única hermana y nunca me ha gustado eso de ser hija única; aunque seguro que me hubiera ido mucho mejor.

—¡Jessi, que me estoy meando!

—Joder, Carolina. ¿Pero a ti qué te salen, las lágrimas por el chichi, o qué?

—Pues no lo había pensado, pero será eso.

—Toma la llave, pero no te acostumbres. ¿Y el perro por qué viene contigo?

—¡Que es una perra! Pues porque no la quiero dejar sola en mi habitación, que todavía no está ubicada y no vaya a ser que se dé un cabezazo con algo.

—¡Estás fatal!

—Gracias, bonita. Por la llave, digo.

Bueno, no ha sido tan difícil. Igual con el fórceps no tuvieron que tirar tanto. Entramos en el baño y cierro con llave, que Mercedes necesita intimidad. La cojo en brazos otra vez, y la siento en el váter. ¡Y nada, que no le sale! ¿Y ahora qué coño hago? ¡La bañera, claro! Ahí a sus anchas, seguro que mea. La meto dentro mientras me mira con cara de «no sé qué tengo que hacer». Buf, esto va a ser más difícil de lo que pensaba. Voy a tener que ayudarla, y empiezo a decir bajito: «Piiiiisss, piiiisss». ¡Y eureka! Muy bien, bonita. Y si tienes caquita, la haces también. O si prefieres, luego te bajo al parque. Y ahí empieza a mover otra vez la colita. ¡Pues hala, luego nos bajamos al parque, y a ver si alguien de esta familia me suelta un par de euros para una caña!

ANITA

—¡MAMÁ!

—Por Dios, hija, ni que hubiera un incendio.

—Que me han llamado.

—¿Quién te ha llamado? ¿Javier?

—¿Y quién coño es Javier?

—Pues tu novio hasta hace dos días, ¿quién va a ser?

—De ese no me acuerdo ni de su nombre. Mamá, que me ha llamado una chica para las clases.

—¿Y eso?

—¿Cómo que «y eso»? Pues no llevo días yo repartiendo papeles y sudando como un pollo...

—Ya será menos.

—Da igual, mamá, que empiezo a dar clases.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Pues ya ves. Ya no me vas a tener que dar dinero para cañas; aunque tampoco es que la cosa estuviera muy boyante.

—Gracias que te hemos acogido.

—¡Ni que fuera una refugiada siria!

—No bromees con eso.

—Vale, mamá, perdona; pero es que me sueltas cada una que no veas.

—¿Y a qué hora va a venir esa chica?

—A las cuatro.

—¿A la hora de la siesta? ¡Ni hablar!

—A ver mamá, que no voy a dar la clase en tu sofá. Tú pégate la siesta que quieras, que ni nos vas a oír.

—Eso ya lo veremos.

—Pues nada mamá, que esto va viento en popa y que, en nada, ya vuelves a tener despachito.

—Muy optimista estás tú.

—¡Optimista dice! Pues menos mal, porque si no, ya me hubiese tirado al metro. ¿La has oído, Merceditas? Pero tú ni caso, ¿eh? Que ya verás lo poco

que tardamos en largarnos de aquí las dos. Total, solo necesitamos un pisito con una habitación, que ya nos hemos acostumbrado a dormir juntitas, y la cosa tampoco está para grandes lujos de momento. Tampoco hace falta que me mires con esa cara. Y vigila, que aquí todo se pega, así que tú salir de la habitación poquito, no sea que te vuelvas gilipollas como esos tres de ahí fuera. Ah, y otra cosa, esta tarde te quiero bien calladita mientras doy la clase. Y si tienes pis, te lo aguantas un ratito, que luego ya te llevo al baño, o te bajo al parque; eso ya va a ser depende de cómo te portes.

Por fin las cuatro. Bueno, las cuatro y cinco, y esta sin llegar. Y no será porque no le he dado bien la dirección, que ha habido un momento que me he pensado que era un callejero.

¡El timbre! Corro a abrir, que esta despierta a mamá, y ya la tenemos liada.

—¿Quién es?

—Ana.

—Te abro, bonita. El cuarto piso, ya sabes. Ah, y una cosita: no hay ascensor.

—¡Pues vaya coñazo!

—Sí, hija, eso mismo digo yo.

La espero en el rellano, que el timbre de este piso suena como una alarma antitsunamis. Me asomo al hueco de la escalera y veo que ya va por el segundo piso.

—Venga, Anita, que ya solo te quedan dos.

—Menos recochineo.

—Vale, vale, ya me callo.

Llega arriba casi sin respiración, como yo cada vez que me da por salir a la calle, que a ver, un ascensor en este hueco no cabe, pero un montacargas tampoco costaría tanto ponerlo. Pero como todos los vecinos sean igual de tacaños que mi familia, apañados vamos.

—Hola, Anita.

—Me llamo Ana, si no te importa.

—Sí, sí, por supuesto. No sé por qué coño me ha dado a mí por ponerme a hablar con diminutivos. Anda, pasa, que te voy a dar un poco de agua.

—¿No tienes algo más fuerte?

—Bueno, mi padre tiene por ahí una botella de *whisky*.

—Pues ponme uno doble y con hielo.

¡Joder con la niña, empezamos bien! Pero que yo se lo traigo, que a esta no le voy a llevar la contraria, que me va el sueldo. Así que la dejo en mi

habitación, y voy a por el *whisky* con hielo, de puntillas y sin hacer ruido, que como se despierte mi madre y me pille, ni te cuento la que se monta.

—Toma, bonita.

—Me llamo Ana.

—Sí, sí. Ana. Ana, quería decir.

—¿Y este chucho?

—Es una chucha. Y se llama Mercedes.

—¿Como mi abuela!

—¡Madre mía! Pues sí que le he puesto un nombre popular a la pobre perra.

—¿Quién más se llama así?

—Una tía de mi padre.

—¡Joder! ¿Y no le importa?

—¡Ah no, para nada! Está muy orgulloso.

—Qué raritos sois.

—Son, son, que yo no creo que sea hija de ellos.

—¿Ah, no? Entonces que eres, ¿adoptada?

—Bueno no, eso tampoco.

—No te entiendo; o sea, que si las clases van a ser igual, yo me largo.

—Tú no vas a ir a ninguna parte, que esto no tiene nada que ver con las clases, guapa.

—Me llamo Ana.

—Pues dale un trago al *whisky*, que empezamos.

—¡Uy, hoy no creo que me vaya a concentrar!

—¿Y eso?

—Ayer me dejó mi novio.

—¡Anda, pues ya somos dos!

—A ti te habrá dejado tu marido, que ya estás un poco mayorcita.

—Perdona, guapa, pero solo tengo treinta y tres.

—¡Joder, casi cuarenta, como mi madre!

—Oye, tú de matemáticas, ni puta idea, ¿verdad?

—Dices muchos tacos para ser profe.

—Pues no me provoques, bonita.

—Ana.

—Eso, Ana. Venga, empezamos. ¿Te has traído libros o apuntes?

—No, ya te he dicho que tengo mal día.

—¿Y entonces para qué has venido?

—Porque me ha obligado mi madre, que yo en mi habitación llorando

estaba muy a gustito.

—A ver, cuenta. ¿Qué te ha hecho ese gilipollas?

—Tampoco hace falta que lo insultes.

—Mira Ana, yo, si quieres, hoy en vez de clases de Historia, te monto un gabinete de psicología, pero la clase la vas a pagar igual.

—Pues toma. Hala, por adelantado.

Me da doce euros, que es lo que habíamos acordado, y se me abren unos ojos como platos.

—Y espero que seas una buena psicóloga.

—Eso ni lo dudes. Anda, cuéntame qué ha pasado.

—Pues eso, que llevábamos dos meses saliendo, y me he enterado de que me la ha pegado con una del instituto.

—¿Y la conoces?

—Sí, claro, que tampoco es la NASA eso.

¡Madre mía! Carolina, ármate de paciencia, que esta está peor que tú.

—Bueno, pues nada. A por otro.

—Vaya psicóloga estás tú hecha.

—Es que no estudié Psicología precisamente, bonita.

—Ana.

—Eso, Ana.

—¿Vas a darme algún consejo, o me largo? Que total, ya te he soltado la pasta...

—Te lo acabo de dar.

—Ese ya me lo ha dado todo quisqui, yo quiero uno de una profesional.

—Muy bien. A ver, ¿cómo te sientes?

—Ahora mismo, a punto del suicidio.

—¡Ah, pues eso es fácil! Te metes con el secador de mano enchufado en la bañera llena de agua y, ¡eureka!

—¿Y tú eres psicóloga?

—Ya te he dicho que no.

—No me extraña, porque con estos consejitos que sueltas...

—¡Ay, hija, era por desdramatizar!

—Pues exprímete un poco más el cerebro, que te he dado doce euros y no me voy de aquí sin un buen consejo.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, ya te lo dije.

—Pues, ¿qué te juegas que a los dieciséis y medio ya tienes otro novio?

—Creo que me largo.

—No, espera, que no me has dejado terminar. Mira, los tíos son todos unos gilipollas, menos los gais, que esos son majísimos, unos benditos; pero claro, esos ni nos miran. Total, a lo que iba, que ese imbécil no sabe lo que se ha perdido, que solo hay que ver lo bonita que eres y que no va a tardar ni dos días en venir a suplicarte que vuelvas con él.

—¿Y qué hago cuando me lo pida?

—Pues volver. ¿No es lo que quieres?

—¿Y mi dignidad?

—¿Y eso qué es?

—Menuda psicóloga...

—Y dale con la psicóloga. Que yo estudié Historia del Arte, bonita.

—Ni que lo digas. ¿Me pones otro *whisky*?

—¡Ni hablar! Si te quieres emborrachar, te bajas al bar.

—No tengo pasta.

—Pues ya somos dos.

¡Joder con la niña! ¿Pero es que en este barrio no hay nadie medio normal? Es que no sé ni qué coño hago aquí. Bueno, saberlo sí lo sé, porque la otra opción era el metro. Y ahora, en veranito, mira... Pero en invierno no creo que Merceditas y yo estuviéramos ahí muy a gustito.

—Mira, Ana, yo de psicología voy muy justita, así que si no quieres que hoy hagamos clase, por mí bien. Cuando quieras te puedes ir y mañana ya vienes más tranquilita.

—¿Me estás echando?

—No. Te estoy invitando a irte, y así te metes en tu habitación y te quedas llorando toda la tarde.

—¿Por ese gilipollas? ¡Que se vaya a la mierda!

—Pues eso mismo te he dicho yo, que algo de psicología sé.

—¿Pero no me habías dicho que no?

—Bueno, de la barata sí que sé; o sea, de la que te podría soltar cualquiera por la calle.

—Ya, pero resulta que los doce euros te los he soltado a ti.

—De acuerdo, Ana. Nos vamos al bar y así bajamos a Merceditas.

—¿No decías que no tenías dinero?

—Tengo doce euros, nos da para algunas cañas.

—¿No te jode? Los míos.

—De tuyos nada, bonita, que me los he ganado a pulso y encima me los voy

a gastar en ti.

—Pues vale, cuando quieras.

—Pero con una condición: mañana te vienes con los libros.

—Eso ya lo veremos.

Nos pasamos media tarde en el bar y nos pulimos los primeros doce euros que gané. Perfecto, Carolina, a ver cómo narices me largo de este piso de tarados si no soy capaz de ahorrar ni un dichoso euro. Pero bueno, todo sea para quitarle el mal de amores a esta y que mañana me venga más calmadita. ¡Hay que ver lo que bebe la niña con solo dieciséis años! Además, que la tía ya venía con un *whisky* doble, más las tres cervezas que se ha pulido en una hora y media, y ahí está más fresca que una rosa.

Le digo que vayamos un ratito al parque a pasear a Mercedes, que ya lleva mucho bar, y, al contrario de lo que me esperaba, me dice que vale. Y ahí nos pasamos otra horita dale que te pego; o sea, cargándonos a todo el sexo masculino, casi hasta el punto de terminar con la humanidad en la tierra. Y en esas estamos cuando oigo a alguien decir mi nombre, y esa voz...

—¡Hombre, el desaparecido!

—Ya veo que no puedes vivir sin mí.

—Mira, guapo, que hoy no estoy para bromitas.

Ana nos está mirando. Bueno, concretamente lo está mirando a él, que si la niña tuviera rayos láser en los ojos, este ya iría medio desnudo.

—¿Me lo vas a presentar, o qué?

—¡Uy sí! Perdona, bonita. Mira, este es Cristian. Lo conocí así de casualidad mientras intentaba robarme los alumnos.

—Pero ¿cuándo te entrará en la cabeza que yo enseño Matemáticas?

—Encantada de conocerte, Cristian.

—Lo mismo digo. Supongo que eres alumna de Carolina.

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos? Oye, Anita, que si no hemos dado clase ha sido porque a ti no te ha dado la gana.

—¡Que me llamo Ana!

—Bueno, bueno, no os enfadéis ¿Y las mates como las llevas, Ana?

—¡Serás ladrón!...

—Se llama compartir, no robar. Y para demostrártelo, tengo un alumno que está buscando a alguien para dar clases de Historia.

—¿Y a qué esperas para darle mi número?

—Se lo he dado. ¿Y por qué no habéis dado clase?

—No teníamos el día, Carolina me ha dado un *whisky* doble y luego me ha pagado tres cervezas.

—¡No me jodas!

—Oye, bonita, que tampoco hace falta que se lo cuentes a todo el mundo. Y el día no lo tienes tú, que yo estoy de maravilla.

—¿En serio que la has emborrachado?

—Para emborrachar a esta me hace falta un bidón entero de vino.

—Carolina, empiezas mal.

—Hala, guapetón, ya nos iremos viendo, que tenemos que hacer unas cositas.

—¿Qué cositas? Si llevamos una hora paseando al perro.

—Es una perra.

—¿Y qué más da?

—¿Cómo que qué más da? A ti te voy a dar unas clases sobre patriarcado y género, que veo que andas algo despistada.

—Pues como sean como las de psicología, voy apañada.

—¿Psicología? ¿Pero tú no das clases de Historia?

—Sí, pero es que a la niña la ha dejado el novio y necesitaba un repasito.

—De ese ya ni me acuerdo.

—¡Joder! Pues sí que eres buena psicóloga.

—Se hace lo que se puede.

—No ha sido ella, ha sido el alcohol.

—Venga, Anita, guapa, que tenemos prisa.

—¿Qué pesada con la prisa!

—Oye, ¿y ese perro es tuyo?

—¡Que es una perra, joder! Y sí, la he adoptado.

—¿Y qué te han dicho tus padres?

—Están encantados.

—Eso no es verdad, que no la puede sacar de la habitación.

—No la saco porque no quiero, que se tiene que acostumbrar a los espacios pequeños para cuando nos mudemos.

—¡Joder, ni que vivieras en el palacio de Buckingham!

—Ya me gustaría ver tu piso, bonita.

—Bueno, bueno, calma, que os veo muy aceleradas.

—Oye, pues igual sí que voy a dar clase de Matemáticas.

—¿También andas mal de matemáticas?

—No, pero un repasito no me iría mal.

—Ni hablar, bonita, que tus padres no te van a soltar tanta pasta, y tu profe soy yo, y que si no te sabes las tablas de multiplicar, yo te las enseño.

—Ahí sí que llego.

—Pues no te hace falta saber nada más.

—Oye, yo voy tirando, que estáis hoy muy guerreras.

—¡Espera! ¿Y cómo se llama mi nuevo alumno?

—Posible nuevo alumno.

—No soporto a la gente del vaso medio vacío.

—¿Qué dices? No te entiendo.

—No me extraña, tú solo sabes de raíces cuadradas.

—¡Mira, eso me iría bien!

—Oye, bonita, ya te he dicho que tu profe soy yo, y este ya se va, que tiene prisa.

—Pues eso, que me voy. Y suerte con las clases.

—Lo mismo te digo.

Y se va por donde ha venido, mientras Anita y yo lo vamos mirando como si fuéramos bobas.

—Oye, ¿y de dónde has sacado tú a este guapetón?

—De la calle. Lo conocí cuando estaba intentando robarme alumnos.

—No creo que la cosa fuera así.

—¿Y tú qué sabrás?

—Porque tiene cara de buen chico.

—Esos son de los que menos has de fiarte.

—Pues te ha buscado un alumno nuevo.

—Posible, bonita, ya lo has oído.

—Bueno, da igual, la cuestión es que este se mete en la vía y hace parar hasta el AVE.

—¡Oye que tampoco es Andrés Velencoso!

—Pues ahora que lo dices, un aire tiene.

—Ya le gustaría a él. Y además, que este ronda los treinta, y a mí ya me has soltado que podría ser tu madre.

—Bueno sí, pero un hombre es distinto.

—¿Distinto por qué?

—Pues porque me gustan maduritos.

—¡Ni que fuera una sandía, hija! Anda, vete para casita, y mañana nos vemos, pero con libros incluidos.

—Eso depende de cómo esté de ánimos.

—Mira, Ana, que llamo a tu madre.

—¿Y tú que eres, la chivata de la clase?

—Mañana a las cuatro en punto.

—¡A sus órdenes, jefa!

¡Por Dios, necesito otra cerveza! Menuda pájara me ha tocado. Hasta en esto tengo mala suerte, mira que debe de haber niñas normalitas por ahí... Pues no, que me ha tocado la más tarada del barrio. Pero a mí, mientras me vaya soltando la pasta, ya me va dando igual, como si se quiere pasar toda la clase borracha.

¡Maldita bruja! Todo es culpa suya. ¿Y quién coño me manda a mí ir a que me adivinen el futuro? Con lo tranquilita que estaba yo con mi trabajito, mi pisito y ese gilipollas... Eso me pasa por dejarme llevar por Reme; pero claro, como a ella solo le soltó cosas buenas... A saber lo que le pagó la tía a la bruja, porque esto funciona así, cuanta más pasta sueltas, más bonito será tu futuro. Y yo, como al entrar ya le dije que solo llevaba veinte euros..., pues hala, mi vida a la mierda en veinte minutos. Si lo llego a saber, me los gasto en cervezas y nicotina. Y ahora no tengo ni un euro, que esta niña me ha dejado pelada; o sea, que me quedo sin cerveza, que paso de subir cuatro pisos para que la tacaña de mi madre me diga que no me suelta nada. Y luego la oyes hablar de sus niñas por teléfono con alguna de sus amiguitas, y parece que esté hablando de dos monjas de clausura: que si Carolina ya me tiene la carrera y está con su trabajito, que si mi Jessica en la universidad a puntito de terminar... Y así, soltando una burrada tras otra. Por cierto, qué suerte que nació la primera y me metió de nombre Carolina como su abuela, porque llego a nacer la segunda y me pone Jessica como a mi hermana, y no creo yo que hubiera llegado a la adolescencia. Menudo nombre, y tan ancha que se quedó, que más choni no puede ser. Pero bueno, que ahí va mi hermana de orgullosa con su nombre, que dice que hay muy pocas que se llamen así, y claro, ahí ya no me pude controlar: «A ver, bonita, haberlas sí las hay, lo que pasa que al instituto no van, porque con ese nombrecito cualquiera se atreve ni a salir a la calle». ¡Menuda la que se lió ese día en casa! Lloros, gritos, peleas... Vamos, una delicia, que a mí me costó estar encerrada en mi habitación todo un fin de semana mientras la histérica de mi hermana se lo pasaba llorando en el hombro de mi madre. ¡Qué pelotera es la tía! Y la otra soltándole cada dos por tres que tenía el nombre más bonito del mundo.

FRAN

—¿FRAN? ¿ERES TÚ?

—No, si te parece soy Donatella Versace.

—¿Dónde estabas?

—En Milán, cariño, ya te lo dije.

—¿Y no has visto todas mis llamadas y todos mis mensajes?

—Algo vi, pero he estado muy ocupado.

—¿Ocupado? Mi vida se ha ido a la mierda, ¿y tú me dices que estabas ocupado?

—Carolina, que te veo muy nerviosa.

—¡Sí, eso, tú como mi madre!

—Tu madre no sabrá hacer croquetas, pero tiene el olfato de una perra.

—Estoy en Chueca, Fran.

—Así me gusta, que te vengas de vez en cuando a ver la tierra que te vio nacer.

—No estoy para bromitas, Fran.

—¡Qué mal carácter!

—Ha sido una bruja.

—Carolina, si me vas a hablar en código morse, no te entiendo.

—Pues haberte leído mis mensajes.

—En cuanto deshaga la maleta, me los leo.

—No, ya te lo cuento yo.

—Se me van a arrugar las camisas.

—¡Pues te jodes!

—Pues sí que andas nerviosa, sí.

—¿Dónde estás?

—Pues, ¿dónde voy a estar? En casa, intentando deshacer la maleta, si me dejas.

—Voy para allá.

Le cuelgo el teléfono, no vaya a ser que me diga que ahora no puede, o que más tarde, o cuando vuelva del próximo viaje. Venga, Merceditas, nos vamos a la calle, que de hecho es donde mejor estamos. Si ya lo sé que a ti te gusta el parque y yo soy más de bar, pero en una relación de pareja hay que ceder de vez en cuando, que lo sepas, que últimamente estás tú en plan muy egoísta. Y

además, no vamos a ninguno de los dos sitios, nos vamos a casa de Fran, que vive aquí al ladito y tenemos que contarle unas cositas.

—¡Mamá, me voy!

—¿Se puede saber a dónde vas ahora? ¿No me ibas a ayudar?

—Ahora no puedo, mamá. Voy a ver a Fran.

—¡Ah! ¿Ya ha llegado?

—¿Sabías que no estaba?

—Sí, me encontré a su madre. Me dijo que estaba en Milán por trabajo. ¡Qué suerte ha tenido esa mujer, el niño trabajando y con piso propio!

—Eso, mamá, tú la katana hasta el fondo.

—¡Ay, hija, qué susceptible estás!

—En este barrio todos fuisteis al mismo colegio, ¿no?

—¿Cómo?

—Nada, mamá, que me voy.

—Pues llévate al perro.

—Es una perra.

—Pues no te la olvides.

Venga, Merceditas, que nos irá bien salir un ratito de esta casa de locos. Nos pasamos por el parque para que hagas tus cositas, y en dos minutitos estamos en casa de Fran. Y mientras, te voy contando...

Fran es mi amigo del alma desde que éramos pequeñitos. Fuimos al mismo colegio, al mismo instituto y a la misma universidad, y por ahí, en medio de estos tres, salió del armario. Bueno, que es gay, quiero decir, que tú eso del armario igual no sabes ni lo que es. Es majísimo, ya verás. Te va a encantar. Un bendito. Aunque ahora igual vamos a discutir un poquito, pero tú no te asustes, ¿eh?, que se nos pasa enseguida.

¡Mira, ahí vive!, en ese edificio tan majo y con ascensor. ¡Todo un lujazo, vamos! ¡Ah!, y el piso, una monada, verás que te va a encantar.

—¿Quién es?

—¿Quién va a ser? Abre.

—Voy.

¿Has visto qué *hall*, Merceditas? ¡Igualito que el nuestro, vamos! Venga, métete en el ascensor, que subimos.

—¿Y ese perro?

—Es una perra.

—¿Es tuya?

—Sí, claro, que no trabajo de paseadora de perros, de momento.

—Cariño, te veo un poco tensa.
—Y yo te veo un poco gilipollas.
—¿«Un poco» he dicho? Anda, pasa, que te doy una cerveza.
—¿Se puede saber por qué no has leído mis mensajes?
—Ya te lo he dicho, cariño, estaba trabajando, que en IKEA les ha dado porque viaje.
—¿Las veinticuatro horas?
—Carolina, cálmate, que así no vamos a ninguna parte. Venga, empieza por el principio, bien explicadito y en orden para que yo me entere.
—Estoy viviendo en casa de mis padres.
—¡No me jodas!
—No creo que te fueras a dejar.
—Sigue, Carolina, que nos da la hora de comer.
—Sí, claro, para ti es más importante comer que escuchar cómo mi vida se ha ido a la mierda.
—¡Ay, mujer, no se te puede decir nada!
—No, mejor no digas nada, que la vamos a tener. Ya hablo yo, que a eso he venido.
—Te traigo otra cerveza, que veo que la vas a necesitar.
—Ha sido culpa de una maldita bruja.
—A ver, Carolina, que tantos años estudiando te da para expresarte mejor.
—Pues que Reme me llevó a una pitonisa de esas de ocho al cuarto para que me leyese el futuro.
—¡Ah, a mí también me llevó!
—¡No me jodas! ¿Y qué te dijo?
—Que tendría mucha suerte en el trabajo, en el amor y en la salud. Y en este orden, que luego pensé que no era el orden adecuado, pero vamos, que la mujer lo soltó así.
—¿Y cuánto le pagaste?
—La voluntad, me dijo.
—¿Cuánto?
—Cincuenta euros.
—¡Lo sabía!
—¿El qué sabías?
—Que con cincuenta euros tu vida será una maravilla, y con veinte tu vida se irá a la mierda.
—¿Solo le diste veinte euros?

—Mira, Fran, si has venido a terminar de hundirme...

—Has venido tú, cariño. Estás en mi casa.

—¿Y a mí qué coño me importa dónde estemos?

—Te traigo otra.

—Todavía no me he terminado esta.

—Pues terminátela, que voy a por otra, que veo que te hace falta, y me cuentas tranquilita.

—Ese gilipollas me ha echado de casa.

—¿Quién? ¿Javier?

—¿Y quién va a ser si no? Me dijo que quería estar solo.

—O sea, que se está follando a otra.

—Tú sí que sabes.

—Ya te dije que ese novio tuyo no era para ti. Demasiado guapo. Un bombón, vamos.

—¿Que ya no es mi novio te he dicho! ¿Y qué quieres decir con eso de que no era para mí?

—A ver, cariño, no te ofendas, pero tú eres del montón.

—¿Del montón? ¡Me largo! Vamos, Merceditas. Ya ves, hija, tener amigos para esto.

—Tú no vas a ninguna parte hasta que termines de contarme.

—Pues aclárame lo del montón.

—Solo es una manera de hablar. Pero vamos, que tú estás la primera del montón, en la cima del montón, en el Everest del montón.

—Pues me ha dejado.

—Es que ese novio tuyo es un semental.

—Ni que te lo hubieras tirado.

—Porque él no quiere.

—¡Ahora sí que me largo!

—¡Ay, hija, no te pongas dramática, que contigo no se puede bromear!

—No estoy para bromitas.

—Ya lo veo. Anda, cuenta.

—También me he quedado sin trabajo.

—¡Joder, cariño! Lo único que te falta es que te atropelle un autobús.

—Pues igual al salir de aquí espero a que pase uno y me tiro.

—Mejor tírate al metro, que ahí la palmas seguro.

—Vete a la mierda.

—Vale, vale, ya me callo, que veo que no está el horno para bollos.

—Estoy desesperada, Fran. Tú no sabes lo que es vivir en casa de mis padres.

—Tan malo no será, que te has pasado allí media vida.

—Malo no, malísimo. No los aguanto ni a ellos ni a la loca de mi hermana.

—Pues búscate un pisito.

—¿Tú me escuchas? No tengo trabajo. Ni un puto euro, ni para una caña. Y la tacaña de mi madre no me suelta pasta ni amenazándola con el cuchillo del pan.

—¡Qué bruta eres!

—Bueno, ahora he empezado a dar clases particulares.

—¡Genial!

—Solo tengo una alumna, y encima está como una puta cabra.

—A ti eso te da igual, mientras te pague...

—Ya veo que le vas a quitar importancia a todo.

—Cariño, es que con el drama no vamos a ninguna parte.

—¡Es que mi vida es un drama!

—No, tú solita te estás montando el drama.

—Claro, a ti como no te falta de nada...

—Y a ti tampoco. Vamos a ser positivos, Carolina. Lo primero, has vuelto a Chueca, el mejor barrio de Madrid, que ya solo con eso se tendría que terminar el drama; pero sigo, tienes cama y comida, y encima empiezas a ganarte la vida.

—Voy a vomitar con tanto optimismo.

—Mientras no me vomites en el parqué... Por cierto, ¿esa chucha no se hará pis por aquí?

—Tranquilo, que viene meada y cagada.

—Bueno, pues mejor, que ya sabes cómo soy con el tema limpieza.

—Gay tenías que ser. Oye, Fran, estoy desesperada, ¿me puedo venir unos diitas aquí contigo?

—Tu sí, pero esa chucha no.

—¡Serás antianimalista!...

—Eso no es verdad, pero ya sabes cómo soy yo de limpito, y esta chucha tiene pinta de mearse en mi parqué y llenarme el piso de pelos.

—Tú debes de ser uno de los pocos gais gilipollas que hay, porque la mayoría son majísimos.

—Como quieras, cariño, si así te quedas más tranquila...

—Vamos, Merceditas, que aquí sobramos.

—Luego te llamo y nos tomamos unas cañas.

—Tómatelas tú solo.

—Carolina, menos dramas.

—¡Ahí te quedas!

—Te llamo en un ratito.

REME

¿HAS VISTO, MERCEDITAS? Ya te he dicho que nos íbamos a pelear. Pero tú tranquila, que este me llama en menos de media hora, que eso de «gilipollas» lo he dicho en broma, que es un bendito. Y no te vayas tú ahora a ofender porque haya dicho que la chucha no, que no iba por ti la cosa, ¿eh? Que estaba generalizando, ya sabes cómo son los gais de limpitos y de maniáticos, que alguno debes de conocer, digo yo, y más viviendo en Chueca. Porque tú eres de Chueca, ¿verdad, bonita? ¿O te viniste a perder aquí desde otro barrio? Bueno, eso, que ya lo terminamos de hablar en casita, que aquí en la calle ya nos están mirando raro.

Empiezo a notar un zumbido en el bolso y no encuentro el maldito móvil. ¡Dichosos bolsos, todo lo que llevamos aquí metido! ¡Por Dios! Ni que se fuera a desencadenar la tercera guerra mundial... ¡Aquí está! La que me faltaba

—¿Te has acordado de repente de que tenías una amiga viviendo en la calle?

—En la calle no estás. Me ha llamado Fran.

—¿Y ese por qué no se mete en sus cosas, o mejor se vuelve a meter en el armario y cierra con llave?

—¿Dónde estás?

—¿Ahora te preocupas por mí?

—Estaba en el trabajo y no podía hablar.

—Y yo estaba a punto del suicidio.

—Carolina, no te pongas en plan dramático, que eso no va contigo.

—Claro, como a ti esa bruja no te ha mandado la vida a la mierda... ¡A saber lo que le pagaste!

—Dónde estás, te he preguntado.

—En la calle, ¿dónde voy a estar?

—Si me concretas un poco, voy.

—No hace falta, Reme, que estoy muy a gusto.

—Carolina, que llamo a la poli y te doy por desaparecida, y verás lo rápido que doy contigo.

—En el parque.

—Tardo cinco minutos.

Te cuento, Merceditas. Era Reme, mi amiga, mi hermana, mi alma gemela. Desde pequeñas que no nos hemos separado. El mismo barrio, el mismo cole, a veces los mismos novios. Bueno, eso nos ha traído algún problemilla, pero nada, nosotras no nos peleamos por un tío ni de coña, y menos si es gilipollas como la mayoría que andan por ahí. Que tú, bonita, no has conocido a mi ex, pero ni falta te hace, que a ese no lo aguanta ni su madre. Bueno, pero sigo, que esta se va a plantar aquí en dos minutitos, y no te habré contado nada. Pues eso..., que es mi mejor amiga y punto y final.

—¡Carolina!

—Hola, Reme.

—Carolina, te quiero pedir perdón. Estaba trabajando, y tú estabas mal y..

—¡Déjate de tonterías! Mejor que no habláramos en aquel momento, estaba muy cabreada. Conmigo, no contigo.

—Pero llevas tres días sin cogerme el teléfono y sin contestarme a los WhatsApps.

—Lo siento, Reme. Perdóname tú a mí ahora, es que eso de volver a casa me tiene desquiciada.

—Como tú no me lo cogías, he llamado a tu madre cada día.

—No me ha dicho nada.

—Porque le pedí que no lo hiciera.

—Bueno, pues tranquila, ya ves que estoy bien.

—He venido a buscarte.

—¿A buscarme?, ¿qué quieres decir?

—Que te vienes a casa.

Empiezo a llorar ¡Seré idiota! ¿Y ahora por qué estoy llorando? Bueno, por qué sí lo se...

—No llores.

—Es que se me ha metido una cosa en el ojo.

—Sí, una paloma.

—No me hagas reír, ¿no ves que estoy llorando?

—¿Y este chucho?

—Es una chucha. Es mía.

—Pues también se viene.

—Reme, por favor, que esto parece la desembocadura del Manzanares.

—Pues deja ya de llorar.

—No voy a ir, Reme; pero has conseguido que hoy sea uno de los días más felices de mi vida.

—Qué tontaina eres. Y sí que te vienes.

—No voy a ir. Tu piso es minúsculo, y están Víctor y el pájaro, y... ¿Te he dicho alguna vez cuánto te quiero?

—Si contamos desde que éramos pequeñas, pues no sé... ¿Tal vez diez mil veces?

—Pues esta es la diez mil una... Te quiero.

Nos pasamos el resto de la tarde en el parque. Bueno, en el parque concretamente no, en una terracita de un bar que hay al lado. Le cuento tranquilamente a Reme cómo mi vida se ha ido a la mierda en apenas unos días, y ella, como sí es una buena amiga y no como el supermegatrabajador de Fran, que no se ha leído ni uno de mis malditos mensajes, pues eso, que está todo el rato calladita, escuchando mi drama y sin hacer ningún comentario, solo acariciándome el brazo de vez en cuando e insistiendo para que nos vayamos Merceditas y yo a vivir con ella. No vamos a ir, por supuesto, y no por falta de ganas, pero es que esta bendita tiene un pisito que casi no cabe ni ella.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

—Quedarme en casa, Reme.

—Pero ahí no estas a gusto.

—Pues ya me acostumbraré.

—¡Vente!

—Eres un cielo, pero no insistas más. A la que tenga unos cuantos críos para dar clases, me buscaré un pisito.

—Pero te lo buscas aquí en Chueca.

—No podría encontrar un lugar mejor en el mundo, porque aquí estas tú.

—Me acaba de entrar una paloma en el ojo.

—Siento no haber cogido tus llamadas, estaba cabreada.

—De eso ya ni me acuerdo.

—No sé qué haría sin ti.

—Sin mí y sin Fran, que lo has dejado bien preocupado.

—Porque no ha escuchado ni una sola palabra de las que he soltado.

—Sí te ha escuchado, porque en cuanto saliste por la puerta, me ha llamado y me lo ha contado todo.

—El solo desdramatiza.

—¿Y qué hacemos si no? ¿Nos vamos los tres juntitos y nos tiramos a la vía del tren?

—Un poco de compasión no estaría mal.

—Carolina, te ha dejado Javier, que eso es lo de menos porque es un gilipollas. Y vale, te has quedado sin trabajo, pero eso no va a durar muchos días. ¿Por qué no miras la parte positiva?

—¿Porque no existe?

—Has vuelto a Chueca.

—Reme, ni que hubiera estado viviendo en Groenlandia, solo estaba en otro barrio.

—Muy lejos.

—Siete paradas de metro, más dos transbordos.

—Lejísimos.

—Eres una exagerada.

—Yo te quiero aquí.

—¡Joder con las palomas!

—Te ira bien llorar, seguro que no lo has hecho en todos estos días.

—No he tenido tiempo.

—No era tiempo, era bloqueo.

—Tú de psicología bien, ¿no?

—De la barata. Vamos, la que te sueltan por la calle.

—Ah, entonces nada.

—¿Por qué? ¿Quieres ir a un psicólogo? Yo te lo pago.

—¡No, ni loca! Es para una alumna mía. Bueno, la única que tengo por ahora, que está como una puta cabra.

—¡Coño! Pues como le tengas que hacer tú de psicóloga, va apañada.

—Por eso te lo decía...

—Carolina, no me lées, que yo de psicología como de francés.

—Es que la tía no quiere dar clase.

—Bueno, mientras pague...

—Joder, bonita, para decirme lo mismo que el gilipollas ese del armario, mejor no me digas nada.

—Carolina, deja de insultar a Fran, que sabes que luego te vas a sentir mal.

—Sí, sí, lo siento, es que ya no sé ni lo que suelto. Me salen las palabras solas, así, sin procesar.

—Sin filtro, querrás decir.

—Eso. Y toma otro cigarrillo, que de esto voy sobrada.

—Sí, hasta que tu padre te pille.

—Imposible, tú no sabes lo que hay ahí, que como se fume todo eso no llega al dos mil veinte ni de coña, que le estoy haciendo un favor.

—Oye, que si quieres hablo con la niña.

—Anita, se llama. Bueno, no, Ana, que pillas un rebote que no veas. ¿De verdad lo harías?

—Yo por ti hago lo que sea, y en cuanto salga de aquí me voy a comprar un libro de Freud.

—Uy, pero con ese no sé si vamos bien, ¿eh?

—Ay, pues no sé, hija, no me conozco ninguno más.

—No hace falta, tú sin libro.

—¿Y qué drama tiene la dichosa niña?

—Que la ha dejado el novio.

—¡Coño, pues que se busque otro!

—Reme, esta psicología no va a funcionar.

—Ya te he dicho que yo, de la barata.

—De esa ya sé yo.

—Ay, hija, pues déjate de psicología.

—¿Y qué hago entonces?

—Pues le buscamos un novio a la cría.

—¿Y de dónde lo sacamos?

—¡Coño, pues de internet!

—¡Pero qué dices, Reme, si solo tiene dieciséis años! Tú estás peor que yo.

—Pues nos vamos a su instituto y le escogemos uno, que tú y yo tenemos buen ojo para esto.

—¡Ni que fuera un mercado!

—A ver, ganado hay.

—Son chiquillos.

—Pues eso, pollitos y pollitas, y algún pollito mono habrá.

—No sé, Reme, no lo veo tan claro.

—Porque solo llevas una cerveza. Cuando te hayas bebido tres, ya verás cómo lo ves más claro.

—Bueno, da igual. Dejemos el tema de la niña, ya me las apañaré. Además, creo que pronto tendré a otro alumno.

—¡Fantástico! ¿Te ha llamado?

—No, todavía no. De hecho, no sé ni si va a llamar. Un chico que conocí le ha pasado mi teléfono.

—¿Cómo que un chico? Anda, cuenta, que ya veo que tienes golpes escondidos.

—Lo conocí pegando papeles por ahí.

—¿Está bueno?

—No sé, no me he fijado.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Vale, vale. Es guapito, no te lo voy a negar, y supersimpático de la muerte, y bastante agradable, y...

—¡Coño, pues para la niña!

—Que no, Reme, que tiene nuestra edad.

—¡Coño, pues para ti!

—Sí, lo que me faltaba ¡Estoy yo para aguantar a otro gilipollas!...

—Con la descripción que me has dado, de gilipollas nada.

—A ver, Reme, que yo ahora me tengo que concentrar en ganar dinero y largarme de esa casa de locos.

—Ya te he dicho que te vengas.

—Y yo ya te he dicho que te quiero, y con uno al día vas que chutas, así que dejemos el monotema.

—Como quieras, pero la oferta sigue en pie y va a seguir por los siglos de los siglos.

—Amén.

—Cariño, debería irme. Tengo que pasar por el súper antes de volver a casa.

—Sí, sí, claro. Mira qué hora es.

—¿Estarás bien?

—Ahora sí.

—¿Llamarás a Fran?

—Sí, lo llamaré.

—Te quiero.

—Yo más.

Es una bendita esta Reme, no sé qué haría yo sin ella. He sido una idiota por no cogerle las llamadas todos estos días, empeñada en hacerla sentir culpable de mis desgracias solo porque me llevó a ver a la maldita bruja del demonio. ¡Con esa es con la única que debería estar enfadada! Aunque pensándolo bien, la tía es buena. No sé, tal vez si vuelvo y le suelto cincuenta euros... ¡Pero qué estoy diciendo! Primero que, ¿de dónde voy a sacar yo cincuenta euros? Como no se los quite del monedero a la tacaña de mi madre... Porque como le diga que me los dé para ir a ver a la dichosa bruja otra vez, yo creo que me da con la zapatilla, como cuando era pequeña. Y además, que esa igual me acaba de hundir, la tía, que cincuenta euros no son garantía de nada. Bueno, o sí; vamos,

que no lo sé. ¡Carolina, por Dios, que te estás armando un lío tú sola! Mejor te vas para casita y lo meditas allí tranquila, que tú eres de las que actúan y luego piensan, y así te va, bonita.

PEDRO

—¿CAROLINA?

—¿Quién eres?

—Pedro, el alumno de Cristian. Me ha dicho que tú de historia bien.

—Karl Marx a mi lado es un don nadie.

—Ese no sé quién es.

—Pues empezamos bien, bonito.

—Oye, que yo con la Historia que nos dan en la ESO, ya me vale.

—Ah, pues esa me la sé toda.

—Vas un poco de listilla, ¿no?

—Oye, bonito, a mí me hablas con respeto, que soy tu profesora.

—Todavía no, te estoy evaluando.

Joder, otro tarado no, por favor, que con la cría esa voy más que sobrada. Aunque, pensándolo bien, a ver cómo está este, que igual estos dos salen de aquí con el anillo de boda, y mato dos pájaros de un tiro.

—Oye, ¿eres guapete tú?

—¡Serás pervertida! Que podrías ser mi madre, tía.

—De eso nada, bonito. Y que tampoco te lo decía por mí.

—Pues que sepas que tengo novia.

—Ah. ¿Y todo bien?

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Sí. Quiero decir que no, que no me importa. Anda, vamos a dejar el tema.

¿Cuándo te vienes?

—Todavía no he decidido si voy.

—Venga, guapetón, no te enfades.

—Es que te noto un poco suelta.

—¿Suelta yo? Pero si estuve en un convento. De clausura.

—Pues parece que no te clausuraron muy bien.

—Oye, Pedro, tengo una vida muy ocupada. Vamos, ocupadísima, y ya llevamos diez minutitos de teléfono, así que cuando lo tengas clarito, me vuelves a llamar.

—No, está bien. Me fio de Cristian.

—Así me gusta, que os deis apoyo entre vosotros.

—¿Cómo?

—Nada, nada, que cuándo quieres empezar.

—¿Mañana te va bien?

—Mañana me va fenomenal.

—Pues hala, hasta mañana.

—Tráete los libros.

—No, si te parece me llevo el parchís.

Madre mía, cómo está el barrio. Tanto tiempo fuera, ya ni me acordaba. Pero bueno, tú, Carolina, tranquilita, que con este ya van dos y subiendo. De todas formas le voy a enviar un mensajito a Cristian, no sea que tenga algún tarado más por ahí, que así de paso me hago un máster del barrio.

Y que la bendita de Reme tiene razón, que no hay nada como Chueca. Y que este es mi sitio, con sus calles estrechas, su bullicio de día, sus interminables noches donde nadie duerme, sus bares, sus restaurantes, tatuadores en cada esquina, sex shops por ahí donde vas y mi querida fiesta del Orgullo Gay, el barrio más cosmopolita de Madrid. Vamos, el mismísimo Soho de Nueva York.

MAMÁ

—HIJA, ¿ESTÁS DESPIERTA?

—Soñando, mamá.

—¿Pero despierta, o dormida?

—Despierta, coño, si no, no te estaría hablando.

—Pues entro.

—*Avanti*.

—Oye, Carolina, si vas a dar clases, deja ya de decir tantos tacos.

—*Avanti* no es un taco, mamá, andas un poco justita de idiomas.

—Yo con mi castellano castizo voy a todas partes.

—A ver, mamá, ¿qué quieres?

—Ay, hija, pues conversar un poquito, que en esta casa como no hable con las paredes...

—Te veo un poco aburrida. ¿No tendrías que buscarte un trabajito?

—¿Y quién me va a dar trabajo a mí con cincuenta y tantos?

—Si ya empiezas en plan pesimista, mal vamos.

—Además, tu padre no quiere que trabaje.

—Ese es un machista. ¡Maldito patriarcado!...

—Carolina, no te pases, que es tu padre.

—A ver, mamá, que es tu marido, no tu dueño.

—Ya lo sé, hija, pero tiene razón, que yo con la casa y las niñas tengo mucho trabajo.

—¿Pero qué niñas? Mamá, que se nos salen las tetas por la camiseta.

—¡Qué ordinaria eres, hija! No sé dónde aprendiste tú educación, pero en esta casa seguro que no.

—De la calle, mamá, la mejor escuela del mundo.

—Eso es. Mucha calle llevas tú.

—¡Ni que fuera una prostituta!

—Pues mira, tampoco es un trabajo tan malo, que su dinerito se deben de ganar y a gustito se quedan.

—Mamá, estás perdiendo el norte.

—Perdona, hija. Ya no sé ni lo que digo. Ni caso me hagas.

—Anda, deja que me vista tranquilita, y nos vamos las dos al parque con Mercedes para que haga sus cositas.

—Pues no te digo que no, me irá bien un poco de aire.

—Un poco de aire y alguna cosa más te iría bien.

—¿Como qué?

—Nada, nada, déjalo, que me vas a llamar ordinaria otra vez, que tú eres muy repetitiva.

—Hala, pues vístete, que nos bajamos, y te invito a desayunar.

—Uy, pues sí que vas tú suelta hoy. Tranquila, que en un minutito me tienes plantada en la puerta.

Bajamos los cuatro pisos y vamos derechitas al parque mientras Merceditas va moviendo la cola, o, mejor dicho, la colita. Le quito la correa para que vaya un poco a sus anchas, y nos sentamos en un banco.

—Ay, hija, qué bien se está aquí.

—¿Aquí conmigo?

—Aquí en el parque, quería decir.

—Ah.

—¡Tonta, que es broma! Me gusta estar contigo; de hecho, estoy muy contenta de que hayas vuelto a casa.

—Pero te has quedado sin despacho.

—¿Y para qué quiero yo un despacho?

—Y yo qué sé, algo debías de hacer.

—Solo quería estar sola, tener un espacio para mí.

—Eso está bien. Y no te preocupes, que, en cuanto gane un poco de dinerito, me voy.

—No quiero que te vayas, Carolina. Esta es tu casa.

—Gracias, mamá, pero yo también necesito mi espacio.

—Tienes tu habitación, ahí nadie te molesta.

—Sí, ya lo sé, mamá, pero yo ya hace tres años que me fui, y no es fácil volver a convivir con vosotros.

—Pero si vas a tus anchas, hija.

—Tengo horario hasta para ir al baño.

—A esa déjamela a mí, que ya le digo yo cuatro cosas.

—Es que mira que es rarita...

—Ha salido a la familia de tu padre, qué le vamos a hacer.

—Pues a ver cuándo se larga, que ya tiene veinticinco años la tía.

—Está estudiando, y tú te fuiste con treinta, que ya no te acuerdas.

—Vale, vale. Por mí como si se queda metida en su habitación hasta que sea vieja.

—Vamos a dejar el tema, Carolina.

—Oye, mamá, que lo del trabajo te lo decía en serio. Te iría bien.

—¿Qué te crees, que no lo pienso todos los días?

—Y entonces, ¿a qué esperas?

—Ya te lo he dicho, hija, tu padre no estaría de acuerdo.

—¿Otra vez, mamá? Joder, que parece que vivas en el siglo diecinueve.

Deja ya de decir chorradas.

—No sabría ni por dónde empezar a buscar, y además, ¿de qué voy a trabajar yo?

—Eso es lo de menos, lo importante es salir de esa casa y sentirte útil.

—Yo ya me siento útil cuidando de vosotros tres.

—Mamá, que nos cuidamos solitos. Eso solo son excusas que te inventas tú para convencerte a ti misma de que estás bien. Y yo creo que no lo estás, mamá.

—Me aburro. Se me cae la casa encima. Hay días que me dan ganas de salir corriendo y no parar.

—Yo te busco un curro, mamá.

—¿Un qué?

—Un curro.

—Ay, hija, había entendido un burro.

—Para burro ya tienes a papá.

—Carolina, que ya te estás pasando otra vez.

—Vale, vale, ya me callo. Pero yo te lo busco.

—Venga, ¿nos vamos a desayunar?

—¿Pagas tú?

—Como tengas que pagarlo tú, hija, desayunamos en la cocina del piso.

—Pues eso.

ANITA

¿DÓNDE SE HA METIDO ANITA? Son las cuatro y diez, y la niña sin aparecer. Pero vamos, que yo no me quedo sin mis doce euros ni de coña. La llamo, que esta es capaz de estar tirada en su habitación montando un drama.

—¿Anita?

—Te he dicho mil veces que me llamo Ana.

—Ay, perdona, bonita, que me sale solo. ¿Dónde estás?

—En casa. No voy a ir.

—¿Cómo que no vas a venir? ¿A que se lo cuento a tu madre?

—No, si en realidad es ella la que no me deja ir.

—¿Tu madre? ¿Por qué?

—Se me ocurrió contarle la idea de la bañera.

—¿Qué idea, Ana?, ¿de qué me hablas?

—Pues eso de la bañera, el secador y... ¡eureka!

—¿Pero te has vuelto loca?

—No sabía que se lo iba a tomar tan mal.

—Era una broma, bonita, que ya veo que no las pillas muy bien. Anda, pásame a tu madre.

—¿Estás segura? Tiene muy mala leche.

—Pues ya somos dos.

—De acuerdo, pero no digas que no te avisé. Espera, que le llevo el teléfono.

¿Sera posible, la niña? ¿Pero cómo se le ocurre? Debe de ser un bicho raro, de esos que le cuenta a su madre hasta de qué color lleva las bragas. Y eso que parecía otra cosa, la muy malvada. Pero esto lo arreglo yo en un momentito.

—Dime, ¿qué quieres?

—Ah, hola, es que creo que ha habido un malentendido con su hija.

—A mí no me hables de usted, que tú y yo rondamos la misma edad.

—Sí, sí, perdóname, que me sobra educación.

—A ti lo que te sobra es mala idea.

—Ya te he dicho que fue un malentendido.

—Le dijiste a mi hija que se metiera en la bañera con el secador enchufado.

—¿Yo? No, por Dios, ya veo que no entendió nada. Era solo una forma de hablar, una metáfora.

—¿Una metáfora?

—Sí, claro. Estábamos estudiando a Romeo y Julieta, ya sabe, esos dos tontos enamorados, y le dije lo de la bañera para que entendiera la situación.

—Ah, pues eso no me lo ha contado la niña.

—Es que estos adolescentes cuentan lo que les da la gana.

—En eso te voy a dar la razón.

—Que sepas que tienes una hija listísima, ya veo yo a quién ha salido, y ayer la clase fue fenomenal.

—La verdad es que yo era muy buena estudiante.

—Se te nota, se te nota. Pásame un momento a tu hija, por favor.

Las oigo hablar, pero no sé qué coño están diciendo, que ya me duele la oreja de tan apretado que tengo el teléfono, y nada, que solo escucho palabras sueltas.

—¡Dime!

—Ana, sígueme la corriente, o no te pago otra cerveza en tu vida.

—Vale.

—Repite lo que te voy a decir.

—Okey.

—Y textualmente lo quiero.

—Que sí.

—Lo siento, Carolina. Estaba muy nerviosa por lo de mi novio y no te entendí.

—Lo siento, Carolina. Estaba muy nerviosa por lo de mi novio y no te entendí.

—Muy bien, bonita. Te espero en diez minutitos con un *whisky* doble con hielo. Anda, pásame a tu madre.

—Hola. Mira, lo siento, es que mi hija a veces se explica como un libro cerrado.

—Tranquila, no te preocupes, que también voy a enseñarle a expresarse mejor.

—Pues sí que le iría bien, sí. Venga, que te la mando, y en un momento la tienes ahí.

—Gracias. Y no te preocupes, que esta te sale con un doctorado en Historia.

—A ver si es verdad.

¡Madre mía, estoy sudando! ¡Maldita cría, en vaya lío me ha metido la mocosa de las narices! Voy a tener que andarme con más cuidadito con esta, que a saber lo que suelta cuando llega a casa. Aunque la muy pájara de lo del

whisky y la cerveza como si fuera muda. Lo importante es que ya viene, y en un ratito voy a pillar doce euros que se van a ir directos a la hucha. Bueno, no todos, que cuando termine con la niña, voy a necesitar un par de cañas seguro, que a saber con qué drama de Buñuel me viene hoy. Pero como no se traiga los libros, la mando derechita a su casa a por ellos, y sube los cuatro pisos dos veces, a ver si así se le quitan las ganas de hacer el idiota.

—Hija, ¿no das clase hoy?

—Sí, mamá, ya viene. Es que es un poco retrasada la niña.

—¿Cómo?

—Que anda retrasada, quiero decir. Que llega tarde, mamá, que no veas el pollo que me ha liado.

—¿Qué dices de un pollo? Iba a hacer croquetas.

—Nada mamá, luego te lo cuento.

¡Joder! ¡Es que no pilla una! A ver dónde le encuentro yo un curro a esta mujer. Que no sea de pensar mucho, que anda un poco bloqueada. Seguro que es de aspirar tanto aceite caliente, que se pasa el día metida en la cocina, y eso yo creo que es peor que fumar, que total, yo el humo lo vuelvo a soltar, no como ella, ahí metida aspirando aceite de fritura todo el santo día, que ya lo debe de tener incrustado en el cerebro, y así le andan de despistadas las neuronas. ¡Uy, el timbre! Pues sí que se ha dado prisa la cría...

—¿Pero cómo se te ocurre contarle a tu madre lo de la bañera?

—Estoy por el segundo piso; o sea, que si quieres hablar, te bajas aquí, o te esperas a que termine de subir.

—¿Has traído los libros?

—¿Y tú te has quedado sorda hoy, o ya lo eres de nacimiento?

—Muy bien, bonita, termina de subir.

—Oye, ¿y por qué no ponéis un ascensor en esta mierda de bloque?

—Porque a los vecinos les gusta hacer ejercicio.

—Joder, pues que vayan al gimnasio.

—Se ve que les sale más económico esto.

—¡Vaya bloque de gilipollas!

—No te pases, guapa, que yo vivo aquí.

—Vale, vale, no te cabrees.

—¿Te has traído algún libro?

—Tranquila, que los doce euros los traigo.

—Anita, mi paciencia tiene un límite.

—¿Y mi *whisky* doble con hielo?

—En la habitación.

—Pues me lo tomo tranquilita, y luego empezamos, que algo me he traído.

—Sí, pero antes me cuentas el cristo que has armado.

—Eso ya está olvidado.

—¿Olvidado? Oye, bonita, que por poco me quedo sin curro, así que esa lengua que tienes, te la dejas guardadita en la boca.

—Que te he dicho que ya está, y además le has caído bien a mi madre.

—Pues no vuelvas a joderla.

—¡Qué mal hablas para ser profe!

—Venga, bébete eso, que empezamos.

—No me vengas con prisas, que todavía me estoy recuperando de la escalera.

—Anita, que hoy no te libras.

—Que me llamo Ana, coño.

Bueno, ya está, por fin se ha largado, aunque no sin antes dejarme otra vez medio desplumada, que no se iba si no le pagaba un par de cañas. Yo no sé cómo esta pájara no llega tambaleándose a su casa, pero ya le he dejado clarito que hoy es el último día que bajamos al bar, que si hace falta le sirvo dos *whiskys*, que esos me salen gratis, y que si quiere pillar una borrachera cada tarde, allá ella, que yo ya tengo bastantes problemas en que pensar.

FRAN

—HOLA.

—¿Qué, más tranquilita ya?

—Menos recochineo, guapo.

—Uy, ya veo que no. Te llamo más tarde, cariño.

—No, no. Vale, joder, es que entras directo a la yugular.

—Venga, bájate, que estoy aquí en el bar.

—No me digas que tengo audiencia con su majestad y sin haberla pedido con antelación.

—Se te está calentando la cerveza.

—Voy.

Venga, Merceditas, que te bajo al parque. Bueno, al parque en un ratito, antes nos pasamos por el bar, que está Fran. ¿Te acuerdas de Fran? Sí, mujer, ese gay majísimo que nos echó de su piso el otro día, que no se leyó ninguno de los mensajes de socorro que le mandé y que dijo que te ibas a mear en su parqué. Un encanto, ya ves.

—¡Mamá, me bajo al bar!

—¿Otra vez? A este paso no ahorras ni un euro.

—Tranquila, que me invita Fran.

—¡Qué majo es!

—Sí, majísimo, ahora se lo estaba comentando a Merceditas.

—Espera, que te hago una lista, y me subes cuatro cosas.

—Me la mandas por WhatsApp, que tengo prisa.

—¿El dinero también te lo mando por WhatsApp?

—¡Ah no, ese me lo das ahora!

—Anda, toma e invita a Fran a una cervecita de mi parte.

—Gracias, mamá, te debo una.

—Una, dice...

—A ver, mamá, que tampoco eres ese de la Biblia repartiendo panes y peces.

—¿Me estás llamando tacaña?

—Me bajo, que tengo prisa.

Ya estoy en el rellano de la escalera, cuando no sé qué dentro de mi cabeza o de mi corazón, o vete tú a saber de qué órgano, me hace dar la vuelta, volver

a poner la llave en la cerradura, entrar en el piso, ir hacia mamá y darle un beso. Y no un beso cualquiera, no, sino uno de esos que suenan, un muuuua fuerte y sonoro que seguro que lo ha oído toda la escalera. La miro, y me mira, y sobran las palabras.

—Hola, guapetón.

—Hola, cariño.

—Perdona que haya tardado un poquito en bajar, es que mi madre me estaba haciendo la lista de la compra.

—Tengo toda la vida para esperarte.

—No hace falta que me hagas la pelota, que ya te he perdonado.

—Siento no haber leído tus mensajes.

—Que no importa, te he dicho.

—A mí sí que me importa. Y además vengo a pedirte una cosa.

—Mientras no sea dinero...

—Vente a casa.

—¿A tu casa? ¿A qué?

—Pues, ¿a qué va a ser? A vivir.

—Ya veo que Reme y tú os habéis propuesto que se me metan en los ojos todas las palomas del barrio.

—Te lo digo en serio, Carolina, tengo espacio de sobra para ti y para la chucha.

—Joder, Fran, que me está mirando todo Dios.

—Pues deja de llorar, y nos subimos a por tus cosas.

—Gracias, Fran, porque sé que lo dices en serio, pero no voy a ir. Estoy bien aquí, de verdad.

—No, no lo estás.

—Los primeros días no, pero ya me he acostumbrado.

—Vente, por favor.

—¿A ti cuántas veces te he dicho que te quiero?

—No lo sé, pero muchas.

—A Reme calculamos que unas diez mil, más o menos.

—Ah, pues, yo también debo de andar por ahí.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Empezamos a contar desde diez mil, y así llevamos la cuenta.

—¿Y para qué quieres llevar la cuenta de nuestros «te quiero»?

—Para que nunca se me olviden.

—Entonces vamos por el diez mil uno.

Me los merezco a los dos, porque planté sus semillas en mí cuando éramos pequeñitos, porque los cultivé, porque los regué, porque los cuidé y porque forman parte de mí, porque viven en mí.

—¿Qué piensas, que estas tan calladita?

—En el amor.

—¿En Javier?

—No. En el amor de verdad, en el amor que no viene y va, en el que discute y se reconcilia, en el que da sin pedir, en el que pide sin tener que dar, en ese amor que perdura en el tiempo, que la distancia no separa aunque las distancias sean largas y las llamadas cortas, en ese amor que no termina, que llevo anclado en mi alma, que florece en todas las estaciones del año, que no se marchita, en el amor que nunca muere, en tu amor, en el amor de Reme, en mi amor.

—¡Joder, pues sí que hay palomas en este barrio!

—¿Subimos a mi habitación a llorar tranquilitos?

—No, que nos vamos a morir de sed.

—Eso también es verdad. Lo decía por la gente.

—¿Y a quién le importa?

—A Alaska ni ocho cuartos.

—Pues a mí ni ocho más.

¡Qué bien me siento! No hay nada como la calma después de una tormenta, o la reconciliación después de un malentendido. No es que sea la primera vez que discutimos los tres; de hecho, hemos armado alguna de las gordas, pero nada, que nos duran media horita como mucho. ¡Qué suerte tengo de tenerlos! No sé yo qué haría sin ellos ni qué hubiera sido de mi vida sin nuestro andar juntos, inseparables los tres desde pequeñitos, de una casa a la otra, el mismo cole, los mismos juegos, las mismas calles, la misma Chueca, mi Chueca, nuestra Chueca. Y no es que no tenga más amigos, que por ahí tengo un montón, que a mí a sociable no me gana nadie, pero como esos dos, ninguno. Alguien dijo que los amigos de verdad se pueden contar con los dedos de una mano. Pues a mí me sobran tres dedos.

Venga, Carolina, déjate de sentimentalismos, que te pones muy ñoña, y si subo así a casa no me reconoce ni mi madre. Bueno, esa sí, que no se le escapa una, y ya me va a preguntar que por qué he estado llorando. O sea, que ahora que Fran ya se ha ido, me voy al parque con Merceditas, que una promesa es una promesa. Y luego al súper, no se me vaya a olvidar o tendré

que subir y bajar los cuatro pisos dos veces, y yo, la verdad, que lo de hacer ejercicio, justito. Vamos, que me aburro, que ya estuve un tiempo yendo al gimnasio, y creo que solo entrar ya me daba la depre. Y encima ese olor a tigre que había allí, que digo yo que un poco de ventilación no hubiera ido mal, pero no, ahí solo faltaban las rejas. Total, que dejé de ir y me dediqué a dar largos paseos por el barrio o por los parques que iba encontrando, y nada como respirar el aire fresco. Bueno, ahora se me ha ido un poco la bola, porque como me oiga alguien decir que estoy respirando el aire fresco de Madrid, me encierran en un manicomio con llave y candado.

¿Estas contenta, Merceditas? Ya te había dicho que te llevaría al parque. Que sí, que ya lo sé, que hemos tardado un poquito en venir, pero tú ya sabes por qué, que has oído toda la conversación con Fran, aunque a ratos te hagas la dormida o la despistada.

—¿Te responde?

—¡Joder, qué susto me has dado!

—Es que como estabas ahí tan concentrada...

—Pues que sepas que lo entiende todo.

—Por lo menos le puedes hablar sin que te interrumpa, cosa que no pasa con los humanos.

—Oye, Cristian, quería darte las gracias.

—¿Te ha llamado Pedro?

—Sí, y empieza mañana.

—Me alegro por ti, y que conste que le di muy buenas referencias tuyas.

—A ver cuándo te devuelvo el favor.

—No tienes que devolverme nada. Bueno..., o sí.

—Dime. Yo hago lo que tú me pidas.

—No te lances tan rápido, que aún no vas sujeta a la cuerda.

—¿Es una metáfora esto? Es que ya voy un poco cargadita...

—No sé, la de letras eres tú, yo si quieres te resuelvo un logaritmo aquí en la arena del parque.

—No, gracias.

—Nada, da igual, olvídalo.

—Oye, guapete, ahora terminas lo que ibas a decir, y si no, haberte estado calladito desde el principio, que no hay nada que me jorobe más que que me dejen a medias.

—Eso se podría interpretar de muchas maneras.

—Sí, siempre que seas del género masculino, que ahí andáis sin saber muy

bien dónde tenéis el cerebro.

—¡Qué feministas os habéis vuelto las mujeres últimamente!

—Por algo será.

—Pues yo soy un tío normal, Carolina, así que no busques más allá.

—Vale. Venga, no vayamos a discutir ahora que me acabo de reconciliar con el mundo.

—Eso está bien.

—Anda, dime lo que me querías decir.

—Pues eso, que tengo unos colegas que tienen una banda de música y hoy tocan en un local aquí cerca.

—¡Ah, perfecto! ¿Y?

—Pues eso.

—Mira, Cristian, no sé si te estás haciendo el gilipollas, o es que lo eres.

—Joder, pues que si te quieres venir.

—Lo que te ha costado, guapo.

—No es obligado.

—Eso ya me lo imagino yo solita.

—Pues eso.

—Como vuelvas a decir otra vez «pues eso», me largo.

—Mira...

—Que sí.

—¿Que sí, que?

—Que sí, que voy al concierto ese.

—¡Ah, pues estupendo! ¿Te paso a recoger, o vas sola?

—De sola nada, me pasas a recoger, que ya veo que no quedan caballeros.

—Oye, ¿pero no eras tan feminista tú?

—A ratos y para lo que me interesa.

—A las nueve estoy en tu casa.

—Pero si no te he dicho dónde vivo.

—No hace falta, ya lo sé.

CRISTIAN

¡ESTA NOCHE SALGO, MERCEDITAS! ¿Tú? No, bonita, tú te quedas aquí de guardiana de nuestra habitación, y sin despistarte un segundito, o se te cuela aquí la tarada de mi hermana, que está loca por entrar y toquetearme todas mis cosas, que yo a esa la conozco desde que nació, que unos añitos le llevo y no veas lo repelente que era de pequeña, que todavía no sé cómo mi madre no la lanzó por la ventana. Por falta de ganas seguro que no fue, que la tía se pasaba los días y las noches llorando, y a saber por qué, supongo que para fastidiar, que es su *hobby* favorito. Bueno, da igual, pasamos a otro tema. ¿Qué me pongo esta noche? Es que se me ha olvidado preguntarle a Cristian qué tipo de música vamos a escuchar, porque ya sabes, no me puedo vestir igual para un grupo que toca baladas, o para un grupo heavy, que yo creo que anda la cosa más bien por ahí; o sea, que con unos vaqueros y una camiseta voy más que apañada. Y ahora no te muevas de aquí, que voy a intentar que mi madre me suelte algo de pasta.

—¿Mami?

—Uy, algo quieres tú.

—Se nota que me has parido.

—Y con muchos dolores.

—No sería para tanto la cosa.

—¿Qué quieres?

—¿Me prestas algo de *cash*?

—¿De qué?

—*Money*.

—Carolina, hija, estoy muy ocupada, así que si no quieres nada...

—Que si me prestas dinero, mamá.

—¿Y ahora para qué quieres dinero? En la nevera hay cervezas.

—A ver, mamá, que esta noche salgo.

—¿Con quién?, ¿con Reme?

—No.

—¿Con Fran?

—Tampoco.

—¿Y con quién sales entonces?

—Con un chico que conocí pegando papeles.

—¿Y es de casa buena?

—Mamá, no empieces.

—Carolina, búscate un chico rico, que tú sola no sales de pobre.

—¡Qué práctica eres, mamá!

—Solo quiero asegurarte un buen futuro.

—De mi futuro me encargo yo solita, si no te importa.

—A ti solita ya hemos visto cómo te ha ido, hija.

—Me das pasta, ¿o no?

—¿Cuánto quieres?

—Veinte euros.

—Está bien, pero que no sirva de precedente.

¡Dios santo! Esta mujer, para soltar veinte euros, parece que le estés arrancando un brazo. Suerte que esto va a durar poco, que en unos días me pago todas mis cosas yo solita. Y ahora a por la tarada de mi hermana, que necesito el baño, y un buen ratito, y como me suelte alguna gilipollada de las suyas, me voy derechita a mamá a chivarme, como cuando éramos pequeñas; aunque, en realidad, la chivata siempre ha sido ella, aparte de la mimada, la consentida, la protegida y unos cuantos adjetivos más, que ahora porque no me da tiempo, si no, me metía en Google y los buscaba todos. Venga, Carolina, que ya son las ocho, y en una hora tienes que estar lista.

—Jessi, ¿puedo pasar?

—Depende.

—Será un momentito, bonita.

—Entra.

—Necesito el baño.

—¿Y yo para qué te di un horario si te lo pasas por el forro cada vez que te da la gana?

—De eso te quería hablar también.

—¿De qué?

—Del puto horario.

—¡Qué mal hablas!

—¿Se puede saber por qué no podemos compartir el baño como buenas hermanas?

—Porque ya me he acostumbrado a tenerlo para mi solita.

—Ya, pero es que resulta que ahora ya no estás tan solita, y esta también es mi casa.

—Porque no sabes a dónde ir a caerte muerta.

—Por lo que sea, bonita, pero ya empiezo a estar hasta las narices de ti y de tus normas.

—Pues vuelve con Javier.

—Mira, Jessi, no me quiero pelear, y además tengo un poco de prisa. Dame la llave, y mañana seguimos con el tema.

—¿Y a dónde vas?

—A la puta calle.

—¿Y por qué no te vas a la puta mierda?

—Como quieras. Ahora viene mamá.

—No hace falta, toma la llave.

—Gracias, bonita.

—Me debes una.

¿Es delito estrangular a una hermana? Bueno, delito sí, claro, pero supongo que el juez tendría en cuenta los motivos, que aparentemente no parecen gran cosa, lo sé, pero viene a ser algo así como un hostigamiento a la intimidad. Bonita palabra, y esa el señor juez se la sabe seguro, que esos son de letras y se manejan muy bien con el *Diccionario de la Real Academia Española*; o sea, que se saben todas las palabritas raras, pero muy útiles a la hora de declarar sentencia. ¡Las ocho y media! Ni de coña estoy lista a las nueve, que solo ducharme, lavarme la cabeza, pasarme el secador y la plancha, me puedo tirar casi una hora, y eso yendo muy deprisa. Le mando un mensajito a Cristian y le digo que a las nueve y cuarto, que me ha salido un imprevisto; tampoco hace falta contarle que tengo una hermana gilipollas, eso ya se lo cuento otro día con más calma.

—Hola.

—Hola.

—Son las nueve y media, llevo media hora de plantón.

—Te he mandado un mensaje.

—Ya, pero he pensado que terminarías antes.

—Pues no pienses tanto, bonito, no vaya a ser que se te canse mucho la neurona.

—¿Siempre eres tan borde?

—No, lo siento, es que mi hermana me saca de quicio.

—¿Por qué?

—Porque la sacaron con fórceps, y está muy tarada.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno lo del fórceps me lo imagino, pero que está tarada va muy en

serio.

—No será para tanto.

—Tiene el baño cerrado con llave, y tengo que cumplir unos horarios.

—¡No me jodas!

—Ya te gustaría.

—¿De verdad que tienes horario para ir al baño?

—Sí, pero mi madre ya me ha dicho que le va a decir cuatro cositas.

—¿Y cuántos años tiene tu hermana?

—Veinticinco, pero le están sentando fatal.

—¡Joder, con la tía!

—Me tengo que largar de esa casa como sea.

—Tengo dos alumnos más para ti.

—¿Cómo?

—Pues eso, que te recomiendo a todos mis alumnos, ya ves.

—Ahora mismo te plantaba un beso en todos los morros.

—Dicho así, no suena muy romántico.

—No era mi intención que sonara romántico.

—Lástima.

—¿Y cuándo empiezan?

—Te llamarán.

Seguimos andando, en silencio, por estas calles de mi Chueca bonita, y nos vamos encontrando toda clase de gente, que aquí, si abunda algo, es la variedad. Y noto cómo me voy relajando por la supermeganoticia que me ha dado Cristian, por esta noche cálida y ruidosa, porque las cosas empiezan a ir bien, pero que muy bien, porque pronto tendré mi pisito propio, porque...

—Cristian.

—Dime.

—Gracias.

—Ya has tardado.

—Lo siento, ha sido de la emoción, pero no sabes cómo te lo agradezco.

—Me caes bien desde el primer día que te vi, y eso que estuviste borde de cojones.

—Lo siento, es que pensaba que querías robarme mis alumnos.

—Pues ya has visto que no.

—Y más cosas.

—¿Más cosas?

—Que he visto, digo.

—¿Y qué cosas son esas?

—Luego te las cuento, que ahora llegamos tarde.

Llegamos al local abarrotado de gente, y ya se escucha la música desde fuera. Heavy, lo sabía, suerte que no me he puesto ningún vestidito ni nada cursi, porque no veas el cante que hubiera pegado. O sea, que con mis tejanos y mi camiseta de ACDC voy que me salgo. Nos acercamos a la barra, que es casi como subir al metro en hora punta, pero, una vez allí, Cristian llama a uno de los camareros por su nombre, y viene a saludarlo como si fueran los mejores amigos del mundo, que a saber si lo son, porque yo de este no sé nada, y ya va empezando a ser hora de que indague un poco sobre su vida, que al pobre apenas lo dejo hablar, le pego unos monólogos que no sé yo aún cómo me aguanta. Me pasa un botellín de cerveza y me dice que vamos a acercarnos un poquito para escucharlos mejor. Total, que me lleva cogida de la mano y pegándonos golpes con todo el mundo hasta el escenario, o el intento de escenario, mejor dicho, que esto es un cuchitril, y veo cómo unos de los guitarristas le guiña un ojo.

—¿Lo conoces?

—No te oigo.

—Que si lo conoces

—Sí, claro, ya te dije que eran colegas míos.

—¿Pero colegas de colegas, o colegas de amigos?

—Somos amigos desde que éramos unos críos.

—¿Y el camarero?

—Es mi primo.

—¡Joder! ¿Y el dueño del local no será tu padre?

Se ríe. Y vaya sonrisa más bonita que tiene, que a este simpático no lo gana nadie, se ve a una milla lo agradable que es, y buen chaval que parece. Y ahora que lo estoy mirando bien, una retirada al Velencoso sí que tiene el tío. ¿Pero qué estoy diciendo? Carolina, no bebas más, que te pones romanticona, y tú eres muy enamoradiza y ahora no estás tú para eso. Tú centradita en tus clases y en ganar dinero.

—¿A que tocan bien?

—Fenomenal. Oye, voy a por otra cerveza.

—Te acompaño, y salimos a la calle a fumarnos un cigarrillo.

—No, quédate, que me sabe mal, ya voy sola.

—Tranquila, que solo vamos a perdernos una canción.

Nos metemos otra vez entre la marabunta y conseguimos llegar a la barra y

salir del local. Y qué bien se está aquí, parece incluso que corra aire fresco, aunque eso es una alucinación, el aire fresquito en Madrid en pleno verano es casi como jugar a la primitiva y acertar los seis jodidos números, que me parece a mí que eso tiene un tongo que no veas, que no he visto yo mucho yate por aquí.

—¿Qué piensas?

—Muchas tonterías, mejor ni te las cuento.

—No será para tanto.

—Sí, bonito, que yo tengo la imaginación muy suelta.

—Pues úsala para escribir.

—¿Y qué escribo?

—Pues lo que se te ocurra.

—Solo gilipollecas.

—Eso no me lo creo.

—Y tú, ¿a qué dedicas el tiempo libre?

—¡Coño, como la canción de Perales!

—Uy, perdona, me ha salido así.

—Pues la verdad es que tiempo libre no tengo demasiado. Mucho curro, tengo todo el día ocupado dando clases. No encuentro trabajo de lo mío, la cosa está muy jodida.

—¿Entonces tú de pasta bien?

—Sobrevivo.

—Gloria Gaynor.

—Ya veo que va la cosa de canciones hoy. ¿Y qué me querías decir antes?

—Ya no me acuerdo.

—Pues pintaba bien, te habías puesto en plan tierno.

—Que no me acuerdo...

—Vale, como quieras.

—No te enfades.

—No voy a enfadarme contigo.

—¿Por qué?

—Porque me gustas y porque detrás de esa máscara de chica borde está la auténtica Carolina.

¡Joder, ahora sí que me ha desarmado! No me sale ni un «sí», ni un «no», ni un «vale», ni un «tienes razón», ni un «andas muy equivocado», ni un «vete a la mierda» y ni un «tú también me gustas».

—Te has quedado calladita.

—No puedo beber y hablar al mismo tiempo.
—No creo que sea eso.
—No me conoces.
—Entonces quiero conocerte.
—Y saber qué es lo que piensas...
—Álex Ubago. Me encanta esa canción.
—Sí, es preciosa.
—Quiero abrir todas tus puertas.
—Venga, que nos estamos poniendo cursis.
—El amor es cursi.
—El amor es una mierda.
—Eso no es verdad.
—A veces sí.
—Eso es porque no tienes puntería.
—¿Y tú?, ¿cómo andas de puntería?
—Ahí voy, lanzando flechas.
—¡Qué romántico!
—Da igual, porque no doy ni una en el blanco.
—Pues guapete eres un rato.
—De eso que has dicho te vas a arrepentir y lo sabes.
—No, porque lo ha dicho la verdadera Carolina y no la gilipollas que tú conoces.

Se me va acercando, se me acerca demasiado. Ya casi no hay espacio vital entre nosotros, ya no respiro el aire de la calle, solo su aire, su aliento a cerveza y nicotina, y su olor, que entra por todos los poros de mi piel mientras me besa cálida y suavemente, sin prisas. Y yo me dejo besar mientras mi mente, por un momento, se detiene y ya no piensa en nada...

—No me he podido contener.
—Ya me he dado cuenta.
—Me gustas desde el primer día en que te vi.
—No lo sabía...
—¿Volvemos dentro?

Y me coge de la mano, y ya es como si fuera otro coger, un coger distinto, un coger de amigos, un coger que me gusta, un coger suave, un coger de cariño, un coger de «vente conmigo al fin del mundo», un coger de enamorados... Y la noche sigue con su estruendo heavy mientras yo solo oigo baladas de amor.

Y como todo lo que empieza tiene un final, se acaba el concierto, y nos

despedimos de sus amigos los músicos y de su primo camarero, y salimos a las calles de Madrid, de mi Chueca, y empieza a caer una lluvia fina mientras vamos andando cogidos de la mano hacia ninguna parte y hacia todas partes.

PEDRO

—PENSABA QUE YA NO VENÍAS.

—Pues aquí estoy, profe.

—Un cuarto de hora tarde.

—Tranquila, profe, que luego me quedo un rato más y solucionado.

—Pues va a ser que no, bonito, luego tengo otra clase.

—Pues la retrasas, profe. Total, estás en tu casa...

—No hace falta que me llames profe, esto no es un colegio.

—*Okey*, profe.

—Muy bien, como quieras, pero me llamo Carolina.

—Y yo, Pedro. Por cierto, profe, le he enseñado tu foto de WhatsApp a un amigo, y dice que estás buenísima. ¿Te importa si le paso tu teléfono?

—Ni hablar, mi teléfono es privado.

—Joder, pues para ser privado, está colgado por todo el barrio.

—Eso es trabajo.

—Tú llámalo como quieras, pero todos los salidos del barrio ya deben de tener tu número de teléfono, con nombre y apellidos, que solo te faltaba meter una foto desnuda.

—¿Pero qué coño dices?

—Ese vocabulario, profe.

—Oye, bonito, si vuelves a faltarme el respeto, te mando para tu casa.

—No creo, que se te ve que te hace falta pasta.

—¿A mí pasta? Yo vivo como una reina, majete.

—Sí, ya se te ve, en esta megaenana habitación, que ni el chucho cabe.

—Es una chucha, y se llama Mercedes.

—¡Joder, como mi madre! Cuando se lo diga, le da un ataque.

—Tú no vas a decir nada, bonito.

—En cuanto llegue a casa. Verás el cabreo que pilla.

—En cuanto llegues a casa, a esta ya le he cambiado el nombre, que ya veo que le he puesto uno muy popular.

—Como quieras, profe, pero por mí que no sea, ¿eh?

—No, guapetón, que lo que tú digas me resbala bastante.

—Me gustan los profes mal hablados.

—Saca los libros.

—Vale, vale. No te cabrees, que estaba de coña.

—Pues las coñas a la puta calle, bonito.

—¡Joder con la profe!

¿Pero qué está pasando con los adolescentes? ¿De verdad están todos como una puta cabra? ¿Y estos son la generación del mañana? Pues vamos apañados, porque no se salva ni uno; es más, a cual peor. Y esto no es cosa de las hormonas, como nos decían en mi adolescencia, no, a estos se les ha ido la olla de tanta tecnología: móviles, ordenadores, televisores a la carta, internet y el señor Google. Ahí está la base de todo, de todos los males, quiero decir: la tecnología, la maldita tecnología, que ha arrasado con la humanidad como un huracán de fuerza siete, destruyendo todo a su maldito paso, destruyendo voces, destruyendo palabras, destruyendo encuentros, destruyendo abrazos, risas y besos... «Anda, te mando el icono del besito del WhatsApp y vas que chutas». La tecnología está terminando con las relaciones humanas y con las conversaciones mirándote a los ojos, que estoy harta de ver a grupos de adolescentes, en los parques o los bares, cada uno inmerso en su mundo hecho de pantallas. ¡Todos los dedos de las manos les cortaba yo a estos! Uy, Carolina, ahora te has pasado, que, puestos a cortar, igual alguno a ti también se te iba, que últimamente andas muy pegadita al móvil. Pero claro, y cómo no, si esto es una corriente que nos arrastra a todos, que yo he visto a gente pegarse de hostias con las farolas por ir con la cabeza agachada escribiendo a saber qué chorrada en el móvil. Y ni te cuento la de semáforos en rojo que cruzan o intentan cruzar sin mirar si viene un coche o un autobús, que como sea el caso, más que recoger sus restos, los van a tener que aspirar.

Contestones, maleducados, déspotas, tiranos, dramáticos, salidos y más cosas que mejor me callo o los mandaba a ellos y a todas mis clases a la puta mierda, y, por supuesto, de eso ni hablar, que me hace falta la pasta, y mucho; o sea, que si tengo que aguantar a todos estos degenerados, pues los aguanto.

Me bajo al bar, que como no me meta una buena dosis de alcohol y nicotina, me tiro al Manzanares, que a saber si hay agua con este calor, que seguro que, con la suerte que tengo últimamente, va a estar el río más seco que el desierto del Sahara. ¡Maldita bruja!

—¡Reme!

—Hola, cariño.

—¿Dónde andas?

—Trabajando, ¿dónde quieres que ande?

—Ah, claro, perdona. Ya hablamos luego.

—No, dime, que a ti te pasa algo.
—Sí, pero no es urgente.
—Carolina, que nos conocemos.
—Que como siga la cosa así, me tiro al Manzanares.
—A ese no, que anda seco.
—Lo sabía. Ni para esto tengo suerte.
—Siempre te queda el metro.
—Si lo sé, no te llamo, bonita.
—Ya veo que no estás para bromas.
—Es que están muy chalados, Reme.
—¿Quiénes están chalados?
—Pues, ¿quiénes van a ser? Los niñatos esos a los que doy clase.
—¿Y qué te esperabas?, ¿o ya no te acuerdas de cuando éramos adolescentes?
—¿Pero tú estás loca? No éramos así.
—Claro que sí, cariño. Lo que pasa es que ya no te acuerdas.
—Dejo las clases.
—Ni hablar, tú no dejas nada.
—No puedo más.
—Pues te aguantas.
—Para ti es fácil decirlo.
—Se acabó. Te vienes a casa, y no se hable más.
—Que no voy, Reme. Ya está, no te preocupes, que ya se me pasa, es que solo llevo una cerveza.
—¡Ah, entonces es eso! Vuelve a llamarme cuando vayas por la tercera.
—Muy graciosa. Anda, sigue trabajando. Luego hablamos.
—¿Pero estás mejor?
—Sí, ahora que he hablado contigo, sí.
—Cuando salga de aquí te llamo.
—Vale. Pero tranquila, que estoy bien.

A esta no la llamo más, que me termina todas las conversaciones metiéndome en su casa. Es que es una buenaza la tía, que no creo yo ni que me la merezca. Pero la verdad es que ya estoy más tranquilita y no voy a dejar que esa pandilla de mocosos me saque más de mis casillas. Me da exactamente igual si aprovechan las clases o no, yo me cobro mis doce euros y si te he visto no me acuerdo. Ah, ya sé a quién voy a llamar para hacerle unas preguntitas y de paso me quito el aburrimiento.

—¡Hola!

—Cristian, ¿tienes un momentito?

—Para ti los próximos cincuenta años.

—Con dos minutitos me basta.

—¡Qué sosa eres!

—Oye, que te agradezco mucho que me mandes alumnos y eso, pero... ¿van a ser todos del mismo estilo?

—¿Del mismo estilo? Ahora me he perdido.

—A ver, muy finos no andan.

—¿Y qué quieres? Son adolescentes.

—Y dale con la adolescencia. Cristian, estos críos están muy chalados.

—¡Qué exagerada eres!

—¿Contigo se comportan?

—Defíneme «comportar».

—A ver cómo te lo digo finamente. Para empezar, la ricura de Anita bebe más que yo, que ya es decir, y el otro es un salido y un maleducado.

—¿Maleducado? Pues a mí siempre me llama profe.

—Da igual, bonito, vamos a dejar la conversación aquí.

—Espera, espera, que contigo no se puede bromear.

—Hoy va a ser que no.

—Escucha, ten paciencia. Dales tiempo. El problema es que no quieren estar encerrados con este calor y no vienen por voluntad propia que digamos.

—Pues dame una solución antes de que me cargue a uno.

—Sáltate la clase un día, yo lo hice y me funcionó.

—¿Y qué hicisteis?

—Me los llevé al bar. De uno en uno, eso sí.

—¡Ah! ¿Y les cobraste la clase?

—¡Pues claro! Pero a fondo perdido, que estos tragan más que una ballena.

—¡Pues qué bien!

—Sí, pero desde ese día parece que está la cosa más calmada. Yo creo que de la hora que dura la clase, veinte minutos los aprovechamos bien.

—¿Y eso para ti es una victoria?

—Sin ninguna duda.

—Ah, pues ya me quedo más tranquilita.

—Oye, ¿y cuándo nos vemos? Desde la otra noche que no sé nada de ti.

—Es que ando un poco ocupada.

—Sí, fumando y bebiendo.

—¡Joder, ni que fuera una alcohólica! Que solo llevo dos cervezas hoy.

—Estaba bromeando. Venga, pon día y hora, que yo me adapto.

—No se... La verdad es que días y horas es lo que más tengo.

—Vale, pues entonces te paso a buscar a las nueve, y nos vamos a tomar algo a la fresca.

—Lo de «la fresca» lo dirás en coña, ¿no?

—Pues nos metemos en un sitio con aire acondicionado, y listo.

—De acuerdo. A las nueve en punto.

—¿En punto?

—Que sí, que hoy no me retraso.

¡Venga, Mercedesitas! Levántate, que ya llevas tú mucho bar y tienes que hacer tus cositas. Nos vamos al parque un rato y para casa derechitas, que voy a tener que hacer una instancia para que la tarada de mi hermana me deje el baño fuera del horario establecido. ¡Qué ganas de pirarme, hija! Sí, claro, tú te vienes conmigo, a dónde ibas a ir si no. Es que tienes unas cosas a veces... Que me miras con esa carita tan mona, y ya sé todo lo que estás pensando. Ya sabes que empiezan dos alumnos más, y eso son veinticuatro euros más al día, que sumados a los otros y multiplicados por veinte días, dan un total de novecientos sesenta euros al mes. ¡Joder, que parezco una azafata del *Un, dos, tres!* Sí bonita, que tú no sabes qué es eso. Bueno, a mí me pilló de lejos también, no te creas, que solo tengo treinta y tres, como Cristo. Ah, ¿que tampoco sabes quién es? Nada, uno que se ve que le dio por ayudar a la peña, y se lo cargaron, para resumir. Otro día ya te lo cuento mejor, que ahora no tenemos tiempo. Pero, oye, que igual un par o tres de críos más, y en un par de meses ya tenemos nuestro pisito; pequeñito, eso sí, pero tú no te preocupes, que yo me voy a IKEA y lo dejo majísimo, que ya me imagino que tú no has estado allí, que no sé yo si dejan entrar perros, ahora que lo pienso. Eso se lo pregunto a Fran, que para algo trabaja en atención al cliente; pues eso, que atiende. Pero bueno, por si no te dejan entrar, ya te cuento yo. Pues mira, aquello es enorme. Vamos, que si no sigues las flechas del suelo, te tiene que venir a buscar la Guardia Civil. A mí por lo menos, que ya sabes tú que me pierdo hasta por el barrio, que mis padres cuando se pusieron a hacer mezcla de genes se ve que el gen del sentido de la orientación se les quedó fuera; eso es que los muy malvados hicieron la marcha atrás. Pues hala, a joderse, que les salió mal la cosa. Bueno, mal no, que la que salí fui yo. En fin, que me estoy haciendo un lío... Que en IKEA tienen de todo. Lo que más tienen son velitas, que yo no sé todavía cómo no ha salido Madrid ardiendo. ¡Ah y eso

sí!, como compres una estantería o un mueblecito, te lo montas tú en casa con un manual de instrucciones que te dan en sueco, que para el caso es lo mismo que si estuviera en chino; o sea, que mejor vamos a dejar el temita de IKEA, que ya me estoy poniendo de mala leche.

—¿Más tranquilita?

—Sí. Con lo que me has dicho, mucho más, la verdad.

—No les hagas caso, son críos.

—Ya lo sé, pero es que la adolescencia me queda un poco lejos y ya no me acordaba.

—Nosotros éramos como ellos.

—Yo tan pirada no estaba, te lo aseguro.

—Pues yo se las hice pasar moradas a mis padres.

—¿Tú? Pero si eres un buenazo.

—No te creas. Ahora estoy muy calmado, pero antes... Mejor no te cuento.

—No, mejor sí me cuentas, que así te conozco un poquito más.

—Tú quieres saber mi lado oscuro.

—Me gustan los malotes.

—Ya no lo soy.

—Siempre queda algo.

—¿Y tú, cómo eres?

—Pues así, tal como me ves. Majísima.

—Y con mucha mala leche.

—Solo si me provocan. Si no, soy un angelito.

—Pues yo lo mismo que tú.

—¿A dónde vamos?

—¿Te apetece pizza?

—Mientras no comamos croquetas...

—¿Y qué pasa con las croquetas?

—Que mi madre, cuando era joven, se ve que hizo un máster.

—Ah, entonces le saldrán buenísimas.

—A mí lo que me salen es por las orejas.

—Pues las metes en táper y me las traes.

—Cómpratelas en el Mercadona, que están más buenas.

—Eso no te lo crees ni tú, lo que pasa es que ya estás harta y no las sabes apreciar.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—¿De nosotros?

—¿Nosotros? Querrás decir tú y yo.
—Mira, Carolina, que no era obligado venir.
—No te cabrees, que yo también sé bromear.
—Pues no ha sonado a broma.
—Pues lo era.
—Me gustas mucho.
—Eso es una ranchera.
—Como quieras.
—Venga, que estaba bromeando otra vez.
—Da igual. ¿De qué quieres la pizza?
—¿Con el nombre de Cristian hay alguna?
—Vale, es que cuando te pones así...
—Lo siento, he tenido un mal día, pero tú no tienes la culpa.
—Entonces relájate, estamos en una pizzería de Chueca, el mejor barrio del mundo, y encima con aire acondicionado. ¿Qué más se puede pedir?
—¡Joder! Te conformas con poco, ¿eh?
—¿De verdad te parece poco?
—No, está bien. Tienes razón, estamos en el paraíso. Vamos, que si me toca la primitiva mañana, ni al Caribe me voy, me quedo aquí con este calorcito que pega en Madrid, que no hay nada como freírse como un huevo.
—Pues sí que te has levantado pesimista hoy.
—Es que dices unas cosas, bonito... No me vas a decir que no estaríamos mejor en una playita de Cádiz.
—Yo tengo que currar todo el verano, así que como no venga la playita de Cádiz aquí...
—También es una opción.
—Por cierto, me llamó Ana. Ya hemos empezado con las mates.
—¿Será malvada? Esa lo único que quiere es ligar contigo.
—Carolina, por favor, que solo es una cría.
—Ya le dije que las tablas de multiplicar se las enseñaba yo.
—Creo que en la ESO van un poco más avanzados.
—¿Y qué tal con ella?
—Anda un poco despistada.
—¿Un poco? ¿Todavía no te ha vaciado el mueble bar?
—En casa solo tengo cervezas.
—Pues ponle un candado a la nevera.
—No me ha pedido ni una.

—¡Será bruja!... ¡Pero si bebe más que un vikingo!

—¡Qué bruta eres!

—Tú espera y verás, que esta se está aclimatando.

—Me contó que la había dejado el novio, eso sí.

—¡Qué larga se la sabe!

—Y otra cosa también me dijo.

—¿Qué cosa?

—Que le encantaba dar clases contigo.

—¿Cómo no? Si se las pasa medio borracha.

—Me dijo que sabías escuchar y que tú la comprendías.

—Vale, vale, me rindo, que ya empieza a caerme bien la cría.

—A veces solo quieren que los escuchemos, ya sabes que a esa edad no cuentan nada en casa.

—Esta sí, que me armó un pollo que no veas.

—¿Qué hizo?

—Nada, una metáfora que no entendió, pero ya está solucionado.

—¿Lo de la bañera?

—A ver, si ya lo sabes, para qué coño preguntas.

—¡Ese vocabulario, profe!

—¡Anda, como Pedro!

—Quería ver si lo pillabas.

—Oye, guapetón, que yo pillo hasta el AVE en marcha si hace falta.

—La otra noche cuando nos besamos... me gustó.

—Ya...

—¿«Ya», es un «a mí también», o un «a mí no me gustó»? Que podrías ser un poco más explícita.

—«Ya» quiere decir que acabo de salir de una relación de mierda y que estoy en fase de duelo.

—Las relaciones de mierda no deberían tener fase de duelo.

—Bueno es que tampoco es eso, pero no me quiero complicar la vida.

—Ya...

—Ahora eres tú el del «ya». Y sí, me gustó.

Sonríe. ¿Y qué tendrá esa sonrisa que me desarma, que me deja sin palabras y casi sin pensamientos? Carolina, no te vayas a enamorar de este, que apenas lo conoces, que no sabes nada de él, y que al principio todos son muy majos y luego se convierten en sapos, que el que escribió ese cuento sabía muy bien de lo que hablaba.

—¿Te has quedado muda?

—Estaba pensando.

—¿En Cádiz?

—Muy gracioso.

—Tranquila, no quería incomodarte.

—No es eso, ya te lo he dicho. No quiero un lío con nadie ahora, lo único que me interesa es trabajar y ganar pasta.

—Se puede compaginar todo.

—¿Me dejas probar tu pizza?

—Vale, de acuerdo, dejamos el tema... por hoy.

Nos terminamos la cena y salimos a la calle a dar un paseo. Y aunque estoy bien y relajada, no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho, porque a mí también me gustó que nos besáramos y no quiero hacerme la estrecha, que eso no va conmigo, pero tampoco quiero lanzarme sin paracaídas de repuesto. Y si pueden ser dos, mucho mejor, que con la suerte que tengo últimamente, el primero no se abre seguro.

—¿Qué piensas?

—Muchas tonterías.

—Seguro que estabas pensando en mí.

—Pues va a ser que no.

—No te creo.

—Tú estás muy seguro de ti mismo. Ni que fueras Richard Gere.

—Pues dicen que me parezco al Velencoso.

—¿Quién?, ¿tu madre? Porque esa no cuenta.

—No ha sido mi madre precisamente; aunque ella, claro está, me encuentra guapísimo.

—Ya te he dicho que ella no cuenta.

—¿Y tú?, ¿cuentas?

—Yo podría contar, pero tampoco me he fijado tanto en ti.

—Mientes fatal.

—Es uno de mis defectos, y tengo muchísimos más.

—Pues yo no te veo ninguno.

—Oye, ¿tú no sabrás de algún trabajito facilón por aquí por el barrio?

—¿Pero no estás con las clases?

—No es para mí, es para mi madre.

—¿Se ha quedado en el paro?

—Esa no ha trabajado en su vida.

—¡Coño! ¿Y eso?

—Mi padre, que es un machista y la quiere metida en casa todo el día haciendo croquetas.

—Y ella quiere volar.

—Bueno..., tampoco es eso. Lo que quiere es trabajar y sentirse útil.

—Hay una panadería en mi calle que está buscando a alguien.

—¡No me jodas!

—Por mí sí.

—Venga, Cristian, que esto va en serio.

—Vale, perdona. Pues eso, no sé qué buscan exactamente, pero tienen un anuncio colgado allí.

—Pues mañana voy y me informo.

—De nada.

—Te iba a dar ahora las gracias.

—Me las puedes dar con un beso...

Y nos besamos por segunda vez en pocos días, y esta vez me gusta todavía más que la primera.

MAMÁ

SALGO TEMPRANO CON MERCEDITAS, que no hay tiempo que perder. No son ni las nueve de la mañana, pero los hornos abren pronto, así que nos pasamos un momentito por el parque y nos vamos para allí. Tú, Merceditas, cuando llegemos, te quedas fuera esperándome, que en las tiendas de alimentación no puedes entrar. ¡Ay, hija, no me mires con esa cara! Que la normativa no es mía, que si quieres nos pasamos un día por el Ayuntamiento y que nos lo expliquen bien, pero hoy no entras, te pongas como te pongas. Tú piensa que está en juego el trabajo de mamá, que la pobre se pasa el día hablando con las paredes o mirando el *Sálvame*, que yo no sé cómo todavía no la han cogido como colaboradora. Y mira que sería buena, que esa de famoseo se lo sabe todo, y ahí seguro que pagan bien. Venga, no me mires tanto y haz tus cositas, que nos vamos.

—Buenos días.

—¿Qué le pongo?

—La verdad es que venía por el anuncio que tienen ahí en la puerta.

—¿Tienes experiencia?

—En realidad no es para mí, es para mi madre.

—Entonces mejor que venga ella.

—Sí, sí, por supuesto. Solo venía a preguntar si el trabajo todavía estaba vacante.

—Sí, lo está.

—Pues vengo en un ratito con mi madre.

—De acuerdo, aquí estaré.

Merceditas, alegre esa cara, que creo que ya tenemos trabajo para mamá. Venga, ahora a paso ligerito para casa.

—¡Mamá!

—¿Qué son esos gritos?

—Vístete, que nos vamos.

—¿Que nos vamos a dónde?

—A una entrevista de trabajo.

—¡Pero qué dices, Carolina!

—A ver, mamá, ¿tú quieres salir de esta casa, o no?

—Sí, claro. Bueno, no sé...

—Mamá, por favor, que en cuatro días te haces vieja y te mueres aquí dentro.

—¡Ay, hija, tú siempre tan drástica!

—¿Te vistes, o no?

—Que sí, que ya voy.

¡Por Dios santo! Cuarenta minutos se ha tirado esta mujer para vestirse y maquillarse un poco. A este paso ya nos han jodido el trabajo, seguro. Merceditas, te quedas aquí, que ya estoy bastante nerviosa. Venga, bonita, no me pongas esa carita de pena, que verás que no tardo nada.

—Hija, ¿voy bien?

—Muy bien, mamá.

—No sé..., no lo dices muy convencida.

—Mamá, estás para pegarte un revolcón.

—¿Qué ordinaria eres, Carolina!

—Pues no preguntes más y aligera el paso.

—Ya, ya, es que como no estoy acostumbrada a los tacones.

—Pues te acostumbras, que un buen tacón te adelgaza dos o tres kilos.

—¿Me estás llamando gorda?

—No, mamá, estoy generalizando.

—¿Que estás qué?

—Nada, mamá. Anda, agárrate a mi brazo, y yo marco el paso.

—Como me meta de narices, va a ser culpa tuya.

—Allí habla bien, que vean que tienes clase.

—¿Hay que tener clase para vender pan?

—No lo sé, pero tú hazlo por si acaso. Y no digas ninguna chorrada.

—Mira, Carolina, no te doy con la zapatilla porque no estamos en casa.

—¡Ay, mamá, que no se te puede decir nada! ¡Mira, es ahí!

La suelto, no vaya a ser que la señora del horno se piense que es coja o algo así.

—Hola.

—Hola.

—He venido hace un ratito. Le presento a mi madre.

—Encantada.

—Lo mismo digo.

—Y entonces, ¿le interesa el trabajo?

—¡Sí que le interesa!

—Carolina, cariño ya sé responder.

—Perdona, mamá, es la emoción.

—¿Os emociona trabajar en una panadería?

—Sí. Bueno... perdone, que no sé ni lo que me digo. Mejor hablad vosotras dos, y yo salgo a fumarme un cigarrillo.

—Carolina, a este paso no llegas a los treinta y cuatro.

—Pues papá ya va camino de los sesenta.

—Anda, espérame fuera.

¡Qué nervios! Ya me he fumado dos. Pero bueno, que ya me he ido yo un poquito para un lado, para que mamá no me vea, que no sé qué se estarán diciendo tanto rato. Igual le está contando cómo hace ella las croquetas; o peor aún, hablándole de la vida de algún famosillo del *Sálvame*. O tal vez... ¡Uy, ya sale!

—Mamá, que me tienes histérica.

—Pues cálmate.

—¡Pero dime, que me va a dar un infarto!

—Empiezo el lunes.

—¿De verdad?, ¿lo dices en serio? ¡Ay, mamá qué alegría! ¡Uy, qué boba, ya estoy llorando!

—Pues guárdate las lágrimas para cuando le dé la noticia a tu padre, que ahí la liamos seguro.

—Tranquila, que de ese me encargo yo.

—No, de tu padre me encargo yo.

—Vale, como quieras, pero yo seré tu peón.

—¿Mi qué?

—Tu peón. Ya sabes, como el ajedrez, tu escudo.

—Ya sabes que yo solo sé jugar al mus.

—Bueno, da igual mamá, que al mediodía se lo contamos.

¡No me lo puedo creer todavía! Mamá va a trabajar después de no sé cuántos años. Bueno, saberlos sí los sé porque son los que tengo yo; pero vamos, que un montón. Bueno, un montoncito, mejor, que no vaya a ser que me deprima yo ahora. ¡Merceditas, que lo hemos conseguido! Que sí, que tú no has venido, ya lo sé, que te cabreas muy pronto, pero ya te lo he explicado antes, bonita, y seguro que desde aquí nos has mandado mucha energía positiva, ¿verdad que sí?

—Te pasas el día hablando con este chucho.

—Chucha.

—Me da igual. Oye, ¿es verdad lo que dice mamá?

—¿Y qué te ha dicho exactamente?

—Que tiene trabajo y que empieza el lunes.

—*Yes*.

—Eso es cosa tuya, y la vas a tener con papá.

—No, bonita, yo solo le he dado un empujoncito.

—Espera a que llegue papá, a ver cómo termina esto.

—Con final feliz. Ah, perdona, que tú no debes de saber lo que es eso.

—Vete a la mierda.

Que sí, Merceditas, que igual me he pasado un poquito, pero es que la tía solo viene a incordiar. Podría entrar alguna vez para preguntarme si necesito ir al baño. Pues no, a eso no viene, y no te preocupes, que se ha hecho la ofendida, pero esta está follando más que yo, eso te lo aseguro, que encima la tía es guapita. Que ya me cuesta decirlo, pero vamos, que llevamos los mismos genes, y yo, como dijo Fran y escuchaste muy clarito, estoy en el Everest del montón. Eso sí, el gen de la mala leche se lo quedó para ella solita, y lista, lista... A ver, que tonta no es, que si no, en vez de en la universidad estaría vete tú a saber dónde, que tampoco quiero yo ahora faltarle el respeto a nadie. Bueno, pues eso, que está a punto de llegar papá y empiezan las cruzadas. ¿Que no sabes lo que son? Bueno, no te preocupes, que luego te lo explico, pero nada, unas peleíllas que hubo en la Edad Media entre moros y cristianos, que ahí no quedó nadie vivo.

—¡Hola, papi! ¿Te pongo una cervecita?

—¿Papi? Anda, suelta lo que me tengas que decir.

—Déjala, que la niña se ha levantado cariñosa hoy.

—Ya te lo digo yo lo que pasa.

—Tú te callas, bonita.

—Jessica, que de tu padre me encargo yo.

—¿Me encargo? ¿Se puede saber qué coño está pasando aquí?

—Nada, que el lunes empiezo a trabajar a las seis de la mañana en un horno muy cerquita de aquí.

—¿Cómo? ¿Y para qué quieres tú trabajar? ¿Acaso te falta algo?

—No, no me falta nada. Al contrario, me sobran horas, me sobra soledad.

—Pero si vives como una reina.

—Para ti es fácil decirlo, que no estás en casa en todo el día.

—¿Y desde cuándo quieres trabajar?

—Desde que las niñas dejaron de necesitarme.

—Eso es cosa tuya, Carolina.

—No, esto es cosa mía y de nadie más. Y ya está decidido, así que vete haciéndote a la idea.

—¿Y quién va a cocinar?

—No te preocupes, que yo por las tardes os dejo la comida hecha.

—¿Y quién me la va a servir?

—Pues tú solito, que tienes dos manos.

—¡Esta es mi madre!

—Tú te callas.

—Eso, tú te callas.

—Vale, vale, solo era un comentario.

—Bueno ya veo que no vas a dar marcha atrás.

—Ni para coger aire.

—¡Ole, mamá!

—Carolina, a tu habitación.

IVÁN

—HOLA, IVÁN.

—Hola, Carolina.

—¿Has encontrado bien la calle?

—Sí, sí, Cristian me lo explicó muy bien.

—Ah, pues me alegro. ¿Y te has traído libros o apuntes?

—La mochila llena.

—¿Lo dices en serio?

—A eso he venido, ¿no?

—Sí, claro, bonito. Es que no estoy acostumbrada.

—Pero tú das clases, me ha dicho Cristian.

—Sí, pero los alumnos que tengo no están muy por la labor, que digamos.

—Pues yo sí que estoy por la labor y no quiero perder el tiempo, que me cuesta mucho pagar estas clases.

—¿Te las pagas tú?

—Sí. Trabajo media jornada ahora en verano para ayudar en casa. Ya sabes...

—Me parece muy bien.

—Mi padre se quedó sin trabajo hace un año y no encuentra nada. Está desesperado, y con lo poco que gana mi madre, no les llega para cubrir todas las facturas. Total, que para estar haciendo el gilipollas por la calle, me he buscado un curro.

—¿Y de qué trabajas?

—Repartiendo pizzas. Empiezo a las ocho de la tarde, hasta las doce.

—¿Y lo que ganas se lo das a tus padres?

—Sí. Todo, menos veinticuatro euros que me los guardo para dar clase un día con Cristian y otro contigo. No me ha ido muy bien este año en el instituto por los problemas en casa, y necesito sacar buena nota este año en la selectividad para ir a la universidad pública.

—Diez euros.

—¿Cómo?

—Que solo te voy a cobrar diez euros.

—¿Por qué?

—Porque sí. Y ya está. ¿Empezamos?

—Sí, empezamos. Y muchas gracias, Carolina.

¿De dónde ha salido este bendito? De este barrio de tarados seguro que no. Nos hemos pasado la hora entera dando clase, y en ningún momento ha dicho ni que estaba cansado, ni que tenía calor, ni que tenía sed, ni que quería ir al baño, ni que ya no podía más, ni que le iba a explotar la cabeza, ni ninguna de las chorradas que me sueltan aquellos dos demonios. Así da gusto. Es la primera clase en la que siento que me he ganado mi sueldo. Diez euros, sí, pero es que si no necesitara la pasta como la necesito, a este le daba las clases sin cobrarle nada. Tengo que llamar a Cristian y contárselo.

—Hola, guapa.

—¿Y ese angelito que me has mandado?

—¿Iván?

—Me ha devuelto la esperanza en la humanidad.

—¡Qué exagerada eres! No te quise decir nada, como andas tan quemada con aquel par, quería darte una sorpresa.

—Sorpresa no, sorpresón, que hoy me siento mejor que nunca.

—Sí, pero el pobre... En su casa andan mal de pasta, y no creo que te vaya más de un día a la semana.

—Sí, me lo ha contado, y le voy a cobrar diez euros en vez de doce.

—Pero Carolina..., a ti también te hace falta el dinero.

—En esta vida hay prioridades.

—No, si al final va a resultar que eres una buenaza.

—Es que lo soy.

—Ya lo veo. Te dejo, Carolina, que estoy dando una clase. Luego te llamo.

—Ah, perdona.

—No, no pasa nada. Está en el baño, y ya lleva diez minutos. Capaz es de estar fumándose un canuto.

—Pues a ese no me lo mandes.

—Vamos apañados entonces, porque ángeles no me quedan más.

—Hoy me han llamado dos más que cogieron mi número de los papelitos de la calle.

—Muy bien, Carolina. Esto va viento en popa.

—Gracias a ti.

—No, gracias a los dos, que con los dos nuevos no tengo nada que ver.

—Eres un cielo.

—Y tú la chica más bonita de Chueca.

MAMÁ

—¡AY, HIJA, QUÉ EMOCIÓN! ¡Mañana empiezo!

—Verás qué bien te va a ir salir de esta casa de locos.

—Carolina, no empieces.

—Vale, vale, pero ya me dirás.

—¿Qué os dejo para comer mañana?

—Mamá, que somos todos mayorcitos.

—¡Ah, no, de eso ni hablar! Yo mi casa no la voy a desatender.

—Como quieras. Pues no sé, haz pasta fresca o algo así, que con estos calores...

—Ya sabes que tu padre es más de potajes.

—Mamá, déjate de potajes, que nos quemas vivos por dentro.

—¡Bobadas! Mejor voy y le pregunto a tu padre, y a ver si así de paso bajamos un poco la tensión.

—No, mamá, que ese te pide garbanzos con chorizo.

—Pues la mar de buenos que me salen.

—Pues yo, con este calor, ni los voy a probar.

—Te dejo hecha una ensaladita entonces.

—Mamá, que la ensaladita ya me la sé hacer yo.

—Bueno, voy a preguntarle a tu hermana a ver qué le apetece a ella.

—A esa métele cianuro.

—¡Qué mala leche tienes! Con lo bien que jugabais cuando erais pequeñas.

—Yo con esa no he jugado nunca.

—No solo era jugar, tú eras su protectora en el cole. Cuando llegaba a casa llorando porque alguien le había dicho algo, necesitábamos seis brazos para agarrarte para que no salieras corriendo a buscar al presunto tocanarices.

—No me acuerdo de eso.

—Claro que te acuerdas.

—Es una tarada.

—No es verdad. Tiene sus cositas, ya sabes que tira más a la familia de tu padre; pero quererte, te quiere.

—Esa solo se quiere a ella misma. Y con esa mala hostia que lleva, ni novio va a encontrar, que esta se queda aquí para vestir santos.

—¡Uy, qué dices! Si cuando no la llama uno, la llama el otro, que ya sabes que tu hermana guapa es un rato, que eso sí que lo ha sacado de mí.

—Así me gusta, mamá, la autoestima bien alta.

—Oye, que no me has contado cómo te fue la cita de la otra noche.

—Mira, mamá no te ofendas, pero nunca metería las palabras «amiga» y «madre» en una misma frase.

—Pues bien que me cuentas todo lo de los críos.

—Eso es trabajo, mamá; es distinto.

—Sí, hija, sí. Tú cuéntame lo que te dé la gana, y listo.

—Tampoco te enfades ahora.

—Uy, no, tranquila, que yo solo estoy pensando en mi trabajito.

—Tampoco es gran cosa, pero para empezar...

—¿Cómo que no es gran cosa? ¡Panadera! Suena de maravilla.

—Diplomática sonaría mejor.

—¿Y el pan recién hecho que os voy a traer para cenar?

—¿Recién hecho quieres decir de las seis de la mañana?

—No, Carolina, por Dios, que por la tarde también hornean.

—Mejor no ceno con pan, que estoy en edad de coger kilos.

—¿Pero qué tonterías son esas?

—De tonterías nada, que el pan engorda.

—Pues más engorda la cerveza, y te la bebes sin parar.

—Cómo te gusta exagerar, mamá.

—No te voy a conocer yo a ti, que te he parido.

—Sí, mamá. Y con muchos dolores, ya lo sé.

—Volvería a pasar esos y muchos más.

—Mamá, no te pongas tierna, que últimamente me salen las lágrimas solas.

—Debe de ser cerveza lo que te sale.

—¡Y dale, mamá! Anda, déjame solita, que tengo que preparar las clases.

¡Por Dios, qué cansina es! Le va a ir bien trabajar, que últimamente tiene un humor de perros, o, mejor dicho, de perras. Y además se va a ganar su dinerito, que eso anima a cualquiera, y así de paso igual se vuelve un poco más generosa, que para que me suelte veinte euros de vez en cuando, me tengo que comer un kilo de sus croquetas.

¡Maldita bruja! Con lo bien que estaba yo sola en mi pisito... Bueno, sola no, con aquel gilipollas; pero con lo poco que nos veíamos, para el caso, es como si estuviera sola. Tampoco fue siempre así; al principio de la relación con Javier estábamos de maravilla. ¡Como al principio de todas las

relaciones! ¿No te jode, Carolina? A ver, guapita, sé un poco más original. ¡Merceditas! Yo no sé para qué te pego estos monólogos si te los pasas durmiendo. Luego mi familia me dice que hablo sola. Pues no, bonita, yo hablo contigo, pero allá tú. Pues eso, que al principio estábamos enamorados y todas esas chorradas. ¡Ah, ahora sí que has levantado la cabeza! Que a ti te va el rollo romántico, ya lo veo. Pues va a durar poco, porque la cosa se fue a la mierda, yo creo que antes del primer año; que, por cierto, ya compartíamos piso. Bueno, mejor dicho, yo compartía el piso de Javier, que era suyo, y por eso me tuve que largar. ¡El amor es una mierda! ¿Que no? ¿Y tú qué vas a saber? Que no creo yo que hayas tenido muchos novios, que cuando vamos al parque, no hay quien se te acerque, hija, que te pones en plan puritana y pareces salida de un convento. Te sigo explicando. A ver, que tampoco voy a echarle toda la culpa a Javier, yo también tengo lo mío, pero es que el tío me sacaba de quicio. No es que yo sea muy limpiecita, pero es que él es un guarro. ¿Que qué es un guarro? Un cerdo, bonita. Pues eso, que allí si no limpiaba yo, no limpiaba ni Dios; que ya me gustaría a mí ver cómo tiene el piso ese. Hecho una pocilga, seguro. A menos que ya me haya encontrado sustituta... Ay, no sé... ¿Tú qué crees, Merceditas? A ver, ya sé que no lo conoces, pero ya te digo yo que guapo es un rato, que si fuera gay, a Fran no se le escapa, que ese no tiene escrúpulos. ¿Pero qué coño estás diciendo, Carolina? ¡Que Fran no se liaría jamás con un ex tuyo, coño! Que la de burradas que le cuentas a la perra... Y total, para que se las pase durmiendo, la muy malvada.

ANITA

—HOY NO TENGO EL DÍA.

—Pues ya somos dos, bonita.

—A ti lo de que me llamo Ana no acaba de entrarte en el cerebro, ¿verdad?

—Ay, hija cómo te pones. Ni que te hubiera insultado.

—Da igual, déjalo.

—A ver, cuéntame.

—Mi ex, ya sabes, ese gilipollas que me la pegó con otra.

—¿Y qué ha hecho ahora?

—Que quiere que lo perdone.

—¡Ni hablar! Será mamón el tío...

—A ver, tampoco te pases.

—Ah, bueno, pues nada, bonita. Ve y perdónale, a ver lo que tarda en metértela otra vez.

—Por eso, que no me fio.

—Pues eso te estaba diciendo yo.

—Ya, pero es que he venido a que me ayudes a gestionar el tema.

—Primero, tú has venido a dar clase, y segundo, que cuando hay que empezar a gestionar el amor, mal vamos.

—Vale, pero un poco de asesoramiento no estaría mal.

—Mándalo a la mierda.

—No sé para qué he venido.

—Para dar clase, Ana, que parece que a veces se te olvida.

—Pues ya te he dicho que no tengo el día.

—Mira, Anita, tus padres están pagando una pasta para que tú vengas aquí cada día, y la verdad, no encuentro adecuado que no aprovechemos la hora.

—¡Uy, qué bien hablas cuando quieres!

—Yo hablo siempre así.

—Ya te gustaría a ti.

—Venga, saca los apuntes.

—No me he traído nada.

—¿Ni los doce euros?

—Sí, eso sí, tranquila.

—Pues hala, si total no vamos a hacer nada, nos bajamos al bar y nos los

pulimos allí.

—¡Esta es mi Carolina!

Carolina, a este paso no te largas de esta casa. Suerte que los demás son medio normalitos. Bueno, aparte de Iván, que ese es un santo, que el crío se ha caído de algún púlpito de una iglesia y el pobrecito mío ni lo sabe; o sea, todo lo contrario de esta, que la carga el diablo y que no hay quien la pare. Y ahora ya me veo, cerveza en mano, dando otra clase magistral de psicología de la calle. ¡Que mira lo que nos gusta a todos eso de ser medio psicólogos! Que aquí todo el mundo te suelta un remedio para todo: para el amor, para el desamor, por si te han metido los cuernos, o por si acaso te los meten. ¡Y venga a soltar chorradas! Sí, esas del tipo «Pasa de ese gilipollas», o «Que lo aguante su madre», o «Métele tú los cuernos también y te quedas tan a gustito», o «Que se vayan a la puta mierda él y su ego», o «Si te he visto, no me acuerdo». ¡Y venga a soltar paridas! Pero bueno, ¿qué es lo que quiere la niña? Pues muy bien, ahí vamos.

—Hala, bonita, pídete lo que quieras, que total pagas tú...

—Bueno, eso según se vea, porque en realidad la pasta es tuya.

—Dinero sucio.

—No te pongas en plan dramático, que no te va.

—¿Sabrás tú lo que me va?

—La cerveza y la nicotina seguro.

—Mira, Ana, no te voy a consentir según qué cositas, ¿eh?

—Vale, vale, que no se puede bromear contigo.

—Ya te he dicho que tampoco tenía el día.

—Pues venga, empieza tú primero a soltar tu drama, que luego voy yo.

—No, empieza tú.

—No, tú.

—Te queda media horita, que luego tengo otra clase, tú verás.

—Pues eso, que ya te lo he contado arriba, que me asesores con mi ex, pero sin ponerte en plan borde.

—Muy bien. Pues lo que haría yo, y como ya te he dicho también arriba, es mandarlo a la puta mierda.

—Así no me ayudas.

—Vale, Anita, ¿qué quieres que te diga entonces?

—No sé, algo sensato.

—Algo sensato... Pues hija, de sensato no se me ocurre nada.

—Pues por doce euros te podrías exprimir un poco el cerebro, digo yo.

—Sí, pero para enseñarte Historia, guapa.

—¿Y a mí qué más me da la puta Historia de los cojones?

—Amén.

—Es que así no me ayudas, Carolina.

—Oye, ¿tú no has visto un video que corre por el WhatsApp, de un chaval majísimo que dice que hay que mandar a la gente a tomar por culo?

—Pues no.

—Uy, bonita, pues ahora mismito lo ves.

Se lo pongo y veo cómo le va cambiando la cara, cómo pasa de la tristeza, o de la mala leche a la sonrisa, y de la sonrisa a la risa, y de la maravillosa risa a la carcajada, y ya no puede parar, y yo tampoco.

—Hay que mandar a la gente a tomar por culo. Pero si es por su bien, si eso te da salud a ti.

—Ja, ja, ja.

—«No, es que yo no le deseo nada malo...» ¿Cómo que no le deseas nada malo? Deséale que reviente.

—Ja, ja, ja. Para, Carolina, que no puedo más.

—«No..., hay que darle una oportunidad». ¿Oportunidad? Las oportunidades en El Corte Inglés, la vida no te da oportunidades.

—Ja, ja, ja. Carolina, por favor...

—¡A tomar por culo, Ana! O a la mierda, lo que más te apetezca.

—No lo había visto, es buenísimo.

—Pues hija, mira que tiene recorrido el chaval.

—Y guapetón que es el tío.

—Ese lo tiene todo.

—Vale, tienes razón. He captado el mensaje.

—Mira, Ana, solo tienes dieciséis años, eres muy joven y tienes mucho que aprender. Y no de Historia, precisamente. Hazme caso, que de esto sé un poquito más que tú... Mándalo a tomar por culo, y que lo aguante su bendita madre.

—Ja, ja, ja.

Y así, entre palabras y risas, nos zampamos tres cervezas cada una. Y eso que quede claro que no es adicción ni alcoholismo, sino calor, el puto calor que hace en Madrid en pleno mes de julio, que no sabes dónde meterte para no freírte como un huevo. Y amén.

MAMÁ

—MAMÁ, ¿CÓMO HA IDO?

—Un momento, hija. Déjame llegar al sofá, que tengo los pies destrozados.

—Es que ya te vale, mamá. ¡Mira que ir con tacones!...

—Quería causar buena impresión, y como la dueña el primer día me vio así...

—A la dueña como si vas en camisón, mientras hagas bien tu trabajo...

—De eso no te preocupes, que no va a haber queja.

—¿Has sido simpática?

—Simpatiquísima.

—¿Y amable?

—Amabilísima.

—¿Y...?

—¡Vale ya, Carolina! Anda, tráeme el cacharro ese donde meto los pies en remojo.

—Yo no sé dónde está eso.

—Pues lo buscas, o tu madre mañana no va a trabajar. Tú misma.

—Vale, vale. ¡Qué mal te sienta ganarte el pan!

—Mira, nunca mejor dicho. Por cierto, os he traído una barrita recién horneada.

—Ya te dije que yo, por la noche, el pan ni probarlo.

—Tú siempre tan agradecida.

—A ver, mamá, ¿tú quieres que encuentre un novio con pasta?

—Sí, claro.

—Pues a esos les gustan delgaditas.

—¡Ah, entonces no se hable más!

—Mamá, no me gusta esa mentalidad tan a la antigua que tienes.

—¿Yo antigua? Pero si soy progais y lesbianas.

—No hablaba de eso.

—Pues concreta, hija, que no te entiendo.

—Mira, mamá, no me voy a buscar un novio rico, mis castañas del fuego me las saco yo.

—No me hables de fogones, que tú no sabes ni freírte un huevo.

—¡Buf! Mamá, creo que te va a venir muy bien salir de casa.

—¿Y eso a qué viene?

—Porque no pillas ni una.

—¿Ni una qué?

—Da igual, mamá.

—Hija, es que te fuiste a vivir con Javier, que no sabías ni rebozar una croqueta, y mira cómo te ha ido.

—¿Y qué tienen que ver las croquetas con el amor?

—Todo, hija, todo, que a los hombres se les conquista por el estómago, Carolina.

—Mamá, a los hombres se les conquista con una buena mamada.

—¿Qué ordinaria eres, hija! ¡Tantos años estudiando para que hables así!

—Eres tú, que me provocas.

—Anda, bonita, tráeme la palangana y déjame un ratito tranquila.

¡Hala, ahí la he dejado, con los pies en remojo! Que no sé ni cómo aguanto más de cinco minutos hablando con ella. Es que me saca de quicio. Pero claro, en esta casa, o hablo con mamá, o hablo con Merceditas, que a cual peor. Al menos, mi madre cuando le hablo tiene los ojos abiertos, porque lo que es la otra... Yo no creo que la tía haya escuchado ni uno solo de los monólogos que le pego. Pero bueno, allá ella, porque cualquier día se encuentra viviendo en otro pisito y no va a saber ni cómo ha sido. Pero eso sí, a la que digo «¡Venga, que nos vamos al parque!», pega un bote ahí donde esté, que ni te cuento. O sea, que si entiende eso es que lo entiende todo, y la muy malvada se hace la dormida, seguramente porque no le interesa nada de lo que le explico, o porque es muy perra y lo único que quiere es dormir todo el santo día.

A los otros dos inquilinos de la casa prácticamente ni los veo. Merceditas, estoy hablando contigo, estaría bien que de vez en cuando abrieras un ojo, más que nada para saber que no estas muerta, coño. Nada, ella a su bola. Pues eso, que papá se pasa el día en el curro, yo no he visto un hombre más trabajador que este; gracias a Dios que, por suerte, no se me ha pegado, que yo soy más de bar que de trabajar. Y la otra; o sea, mi querida hermanita, en cuanto llega de la uni, se encierra en su zulo a estudiar; o eso dice ella, que igual se pasa las horas chateando, la tía, y nos tiene a todos engañados, que ahora que lo pienso, no creo yo que vaya muy equivocada. Ahora mismito voy a ver si está en línea. ¡Eureka! Si lo sabía yo que tanto encierro, tanta llave y tanto candado, no eran precisamente para meter la cabeza dentro de un libro. Y bien engañaditos que tiene a papá y mamá. Pero bueno, que a esa ya le llegará su hora. ¿Que te ha sonado a amenaza? Ay, Merceditas, qué sensible eres, bonita.

A ver, que es mi hermana, y yo la quiero y todo eso, pero que eso no quita que sea medio gilipollas. Bueno, gilipollas a secas no, mejor, supermegagilipollas. ¿O acaso tú y yo podemos usar el baño a nuestras anchas? Pues no, y por si no te acuerdas, ahí tienes el horario clavado con una chincheta. Que por cierto, mamá me dijo que eso se iba a terminar y que le iba a soltar a esa cuatro cositas, pero yo creo que no le ha soltado ni una. Espérate aquí un momentito, que ya vuelvo.

—Mamá.

—¿Qué susto, hija! Me había quedado medio dormida.

—Hay que solucionar lo del baño.

—¿Qué ha pasado? ¿Hay un reventón? Santo cielo, un día que no estoy y...

—¡Mamá que no es eso, joder!

—Otra vez soltando palabrotas.

—Si me dejaras terminar...

—Venga, dime, ¿qué pasa ahora?

—Que quiero que hables con Jessi hoy mismo de los horarios del baño.

—¿Aún estáis así?

—¿Estáis? Será está, que aquí la única llave la tiene ella, que esta casa parece una cárcel, mamá.

—Bueno, bueno... Solo hay llave donde hace falta.

—Pero si tenéis toda la casa blindada.

—Toda no, que en el comedor y la cocina no hay llave.

—Mamá, o se lo dices tú, o aquí se lía una gorda.

—Carolina, llevo todo el día de pie. Si quieres que le diga algo a tu hermana, tendrá que venir ella.

—Pues hala, ahora mismo te la traigo.

De aquí a diez minutos llega Pedro, así que espero que esta no me haga esperar. Que ella no lo sabe, pero hoy estoy al límite.

—¡Jessi!

—¿Qué quieres?

—Mamá dice que vayas un momentito.

—Estoy estudiando.

—Estas chateando, bonita, que llevas más de una hora en línea.

Abre la puerta de golpe, que por poco me caigo del susto, y vaya cara de mala hostia que lleva.

—¿Me estás espiando?

—No, solo te he mirado el WhatsApp un par de veces, y...

—Mira, ahora mismo te diría cuatro cositas, pero como voy un poco mal de tiempo, las voy a dejar para la cena, cuando esté aquí papá.

—Eres como una cría.

—Déjame en paz, Carolina.

—Mamá dice que vayas.

—Pues apártate un momentito, que cierro con llave.

¡Esto no es una casa, esto es un búnker! Ríete de la peli aquella de la Jodie Foster, que ahora no sé cómo coño se llama. ¡Ah!, eso, *La habitación del pánico*. Pues en este piso, la Jodie y su hija se lo iban a pasar en grande, que ahí, mucha casa y solo una habitación blindada, y aquí, en este pisito de ochenta metros cuadrados, hay tres habitaciones más dos baños, y todo blindado. ¡Jódete, Jodie!

—¿Qué quieres, mami? Estoy estudiando.

—A ver, Jessi, vamos a tener que solucionar lo del baño.

—¿Qué le pasa al baño?

—Qué te pasa a ti, mejor dicho.

—Tú te callas, que estoy hablando con mamá.

—Sí, Carolina, tú te callas, que estoy hablando con tu hermana.

—Al primer autobús que pase, me tiro.

—Pues ya tardas, bonita.

—A ver, hijas, que estoy muy cansada, vamos a tener la fiesta en paz.

—¡Uy, es verdad! ¿Cómo te ha ido, mami?

—Muy bien, pero mañana voy en bambas, que tengo los pies destrozados.

—¿Has traído pan?

—Sí, y recién horneado.

—Eres la mejor, mamá.

—Gracias, hija.

—Bueno, venga, menos peloteo las dos y al grano.

—Jessi, quiero que compartas el baño con tu hermana.

—¡Ni hablar!

—Mira, cariño, que no tengo ganas de discutir, y no es normal que cada vez que tu hermana tenga que usar el baño necesite pedirte la llave.

—Pues comparte el tuyo y el de papá.

—¡Ni hablar!

—Qué repetitivas sois las dos.

—¿Tu no ibas a tirarte al bus? Pasa uno cada quince minutos.

—Jessi, yo ya comparto el baño con tu padre, y con ese ya tengo bastante,

así que no se hable más.

—¡Pero mamá, esto es injusto! Hace tres años que se largó, y ahora ha vuelto, y encima con exigencias, y además que la muy guarra me mete a la perra en el baño para que mee, o vete a saber tú.

—¡Ah, de eso ni hablar, Carolina!

—Solo fue el primer día, mamá, que yo no he tenido nunca un perro y no sabía muy bien cómo funcionaba lo del pipí y el popó.

—Mamá, te está tomando el pelo, ¿es que no lo ves?

—Yo lo único que quiero ver es el *Sálvame*, así que dejadme tranquila las dos.

—Mamá, por favor, que esto hay que solucionarlo hoy, que cuando vienen los críos y necesitan ir al baño, entre pedirle la llave a esta y que se digne a dármela, perdemos media hora de clase.

—Y la otra media os la pasáis en el bar.

—Tú te callas. Mamá, ¿vas a decirle algo, o no?

—Jessica, tráeme la llave del baño.

—Pero mamá, esto es totalmente injusto.

—A ver si dejáis de comportaros como dos niñas mimadas de una vez. Tiene razón vuestro padre, que yo con la casa y con vosotras ya tengo bastante trabajo.

—Mamá, tú no dejas de trabajar ni de coña. Y no os preocupéis por mí, que ya bajaré a cagar y a mear al bar.

—Con las horas que te pasas allí, sería lo más sensato.

—Jessica, la llave.

—¡Joder, mamá!

—Y ya basta de palabrotas, que yo no os he criado así, leche.

—«Leche» ha sonado a palabrota.

—¿Desde cuándo «leche» es una palabrota?

—Según la entonación que le pongas, sí que lo es.

—¿No ves, mamá, que siempre va de listilla?

—Jessica, la llave.

—Muy bien, mamá, lo que tú digas, pero a la que pille a la perra en el baño, lo vuelvo a cerrar a cal y canto.

¡Merceditas! Te traigo buenas noticias, bonita. ¡Ya tenemos baño! Que sí, que sí, no me mires con esa cara de incrédula, que si quieres ahora mismo te llevo. Bueno, mejor esperamos un ratito, que esa tarada ahora debe de estar en plan espía soviético, a ver si nos pilla. De todas maneras, tú solo lo vas a usar

si tienes una urgencia, que tus cositas las tienes que hacer en el parque, que para eso eres un perro. Perdón, perra.

PEDRO

—HOLA, PROFE.

—Hola, Pedro

—¿Cómo te ha ido desde ayer?, ¿has ligado mucho?

—No, bonito, que no me dedico a eso.

—Mis colegas ya tienen todos tu teléfono.

—¿A que te meto una denuncia?

—¿A mí por qué? Si lo han cogido de la calle.

—Sabes de sobra que eso es trabajo, Pedro; ahora me vas a obligar a poner más.

—¿Más? ¡Pero si todos los tíos de Chueca ya tienen tu número! Pues sí que te va a ti la marcha.

—Mira, Pedro, no te echo a la calle ahora mismo porque me hace falta la pasta, pero como vuelvas a soltar un comentario así...

—¿Qué pasará, profe?

—Que llamaré a tus padres.

—¡Uy! Mejor no, que mi madre lleva un cabreo con lo de la perra...

—¿Se lo has dicho?

—Ya antes de subir a casa se lo solté por el interfono, y luego me arrepentí, claro, porque la cara que debió de poner, seguro que no tenía desperdicio.

—¿Y qué te dijo cuando subiste?

—Que por qué no le ponías a la perra Carolina, por ejemplo, o el nombre de tu puñetera madre.

—A mi madre ni nombrarla, bonito.

—A mí no me metáis.

—¿Que no te meta? ¡Pero si has sido tú el cabrón que se lo dijo!

—¡Joder, es la primera vez que un profe me llama cabrón! Si fueras maestra del instituto, ya te habrían expulsado.

—Pues para que te enteres, bonito, ya no se llama Mercedes.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se llama ahora?

—Se llama... Paca.

—¡No me jodas! ¡Como mi abuela!

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, no, que va en serio. ¿Y no sería más fácil ponerle un nombre de perro

al perro?

—Es una perra.

—Pues nombre de perra.

—¿Como por ejemplo?

—Pues no sé... Marilyn.

—¿Serás friki? Vaya nombre más feo.

—Pues nada, pero hoy no le doy al interfono, que no me pierdo la cara que va a poner mi madre.

—Muy bien, Pedro, a partir de hoy la perra se llama Marilyn. ¿Contento?

—¿Yo? ¿Y a mí que más me da cómo se llame tu perra?

—Pues para no importarte, ya llevamos diez minutos con el temita.

—Pues eso es todo lo que me he ahorrado de historia.

—Nadie te obliga a venir, majete.

—¿Qué no? Eso lo dirás tú, que yo vivo en mi casa bajo amenaza nivel cinco.

—Ese es el nivel máximo, ¿no?

—Lo activan cuando ya estamos a punto de palmarla todos.

—Eso no es cierto. Ni que nos fueran a invadir los alienígenas. Lo activan en actos terroristas, cuando hay un peligro inminente para la población.

—En mi casa hay peligro inminente cada día, y ahí no se desactiva el nivel cinco ni de coña.

—Diez minutos más totalmente perdidos.

—Perdidos tampoco, que estamos hablando de terrorismo, y eso también es historia.

—Tú aún estás en los reyes visigodos, bonito. Y trabajo que tienes.

—Oye, sin ofender.

—Anda saca los libros, que te la sabes muy larga.

—¿A que te pone?

—Mira, Pedro, que te mando a tu casa.

—Vale, profe, pero que sepas que me concentro más con Cristian, que no lleva escotes y no le estoy mirando las tetas todo el rato.

—Se acabó la clase, lárgate tú y tus doce euros a tomar por culo.

—¡Joder, qué genio! Pero si era un piropo, y si no, te cambias la camiseta, y listo.

—Mira, bonito, ni tú ni ningún machito como tú me va a decir a mí cómo coño tengo que ir vestida.

—Vale, vale, perdona, que cuando te pones a soltar tacos me das hasta

miedo.

—Eso es lo que me tienes que tener: miedo.

—Será respeto.

—Eso también.

—Pues hala, que nos quedan veinte minutos. Por si los quieres aprovechar para contarme algo de los visigodos esos.

¡Madre de Dios y Virgen de los Remedios! No puedo más con este crío. Veinte minutos de clase solo hemos dado. ¡Todo un éxito!, como dice Cristian. Pues yo, la verdad, el éxito no lo veo por ninguna parte. Que este está igual o peor de tarado que Anita. ¡Menos mal que tiene novia, que si los llevo a juntar, no quiero ni pensarlo, el nivel cinco de alerta máxima se queda en nada! No quiero ni pensar lo que serían esos dos sueltos y juntos por la calle. ¡Que nosotros no éramos así! Por mucho que Reme diga que sí, me niego, ni hablar. Es que ni de coña, vamos, que yo nunca he estado tan chalada. Bueno, ahora con los años se me ha ido agravando un poco la cosa, pero nada, solo un poquito, y además eso es cosa de la edad. ¡Cuantos más años, más mala leche! Y Carolina, tu próximo número redondito será el cuarenta. ¡Joder, qué mal suena! Bueno, tranquila, no te vayas a poner ahora nerviosa, que todavía te quedan unos cuantos, siete en concreto; o sea, que estoy muchísimo más cerca del número redondito treinta que del desgraciado toca pelotas del otro, de cuyo nombre, o mejor dicho, número, no quiero acordarme. ¡Qué capacidad de olvido, hija! Pues mira por dónde, que ahora que lo pienso, esa es una de mis virtudes: olvidarme de todo lo que tiene olvido y de lo que no también, no nadar a contracorriente, no querer evitar lo inevitable, no querer convertir lo imposible en posible, no anclarme en el pasado, no dejar que los sentimientos negativos me conviertan en prisionera de mi propia vida, no querer a quien no me quiere, no saltar si no hay cuerda, no volar sin alas, no correr cuando has perdido un tren, está más que comprobado que ninguno se detiene por mucho que el maquinista te vea correr, solo hay que sentarse y esperar al siguiente. Esto último es una metáfora, por si no lo has pillado, Merceditas. Pero, hija, ¿y esa cara? Ah, ya sé, que a ti mis monólogos te importan un cuerno, pero la conversación con Pedro te las has tragado toda. ¿A que sí, bonita? Claro, no te voy a conocer yo a ti... Y lo que te pasa es que aún te está rondando por la cabeza lo de tu nombre. ¡Pero tú te crees que a estas alturas yo te voy a cambiar el nombre? ¡Que se lo cambie su madre, coño! Tranquila, Merceditas, que eso no va a pasar. Pero eso sí, una horita al día, la que viene el chalado este, tú te llamas Marilyn, así que sígueme la corriente.

CRISTIAN

—HOLA, GUAPA.

—Hola, Cristian.

—No sé nada de ti.

—Es que no paro, tengo ocho alumnos cada día.

—Te estarás forrando.

—Ahí voy; de hecho, ya tengo unos ahorritos y he empezado a mirar pisos y eso.

—Solo hace un par de semanas que nos vimos, y ya tienes los mismos alumnos que yo. Y empezaste mucho más tarde.

—Cristian, la mitad de mis alumnos me los has conseguido tú y lo sabes.

—¿Entonces a qué esperas para invitarme a una cenita?

—Vale, ¿cuándo te va bien?

—¿Hoy?

—Tu nunca pierdes el tiempo, ¿eh?

—Contigo no.

—Vale. ¿Me pasas a recoger?

—¿A las nueve?

—*O'clock.*

La verdad es que se me ha metido un gusanito, cuando me ha llamado, que me va recorriendo todo el cuerpo. Y tengo que reconocer que estos últimos días lo he echado de menos, pero como andamos tan liados los dos, mentalmente, quiero decir, pues por la noche acabamos rendidos. Bueno, ahora me ha dado por hablar en plural, como si yo supiera lo que está pensando él, que la verdad, no tengo ni puñetera idea. Pero vamos, Merceditas, que tú ya me conoces, así que ni caso. Venga, te bajo al parque un ratito, que luego me meto en el baño y a saber a qué hora salgo, que hoy me voy a poner monísima de la muerte; o sea, vestido y taconazos, que ese solo me ha visto en vaqueros y ni se ha enterado de que yo soy la primera del montón, que estoy en la cima del montón, en el Everest del montón, que me lo dijo Fran, y ese tiene gusto y clase.

—¡Vaya bombón!

—No me tomes el pelo, que subo a ponerme unos vaqueros.

—¡Estás preciosa!

—Subo.

—Vale, vale, ya me callo, que mira que eres rara, a todas las mujeres les gustan los piropos.

—Que sí, que vale, pero me haces sentir incómoda.

—¡Venga, vamos! Que hoy todo el mundo va a pensar que soy un tipo con suerte.

—Y dale.

—¿Te puedo coger de la mano?

—Vale...

—Tranquila, si no quieres, no.

—Sí quiero.

Y me coge de la mano como si fuéramos novios, y ya no me acordaba de esa sensación, que a saber el tiempo que hacía que aquel gilipollas no me cogía de la mano por la calle, y si lo cogía yo, me decía que hacía mucho calor para ir agarrados; y si hacía frío, que quería meter las manos en el bolsillo. Y yo ahí, aguantando un desprecio tras otro, ahora no sé quién era más gilipollas, si él o yo.

—¿Qué piensas, que estás tan calladita?

—Nada.

—¿«Nada» quiere decir que no me lo vas a contar?

—Pensaba en mi ex.

—¡Joder!

—No, no, tranquilo, que no era nada bueno.

—¿Quieres que te suelte? Puede que sea lo mejor...

—Que no, Cristian. ¿Ves? Por eso no te lo quería decir.

—Vale...

—Estaba pensando lo bien que estoy cogida de tu mano, y eso me ha llevado a recordar que mi ex nunca quería ir agarrado.

—Pues vaya gilipollas.

—Pues eso mismo estaba pensando yo.

—Oye, que no te lo he dicho por teléfono, pero la cena es en mi casa.

—¿En tu casa?, ¿y por qué no me lo has dicho?

—Para que no me dijeras que no.

—Pues has hecho bien.

—¿Te gusta la pasta?

—Yo me lo como todo.

—¿Todo?

—Oye, bonito, ¿a que me doy la vuelta?

—Era una broma, Carolina, que no somos dos adolescentes.

—No me hables de adolescentes, que me salen granos.

—A mí también, que a aquel par no hay quien los aguante.

—Están muy tarados.

—Bueno, les gusta jugar a este rol, pero en realidad son los más frágiles y están llenos de inseguridades.

—¿Qué eres psicólogo ahora?

—No hace falta serlo, llevo mucho tiempo dando clases y sé por dónde van.

—Pues explícamelo, porque yo no.

—Ya te lo dije, sígueles un poco la corriente y no te cabrees por todo. Y si solo aprovechan veinte minutos de clase, peor para ellos.

—Sí, ya lo sé; pero me siento mal, sus padres pagan una pasta cada semana.

—Eso no es problema tuyo.

—Un poco sí...

—No, Carolina, tú estás ahí a tu hora e intentas dar toda la clase, así que tú no eres culpable de nada.

—Bueno, visto así, tienes razón.

—Ya estamos, es ahí.

—Pues vivimos muy cerquita.

—Pues nos vemos muy poquito para vivir tan cerquita.

—No te rías porque hablo con diminutivos.

—Es que me hace gracia.

—No lo había hecho nunca y ahora me ha dado por ahí.

Cristian tiene un piso monísimo. Pequeñito, pero muy acogedor, y cómo no, vestido de IKEA. Benditos suecos, que vinieron a ponernos la vida más barata. Bueno, y un poco complicada también, que a veces hay que ser un ingeniero de la NASA para montar una cajonera. Me da una cervecita y nos ponemos los dos a cocinar la pasta en su minicocina, que pienso yo que hay que quererse mucho para que dos personas cocinen ahí, porque como se quieren solo un poquito, no duran ni media hora.

—Otra vez con tus pensamientos.

—Pensaba en tu pisito, que es muy mono.

—Sí, y muy caro. Vivir en Madrid es un robo a mano armada.

—Tienes razón, yo estoy buscando, y por treinta metros cuadrados te piden ochocientos euros.

—Yo pago setecientos por este. Y así voy, trabajando más horas que un

reloj para llegar justo a fin de mes.

—Sí, pero vives solo y tranquilo; yo tengo que aguantar a mi familia, y ya no puedo más.

—No será para tanto, Carolina.

—Sí que lo es, ya te lo expliqué.

—Bueno, pues yo te ayudo a encontrar algo.

—Tú te pasas la vida ayudándome.

Nos sentamos a cenar en su minicomedor mientras vamos hablando de todo un poco, menos de adolescentes, que ya hemos dicho al principio de la cena que era tema prohibido. La pasta está riquísima, y el vino buenísimo, y, entre cientos de palabras, ya vamos por la segunda botella. Terminamos de cenar y se levanta con las dos copas de vino y me invita a sentarme en el minisofá mientras voy pensando con la cabeza ya un poco turbia que ahí todavía hay que quererse más. Seguimos hablando, pero esta vez más juntitos. Nuestras piernas se tocan, y nuestro aliento de vino se mezcla, y ya no sé si el olor que percibo es el suyo o es el mío. Me coge de las manos mi copa de vino y la deja en una minimesita, y entonces sé que me va a besar y que yo voy a dejar que me bese. Y así termina una noche calurosa, en el mejor barrio de Madrid, con besos y caricias, y más besos y más caricias. Y todo va fluyendo...

MAMÁ

—¿SE PUEDE SABER DÓNDE ESTÁS?

—Mamá, ¿pero qué hora es?

—Las siete de la mañana.

—Mamá, por favor, que estoy durmiendo.

—Sí, eso ya me lo imagino, pero ¿dónde?

—Eso no es cosa tuya.

—Mientras vivas en mi casa, sí.

—Mira mamá, no quiero ser grosera contigo, así que cuelgo y luego hablamos.

Miro a Cristian y, por supuesto, la conversación lo ha despertado.

—Ven, acurrúcate aquí.

No soporto que me hable como si fuera una niña pequeña.

—Tal vez deberías haberla llamado anoche para decirle que no irías a dormir.

—Cristian, que tengo treinta y tres años, por el amor de Dios.

—Ya lo sé, no te enfades, pero ya sabes cómo son las madres.

—¿La tuya también es así?

—La mía me llama dos o tres veces al día.

—¡Joder! Pues sí que son pesaditas.

—No se lo cojo siempre. Ya sabe que si estoy dando clase no puedo, y luego le mando un WhatsApp, y andando.

—Bueno, de todas formas, suerte que ha llamado, que nos tenemos que poner en marcha.

—Hasta las nueve hay tiempo.

—Sí, pero yo tengo que ir a mi casa, ducharme y sacar a Merceditas.

—Lo sé, pero quédate solo un rato más.

Y me quedo un ratito más, y otro ratito más, y al siguiente ratito más ya le digo que me tengo que ir, y que él también se tiene que espabilar, o el primer alumno lo pilla en la cama. Y nos despedimos con un beso de esos de las pelis, que no terminan nunca...

Me paso el día dando clases y sin poder concentrarme en ninguna, porque no me saco a Cristian de la cabeza. Y no paro de repetirme: «¡Carolina, que tú vas con el piloto del amor apagado! No te enamores, no seas cabezota, que

ahora estás muy bien y muy tranquilita. Y eso del amor ya sabes muy bien cómo funciona, que lo altera todo, las pulsaciones, el ritmo cardiaco, los pensamientos, la manera de comportarte, la forma de vestir, el habla, el oído, el olfato, el tacto♦ todo, Carolina, todo deja de funcionar correctamente y...».

—¡Carolina!

—¡Mamá, qué susto me has pegado! Podrías llamar a la puerta y no entrar como si hubiera un incendio.

—¿Te parece bien tenerme así de preocupada?

—Mamá, que ya soy mayorcita.

—¿Has dormido en casa de Reme o de Fran?

—No, mamá.

—¿No habrás dormido en la calle?

—¡Claro que no!

—¿Pues dónde, Carolina?

—Joder, mamá, ¿es que en esta casa no hay intimidad?

—Ya sabes que no.

—De acuerdo, he dormido en casa de Cristian. ¿Contenta?

—¿Ese chico que da clases como tú?

—Sí, ese mismo.

—Pues no debe de tener ni un duro.

—Eso de los duros ya está un poco anticuado, mamá.

—Ya me has entendido.

—¿Y qué pasa si no tiene dinero?

—Hija, no te enfades, que yo solo quiero lo mejor para ti.

—No, tú lo que quieres es que encuentre un ricachón y me convierta en un florero.

—¿Y no es eso lo que queremos todas?

—No, mamá, no es eso.

—¿Entonces qué quieres, hija?

—Ahora mismito, que te vayas a poner los pies a remojo.

—Pues a eso iba, pero antes quería hablar contigo.

—Pues ya hemos hablado.

—Solo cuatro palabras.

—Mamá, que estoy agotada de dar clases todo el santo día...

—Y eso que las das sentada, que si te tuvieras que pasar ocho horas de pie en la panadería...

—¿Cómo te ha ido hoy?

—Pues como cada día, trabajando mucho.

—Pero ¿estás contenta?

—Sí, la verdad es que hacía tiempo que no estaba tan bien.

—Venga, ve a sentarte al sofá, que yo te traigo la palangana llenita de agua.

—¿De verdad, hija?

—Que sí mamá.

¡Por Dios, cómo me agota esta mujer! Venga, Merceditas, vámonos al parque, que ya tenemos a mamá con los pies a remojo. Bueno, al parque solo un momentito, que yo necesito una cerveza urgentísima. Y no me pongas esa cara, que ya pareces mamá.

¡Qué bien se está aquí en esta terracita! Desde luego, el que inventó las terracitas de los bares no sé cómo todavía no tiene un Nobel; a ver, el de deporte precisamente no, pero seguro que hay alguno por ahí que serviría para la ocasión. Me suena el móvil y miro la pantalla. Cristian.

—Hola, Cristian.

—Hola. ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien, pero con poca concentración.

—A mí me ha pasado lo mismo, solo podía pensar en ti.

—Bueno, yo tampoco he dicho eso.

—¡Ah!

—Pero que sí, que ha sido eso.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Cuando tú quieras.

—¿Hoy?

—Hoy estoy agotada, Cristian. Apenas hemos dormido un par de horas, y luego todo el día aguantando a los dichosos críos.

—Vale. Es que te echo de menos.

—Estoy en el bar.

—¿Ahí en el parque?

—Sí.

—Voy.

—Vale.

Llega enseguida, y nos pasamos una horita hablado de chorradas y riendo. En cuanto ha llegado, se ha sentado a mi lado y me ha cogido la mano y ya no me la ha soltado. ¡Carolina no te enamores! ¿Y cómo evitarlo? ¿Cómo no enamorarme de este hombre? Pero si es que lo tiene todo: es guapísimo, simpatiquísimo, amabilísimo, graciosísimo y un montón de palabras más

terminadas en *-ísimo*, que luego cuando llegue a casa, me meto en el Google y las busco todas.

Es tarde, y le digo que me tengo que ir a cenar y a descansar. Nos levantamos, y se va a pagar la cuenta. Y cuando vuelve, y antes de que me bese, creo que ya me he enamorado.

Subo los cuatro pisos pensando en Cristian, y cuando llego al rellano, empiezo a escuchar los gritos. Meto la llave en la cerradura y me voy directa a la cocina.

—¿Pero qué pasa aquí? Os está oyendo toda la escalera.

—Vete a tu habitación, que estoy hablando con tu madre.

—Eso no es hablar.

—Cariño, déjanos solos.

—No, mamá.

—Da igual, pues que se quede y escuche, que total, ella es la culpable.

—¿Culpable de qué?

—Tu padre no quiere que vuelva a la panadería.

—¿Y se puede saber a qué viene esto ahora?

—¿Pero no ves cómo va de cansada tu madre? Ni siquiera ha hecho la cena.

—Pues te la haces tú, que bien que tienes dos manos.

—¿Has visto cómo me habla tu hija? Encima las has malcriado.

—Mira, papá, me parece que aquí el único malcriado eres tú.

—Ya está, por favor, no discutáis. Tu padre tiene razón, hija.

—¿Razón? ¿Pero qué mierda de razón va a tener? Hoy mismo me has dicho que estabas feliz de trabajar allí.

—Sí, y lo estoy, pero llego muy cansada, y luego la casa y la cena...

—Mamá, que somos todos mayorcitos, y el que tenga hambre que se espabile.

—Carolina, desde que tú llegaste, esta casa ya no es la misma.

—No, papá, claro que no es la misma, porque aquí lo que os hacía falta era un buen meneo.

—Ya está, fin de la discusión. Si tengo que dejar la panadería, pues la dejo y andando.

—Tú no vas a dejar nada, mamá.

—Tu padre tiene razón, no puedo con todo.

—Pues que se ponga las pilas, que lo has tratado siempre como un señorito y mira ahora.

—Oye, mocosa, a mí no me faltes al respeto.

—Entonces haz que te respete. Ayuda a mamá cuando llegues de trabajar, en vez de tratarla como si fuera tu criada, que es tu mujer, joder, y no tu sirvienta.

—Tu madre deja de trabajar y punto.

—No, no voy a dejar el trabajo.

—¿Cómo qué no? Si acabas de decir que sí.

—Pues he cambiado de opinión.

—Me voy al salón a tomarme una cerveza y a ver la tele, y espero que mientras tanto recapacites.

¡Maldito machista! De hecho, siempre lo ha sido, pero con los años la cosa se va agravando. ¿Pero quién coño se ha creído que es? ¿Y cómo me voy a vivir a otro sitio y dejo a mamá en manos de este energúmeno? Y la otra llorando...

—Mamá, no llores, que no vale la pena.

—Ya no puedo más, Carolina. Cada día lo mismo. Si no es por una cosa, es por otra.

—Mamá, ¿de verdad quieres volver a encerrarte en esta cárcel las veinticuatro horas del día?

—No, claro que no; pero tampoco quiero estar cada día discutiendo con tu padre.

—Pues pasa de él.

—No es tan fácil, hija.

—Sí que lo es. Y de hecho, ya has empezado a plantarle cara cuando le has dicho que no ibas a dejar el trabajo.

—Sí, lo sé. Pero ahora se va a tirar sin hablarme toda la noche.

—Para lo que dice...

—Carolina, no sé cuánto tiempo aguantaré en este plan.

—Venga, mamá, que te ayudo a hacer la cena. Hoy, mañana y todos los días. Y si estás muy cansadita, la hago yo sola.

—Tú sola aquí, tenemos que llamar a los bomberos, hija.

—Coño, pues como sean como los de los calendarios esos que se hacen, te quemó la cocina cada noche.

—¡Ay, hija, no me hagas reír, que ahora estoy con el drama!

—Pues déjate de dramas, mamá, y empieza a vivir tu vida y a ser feliz.

REME

—CAROLINA...

—¿Qué te pasa? ¿Y esa voz? ¿Te encuentras mal? ¿Llamo a una ambulancia?

—No, no es eso...

—Pues dime qué es, Reme. Y deja de llorar, que no te entiendo.

—¿Pue... des... venir... a... a mi ca.. sa?

—Tardo un minuto.

—Para eso... ten... drías que venir... corri... endo, Caro... lina.

—Es que ya estoy corriendo.

¿Pero qué le habrá pasado? Ni siquiera puede hablar. ¿La habrán despedido y por eso esos lloros? Buf, estoy sin aire, pero solo me queda una calle y no voy a detenerme.

Toco el interfono y me abre a la milésima de segundo, que creo yo que ya tenía puesto el dedo ahí desde que me ha llamado. Miro el ascensor, paso de largo y subo los tres pisos lo más deprisa que puedo. En el último tramo de escaleras ya la veo en el rellano, en pijama, despeinada y con la cara totalmente desencajada. Se abalanza hacia mí y no sé cómo logro no perder el equilibrio y aguantarnos a las dos para no volver a bajar los tres pisos que he subido, pero esta vez rodando. Y no me suelta. La dejo llorar mientras le voy diciendo palabras de consuelo sin saber por qué la estoy consolando, y poco a poco voy consiguiendo separarla de mi cuerpo y la voy llevando al interior del piso, sin soltarla, porque me da la impresión de que si la suelto, se va a partir en pedacitos tan pequeños que no la voy a poder recomponer. Y no la suelto.

—Cariño, ¿qué ha pasado?

Me mira y me señala con el dedo un papelito que hay encima de la mesa, y sin soltarla, estiro el brazo todo lo que puedo hasta alcanzarlo, y veo que es un trozo de papel mal arrancado de alguna libreta, donde hay escritas unas pocas palabras, y leo: «Me he enamorado de otra mujer. Lo siento. No me busques. Víctor». Y lo vuelvo a leer cuatro veces más mientras pienso en mil maneras de matarlo.

—Reme... ¿Y si es una broma? Una broma de muy mal gusto, eso sí. ¿Bromearía Víctor con una cosa así? Tú lo conoces... ¿A qué hora llega del trabajo?

—Es... ta nota es de ha... ce... dos días.

—Maldito hijo de la gran puta. ¿Y por qué no me has llamado antes?

—Por... que no me lo podí... a creer y esta... ba esperan... do a que vol... viera..

—Escúchame, cielo. Lo primero es que te tranquilices, con esta ansiedad no vamos a ninguna parte. Bueno, sí, donde vamos a ir ahora mismo es al médico para que te de algo para calmar estos nervios.

—No, no qui... ero... ir.

—Vale, vale, tranquila. ¿Tienes alguna bolsita de tila por ahí?

—Sí, en la co... cina.

Nos vamos las dos hacia la cocina. Y no me suelta. Y no la suelto. Ponemos dos tazas de agua al microondas un minuto y les echamos las bolsitas. Cogemos una taza cada una mientras volvemos abrazadas al comedor. Y no me suelta. Y no la suelto. Empieza a dar pequeños sorbitos de la taza, y al cabo de un rato noto cómo se va relajando, cómo su abrazo ya no es tan fuerte, y puede, tal vez, quizás, que si la suelto no vaya a romperse. Pero no la suelto.

—¿Puedes hablar, cariño? ¿Estás un poquito mejor?

—No lo sé...

—Bueno, tu tranquila. Intenta, despacito, explicarme qué ha pasado.

—Nada.

—¿Qué quiere decir «nada»?

—Solo la nota, nada más.

—Vale, de acuerdo. Pero ¿antes de la nota, notaste algo raro?, ¿estabais mal?

—No, nada.

—¿Y qué has hecho estos dos días, Reme?

—Nada.

—¿Nada? ¿Y el trabajo?, ¿no has ido?

—No. Le envié un *mail* a mi jefe, que tenía una gripe muy fuerte y que ya iría cuando estuviera bien.

—Vale, cielo, de acuerdo. ¿Pero por qué no me has llamado? Dos días son muchos minutos, Reme, demasiado tiempo para estar aquí sola.

—Dos mil ochocientos ochenta.

—¿Cómo?

—Dos mil ochocientos ochenta minutos.

—¿Los has contado?

—Sí.

—Venga, vístete, que ahora ya no vamos al médico, ahora nos vamos derechitas a un psiquiatra.

Sonríe. Y no puede haber una sonrisa más bonita que esa, una sonrisa llena de lágrimas, llena de pérdida, llena de desamor, pero también llena de mí. Y no me suelta. Y no la suelto.

—No me quiero quedar sola esta noche.

—Yo me quedo contigo.

—¿Y Merceditas?

—Llamo a mi madre que la baje al parque, y listo.

—Te va a decir que no, que está cansada del trabajo.

—Pues entonces que friegue el meao.

—No, ve a buscar a Merceditas.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no voy a soltarte.

—Estoy mejor ahora que estás aquí.

—Pues con más razón no te suelto.

—A ver, vamos a probar despacito a soltarnos, y si veo que no, ya te digo.

—Nunca me han gustado las pruebas piloto.

—No me hagas sonreír, que mira qué muecas hago.

—Sí, desde luego, a Miss Mundo ya te presentas mañana, que hoy, me da a mí que no te iban a coger.

—Deja de decir tonterías, y empecemos la prueba piloto.

—Entonces empieza a soltarme tú, pero muy despacito.

Y empieza a aflojar sus brazos pegados a mi cuerpo, y noto cómo se va alejando suavemente y con cuidado, como aquel que se acerca a un precipicio a mirar hacia abajo, pensando que un golpe de viento lo puede lanzar al vacío y por eso... yo no la suelto.

—Ya está, ahora tú...

—No quiero soltarte.

—Por favor, Carolina, tienes que ir a por Merceditas. Venga, empieza a soltarme... despacito.

Y empiezo a aflojar mis brazos pegados a su cuerpo, y noto cómo se va alejando suavemente y con cuidado, como aquel que se marcha sin mirar atrás, sabiendo que si vuelve la mirada, no podrá irse. Y la voy soltando.

—Ya está. ¿Lo ves? Estoy bien.

—Sí, pero una cosa es soltarte, y otra que me vaya.

—Será un momentito, solo vives a tres calles de aquí.

—Tres calles son muchos minutos.

—No los contaré.

—¿Me lo prometes?

—Por nuestra amistad.

—No tardo nada. Cojo a Merceditas, paso por el parque y enseguida estamos aquí.

—¿Y tus clases? No me había acordado.

—Las anulo. Los llamaré desde aquí.

—No, Carolina, ni hablar.

—Eso no lo vamos a discutir, Reme.

—Te quiero.

—Yo te quiero más.

La dejo sentada en el sofá y le digo que no se mueva, que no tardo nada y que me llevo las llaves para que no tenga que abrirme, no quiero que se levante, no quiero que se rompa, no quiero recoger sus pedacitos cuando llegue. Salgo a la calle y empiezo a correr otra vez, subo los cuatro pisos sin apenas darme cuenta. Por suerte, no hay nadie en casa que pueda hacerme perder tiempo. Voy a mi habitacion y meto el pijama y cuatro cosas en una bolsa, y le digo a Merceditas que nos vamos. Salgo a la calle y empiezo a correr otra vez cuando oigo que suena el móvil, y me paro de golpe para sacarlo del bolso por si es Reme. Pero no, es Fran.

—Hola, cariño.

—Fran, tenemos un problema.

—Cariño, en realidad es «Houston, tenemos un problema».

—Fran, estoy hablando en serio.

—Vale, vale, perdona. ¿Qué ha pasado?

—Víctor ha dejado a Reme.

—¿Cómo? Pero si se querían a rabiar.

—Pues ese cerdo ya está rabiando con otra.

—¡No me jodas!

—Ya hablaremos, Fran, que la he dejado sola y no puedo perder tiempo.

—Te llamo luego. O me llamas tú. O me llamáis las dos. O mira, mejor voy yo.

—Sí, vente, que necesito refuerzos.

Llego a su calle. Me duelen los pulmones, las piernas, los brazos, la cabeza y sitios de mi cuerpo que no sabía ni que existían, pero aun así, si me

encontrara ahora al hijo de puta de Víctor, tendría fuerzas para matarlo. ¡Dios santo! Pero si me comentó Reme hace unos días que se estaban planteando tener un hijo. O tal vez me dijo que se lo estaba planteando ella. ¡Ay, no sé, no lo recuerdo ahora! Pero no creo que ese cabronazo se estuviera planteando nada más que escribir una maldita nota y largarse, y espero que, por su bien, fuera de esta ciudad.

Merceditas ya no puede correr más, así que entramos en el portal de Reme y subimos en el ascensor, porque si no, voy a tener que cargar con la perra a cuestas los tres pisos.

—¡Cariño, ya estoy aquí!

—Vale...

—¿Te has terminado la tila? ¿Te hago otra?

—No, estoy bien. Bueno, quiero decir que estoy hecha una mierda, pero que no quiero más.

—Vale. Ahora viene Fran, así que no te asustes cuando suene el timbre.

—Vale...

—Reme, sé que ahora todo lo que te diga no te va a servir de nada y que ni siquiera puede que me escuches, pero esto pasará, volverás a estar bien.

—¿Cuándo?

—No hay fecha para el olvido, no hay ningún día marcado en el calendario que ponga «Hoy te voy a olvidar», ahí solo hay el santoral y un montón de frases motivadoras que ahora no te van a servir una mierda.

—No sabía que el corazón podía doler así. Pensaba que este órgano no dolía, que eso solo pasaba en los libros y las pelis, pero me duele...

—¿Dónde te duele?

—Aquí, en el centro del pecho.

—Eso es por la ansiedad.

—Quiero que vuelva...

—Y yo quiero que le atropelle un camión.

—No digas eso.

—Es lo más bonito que me ha salido.

—Quizas se arrepienta...

—Quizas, con un poco de suerte, ya lo hayan atropellado.

—Carolina, que me haces hacer muecas.

—Pues deja de decir chorradas.

—No son chorradas.

—¿Tienes una agenda?

—Solo la del trabajo.

—¿Dónde está?

—Ahí.

—Voy a escribir algo. ¿Puedo?

—Sí, pero ¿qué vas a escribir?

—Voy a escribir la fecha de tu olvido.

—Me has dicho que eso no se sabe.

—Sí, pero todo tiene un límite, y te lo voy a marcar.

—Vale...

—Aquí, en esta página.

—Pero solo faltan tres meses.

—Pues esta será tu fecha límite, y de ahí no vas a pasar; aunque creo que te he dado demasiado tiempo...

—No, no, dejalo así.

—«Ya te olvidé».

—Pero ¿no era... «hoy te voy a olvidar»?

—Si quieres esta frase concretamente, te la escribo un mes antes; o sea, de aquí a dos meses.

—No, vale, dejalo así, pero no creo que pueda cumplir los términos de este contrato.

—Entonces, señorita, la vamos a despedir.

—¿De dónde?

—De la lista de los valientes.

—Quería tener un hijo.

—Y ya lo tendrás.

—Con él, con Víctor.

—Ese ya está muerto, mejor con uno vivo.

Suena el interfono y voy a abrir, que este es Fran y yo necesito refuerzos. Entra, me lanza un beso, y se va directo a Reme. Y a ella no se lo lanza, a ella se lo da, y también un abrazo donde ninguno de los dos se suelta, y le dice miles de millones de palabras de consuelo a su oído, en voz baja, y que yo no escucho.

—¿Qué traes en esa bolsa, Fran?

—Cervezas y un poco de hierba, que nos va a hacer falta.

—De hierba nada, que ya le he echado yo en el agua.

—¿En el agua? ¿Y qué le has echado?

—Tila.

—¿Serás antigua? Te lío un canuto, Reme.
—No le lías nada, que a saber cómo le sienta.
—Sí que lo quiero, Carolina.
—Ahora no, bonita, que igual te da por volver a llorar.
—O a reír.
—Tú te callas, Fran, que si lo sé, no te cuento nada.
—¿Te lo lío?
—Sí.
—Muy bien, haced lo que os dé la gana.
—No, vale, si Carolina se va a enfadar, no lo quiero.
—Reme, que esto es mano de santo, que en diez minutos te estás riendo.
—No quiero reír, quiero llorar.
—Eso, queremos llorar tranquilas.
—Oye, ¿y por qué no vais las dos y os tirais al Manzanares?
—Porque anda seco —respondemos las dos a la vez.
—Pues mejor, así del cabezazo que os pegais, la palmáis seguro.
—Mira, bonito, ¿por qué no te vas a tu casa y te vienes un poquito más tarde, cuando ya estemos dormiditas?
—¿Te quedas a dormir?
—Sí, me quedo.
—Ah, pues yo también.
—Pues vas a dormir en el sofá, porque los tres en la cama no cabemos.
—Bien apretujados, sí.
—Sí claro, y sudando como tres cerdos.
—Que lo decida Reme.
Nos está mirando mientras hablamos, pero no creo que tenga ni puñetera idea de lo que estamos diciendo. O puede que sí...
—Los tres juntos.
—Reme, que así no habrá quien duerma.
—Con el aire sí.
—Vale como queráis, pero yo en el medio no me meto.
—En el medio yo, que os quiero uno a cada lado.
—¿Has cambiado las sábanas?
—No, y no las pienso cambiar.
—Mira, Reme, que duermes sola. Que yo no me meto en las mismas sábanas donde ha dormido ese hijo de su madre.
—Las cambiaré de aquí a tres meses, cuando termine el plazo.

—¿Qué plazo? ¿De qué habláis?

—Carolina me ha puesto un plazo para olvidar a Víctor.

—¿Qué práctica eres, hija! ¿Y qué plazo te ha puesto?

—Tres meses.

—¿Y te vas a tirar tres meses durmiendo en las mismas sábanas? ¡No me jodas!

—Déjala, Fran, que no tiene la cabeza clara. Hoy dormimos ahí, y mañana las cambiamos.

—No voy a cambiar nada.

—Fran, lía un canuto.

—¿Pero no me habías dicho que no?

—Sí, bonito, pero donde dije digo, digo Diego.

—No hay quien os entienda a las mujeres.

—Claro, porque los gais sois tan facilitos de entender...

—¿Lo lío, o no lo lío?

—Que sí. —Y esto también lo contestamos las dos a la vez.

Abrimos tres cervezas y llamamos para que nos traigan pizzas. Y mientras esperamos al pizzero, ya nos hemos bebido seis cervezas y nos hemos fumado dos canutos. Y la verdad es que veo a Reme mejor. Bueno, de hecho, todo lo veo mejor, eso es lo que tiene el fumar y el beber, que te quita las penas; o, mejor dicho, las esconde un ratito, porque los tres sabemos que cuando dejemos de reír, volveremos a llorar.

ANITA

YA HAN PASADO DOS SEMANAS desde que el desgraciado hijo de su madre de Víctor se largó con otra. Y sin novedad en el frente. Bueno, sin novedad él, porque yo no sé cómo todavía no le ha explotado el móvil al tío este de todos los mensajes y las llamadas que le ha hecho Reme, que a esta no hay quien la pare. Por suerte, he conseguido que vuelva al trabajo, que al menos ahí estará unas horas distraída, y yo no me podía concentrar en las clases sabiendo que ella estaba sola en casa todo el día, pensando ve a saber tú qué barbaridades; pero es que yo no podía retrasar más lo mío, estuve dos días sin dar clase porque no me quería separar de ella, y, de hecho, todavía duermo allí cada noche. Eso sí, con otras sábanas, que le dejé muy clarito que yo dos noches seguidas no iba a dormir en las mismas sábanas que había usado ese hijo del demonio. Fran también viene a dormir con nosotras, no todas las noches, pero sí la mayoría, y entonces nos metemos los tres en la cama de Reme y por la mañana estamos los tres hechos una mierda porque así no hay quien duerma. Tuve que llamar a Cristian y explicarle lo que había pasado para que no se creyera que había desaparecido así sin más. Y como es un buenazo, lo entendió perfectamente y alguna noche se ha venido a cenar con nosotros al piso de Reme. Y entre él y Fran la hacen reír o le provocan muecas, como dice ella. No está mejor, no nos vamos a engañar, que en segundos puede pasar de la risa al llanto y del llanto a la risa, pero eso sí, no se olvida de la fecha del calendario donde, con letras grandes y mayúsculas, le escribí: «YA TE OLVIDÉ».

—Hola, Anita.

—Hola, Carolina.

—¿Todo bien?

—Bueno, ahí vamos...

—¿Sigue hablándote aquel gilipollas?

—Sí, pero a tomar por culo.

—¡Esa es mi Anita!

—¡Ana, joder!

—Vale vale, no te enfades, que ya sabes que me sale solo.

—Hoy no estoy concentrada.

—Vaya novedad. Mira, hacemos un trato: nos ponemos con los libros media

horita y luego bajamos al bar.

—Vale, me parece un buen plan.

Bueno, Carolina, parece que poco a poco voy domando a esta leona. Ya lleva unos días que no está tan borde, y hemos adelantado bastante con la materia.

—¡Uy, aquí distraídas y ya han pasado treinta y cinco minutos!

—Venga, cinco minutitos más y bajamos.

—No, ni hablar; un trato es un trato.

—Vale, de acuerdo, vámonos.

—Recojo en un segundo.

—Tú, Merceditas, no muevas la colita, que ahora no bajas, que en nada está aquí el bendito de Iván, y seguimos con las clases.

—¿Quién es Iván?

—Un ángel que se ha caído del cielo.

—Ah, pues a mí esos no me van, a mí me gustan los malotes.

—Pues así te va, bonita.

¡Qué bien se está aquí en la terracita, aunque ya le he tenido que pagar dos cervezas a esta tragona! Pero ya le he advertido que no me voy a dejar aquí el sueldo; o sea, que cuando se termine esta, la mando para casita.

—Hola, Carolina.

—Uy, hola, Iván. ¿Ya es la hora? No me he dado ni cuenta.

—No, tranquila. He venido un poco antes.

—Pues mira, ya que estás aquí, siéntate con nosotras y te presento a Anita.

—Ana.

—Perdón, Ana.

—Hola, Ana, yo soy Iván. ¿Das clases con Carolina también?

—Sí, pero no por iniciativa propia.

—Ah, bueno, eso como todos.

—Oye, bonitos, que si os molesto, me levanto y me voy.

—Pero si no hemos dicho nada malo de ti.

—A puntito estás, que te conozco.

—¿A qué instituto vas, Ana? No te había visto nunca por el barrio.

—A uno que solo hay gilipollas.

—Ana, por favor, que Iván te está hablando muy educadamente.

—Y yo también, ¿no te jode?

—Yo voy a ese de color verde. ¿Te suena?

—Sí, claro. No puede ser más horroroso ese color.

—Lo mismo digo yo.

—¡Uy, es tardísimo! Vamos, Iván, que ya hemos perdido cinco minutos.

—¿Le llamas perder minutos a estar conmigo?

—No, bonita, que enseguida te cabreas.

—Bueno, Ana, nos vemos otro día.

—Vale...

—Y son ganados.

—¿El qué son ganados?

—Los minutos contigo.

¡Joder con el crío! Y yo que pensaba que era una mosquita muerta, y ha sabido meterse a esta borde en el bolsillo en menos de medio minuto, lo que no he conseguido yo en semanas, que mira la cara de boba que se le ha puesto a la niña cuando le ha dicho que los minutos eran ganados. Ya verás lo que tarda esta en enviarme un WhatsApp, que ya la conozco como si fuera su madre, mejor dicho, la borde de su madre, que a estas dos se debía de referir el que dijo un día: «De tal palo, tal astilla».

Ya está, si lo sabía. No ha esperado ni a llegar a su casa y ya me está llenando el móvil de mensajes. Pues ahora va a tener que esperarse, que para una clase que puedo dar enterita, no la voy a dejar escapar. Pero bueno, que también podría tantear a Iván un poquito, así después también sabré qué decirle a esa malvada.

—Iván, una cosita.

—Dime, Carolina.

—¿Qué te ha parecido Ana?

—¿Y eso?

—No, no, nada. Anda, sigamos con lo nuestro.

—Muy guapa.

—¿Ah, sí?

—Y un poco rebelde. Pero bueno, la mayoría de los adolescentes somos así.

—Tú no.

—Sí, yo también, Carolina. En mi casa hay muchos problemas, y estoy enfadado con el mundo como casi todos los adolescentes, aunque unos por unos motivos, y otros por otros.

—Ya... Siento que en casa las cosas no vayan bien.

—Tranquila, lo voy llevando. ¿Y Ana, vive por el barrio?

—Sí, muy cerquita. Pero no sé si te conviene, Iván.

—¿Por qué?

—Porque es un poquito borde.

—Tal vez no has sabido cómo tratarla.

—Te juro por Merceditas que lo he intentado todo.

—Déjame intentarlo a mí. ¿Me das su teléfono?

—¿Y si se enfada? Que la conozco, y esta me arma un pollo.

—No creo...

—Vale, te lo doy, y que sea lo que Dios quiera.

Terminé la clase con Iván. De verdad que es un gustazo enseñar a este niño, se va y se despide hasta mañana muy educadamente, como siempre. Y aún no ha llegado al tercer piso, que ya estoy abriendo el móvil para ver qué me ha dicho Anita.

«Carolina». «¿De dónde has sacado este bombón?». «¿Dónde vive?». «¿Cuándo viene a clase?». «¿Por qué yo nunca lo había visto?». «Mira que te lo tenías callado, ¿eh, bonita?». «Anda, dame su teléfono». «¿Por qué no miras los WhatsApps, que me tienes de los nervios?». «¿Qué estás haciendo?». «¿Carolina?».

¡Santo cielo! Esta niña es como un tren de alta velocidad al que se le han estropeado los frenos. Le envió un WhatsApp con el contacto de Iván y le digo que él también tiene su teléfono, y me manda como treinta emoticonos del besito.

CRISTIAN

—CAROLINA.

—Hola, Cristian.

—Te he encontrado un piso.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Aquí, muy cerquita.

—¿De verdad?

—A ver, es una buhardilla de treinta metros cuadrados, completamente restaurada. En las fotos de internet se ve una chulada, con muebles incluidos, que así nos ahorramos aprender sueco... ¡Ah, y ascensor!

—¡No me jodas!

—Eso luego.

—¿Y cuánto piden? Debe de ser carísimo.

—Setecientos euros, un chollo ahora mismo, tal como están los alquileres.

—¡Madre mía! ¿Y cuándo puedo verlo?

—Les he dicho que si te lo podían enseñar hoy, que es sábado y no trabajas, y ningún problema.

—Eres un cielo.

—Lo sé. En una hora paso a recogerte.

¡Merceditas, que tenemos piso! Anda, mueve un poco la colita, que bien que la mueves cuando te digo que bajamos al parque. ¿O es que no te alegras? Vamos a tener un baño para nosotras solitas, sin llave, sin cerradura, sin candado. Y como tenga un pestillo, se lo quito, no vaya a ser que un día te dé por encerrarte dentro. ¡Uy, Carolina, la de burradas que dices! ¡Debe de ser de la emoción! Venga, vístete y ponte bien mona para dar una buena impresión.

Lo de mona al final se ha quedado en unos vaqueros y una camiseta rosa chicle con un corazón de color lila que hace tiempo que no me pongo y que me queda estupenda.

Ya estamos de camino. Vamos cogidos de la mano como dos enamorados. La verdad es que se me hace un poco raro ir así, apenas hace tres meses que estaba viviendo con aquel gilipollas, y lo último que quería era una nueva relación. Y además, ahora no tengo tiempo para eso, porque entre las clases y Reme, me faltan horas al día. Aunque este bendito lo entiende perfectamente y no me agobia para nada; al contrario, me deja todo el espacio que necesito y

pide audiencia cada vez que quiere que nos veamos, y si le digo que se venga a cenar a casa de Reme, viene sin rechistar, y encima cargadito de comida y bebida, y sabiendo que luego no va a tener recompensa, que en la cama de Reme ya no cabemos más, que si tres son multitud, imagínate cuatro. Y Fran, que se viene día sí y día también, no hay manera de hacerlo dormir en el sofá; o sea, que ahí nos pasamos las noches, los tres juntitos y sudando como tres cerdos.

Ya estamos en el portal del edificio, y allí está el chico de la inmobiliaria esperándonos. Nos saludamos los tres, y nos invita a pasar. Es un bloque antiguo, que no viejo, de esos de techos altos y balcones de hierro forjado; aunque mi buhardilla lo de los techos altos va a ser que no, o eso creo yo.

Nos metemos en el ascensor. ¡Vaya lujazo! El chico aprieta el botón número cinco, y esta es la primera señal, porque es uno de mis números favoritos. Yo nací un cinco de febrero, y por eso mis números favoritos son el cinco y el dos. Muy poco original, ya lo sé, pero como dicen por ahí: «en lo simple está lo esencial». Llegamos arriba, salimos del ascensor y veo cómo pone la llave en la cerradura. Y por un momento no quiero mirar, aunque no creo que jamás haya tenido los ojos tan abiertos.

¡Dios Santo! ¡No me lo puedo creer! No he visto una cosa más bonita que esta buhardilla. Toda blanca, con techos inclinados, pero altos, todo el suelo de parqué de color blanco también, y los muebles blancos de la bendita IKEA, ya montaditos y listos, que, como dice Cristian, nosotros de sueco como de somalí.

El chico me pregunta, que qué me parece, y como yo estoy abducida como los de la película de *Encuentros en la tercera fase*, Cristian me tiene que pegar un codazo para que vuelva. Y vuelvo, y miro al chico, que me está mirando con cara de «esta comisión ya la tengo en el bolsillo».

Un salón-comedor con cocina americana, totalmente equipada e inmaculadamente blanca, como todo aquí, y con unas cristaleras que dan a una terracita, que cuando ponga fotito en mi Instagram, va a ser la envidia de todo Madrid, que yo creo que ni en el barrio de Salamanca hay una terracita más mona. Hay dos puertas en el salón-comedor-cocina. El chico abre la primera, y veo una habitación de matrimonio con una ventana en el techo, que yo creo que la próxima misión Apolo de la NASA no me van a hacer falta ni prismáticos para ver el aterrizaje. Ya hace rato que no hablo, suerte que Cristian le va comentando cositas al chico, que a estas alturas ya debe de pensar que soy muda. Pero es que no puedo dejar de mirar. ¡Una cama de

matrimonio para mí solita! ¡No me lo puedo ni creer! Y con sus dos mesitas de noche y un armario todo para mí. El chico me dice que me enseña el baño y que aquí se acaba el piso, y yo lo miro como si estuviera viendo a la mismísima Santa Teresa de Jesús, aunque él no puede entender mi emoción por tener un baño para mí solita. ¡Maravilloso! Y esto creo que lo he dicho en voz alta, porque me han mirado los dos a la vez; pero es que es perfecto, no le falta de nada.

No me quiero ir, no me quiero ir, no me quiero ir... Pero nos vamos, no sin antes quedar para el lunes a primera hora en la inmobiliaria para firmar el contrato, el contrato de mi vida.

—Carolina, no has abierto la boca en todo el rato. ¿Te pasa algo?

Y entonces es como cuando en las películas ella se lanza a los brazos de él, se miran y se funden en un beso interminable, y luego en la pantalla pone: «THE END». ¡Pues eso!

—¡Joder, mañana te busco otro para ver!

—No seas idiota. Será que es la primera vez que te beso.

—Así con esta pasión sí.

—Es que es el piso más monísimo que he visto jamás.

—Cariño, un día de estos te llevo al Paseo de la Castellana, que tengo un amigo que vive allí.

—No me va a gustar más que este.

—Tú hoy no estás fina. Venga, que te acompañe a casa y te pones el termómetro.

—Cristian, hoy es el día más feliz de mi vida, así que mejor nos vamos a una terracita, y te invito a una cervecita, que te la has ganado.

—Hubiera preferido otro premio.

—Eso luego. Pero ya sabes que después me tengo que ir a dormir a casa de Reme.

—¿Y entonces, cuándo estrenarás el piso?

—En cuanto firme el contrato, pague y me den las llaves.

—Pero Reme...

—En el piso estaré todo el día dando clases, y luego me voy a dormir a casa de Reme.

—Conociéndola, te va a decir que ni hablar, que tú a dormir a tu piso.

—Pues entonces me la traigo hasta que esté bien.

—¿Me vas a querer a mí algún día como quieres a Reme?

—Hoy te quiero igual.

—Hoy no vale.

—Bueno, pues mañana te digo.

Y así pasó uno de los sábados más maravillosos de mi vida.

MAMÁ

—¡MAMÁ, QUE YA TENGO PISO!

—¡Ay, hija, no me des esos disgustos!

—¿Pero qué dices, si estáis deseando que me largue?

—Yo no, que te llevé nueve meses en mi vientre.

—Mamá, no te pongas en plan melodramático, que no lo aguanto.

—Vale, vale, como quieras; pero ya me había acostumbrado a que estuvieras aquí.

—Pues empieza a desacostumbrarte.

—Pero... te quedas aquí en el barrio, ¿verdad?

—Sí, mamá, a cuatro callecitas de aquí.

—¿Y Reme? ¿Qué vas a hacer con ella?

—Pues lo mismo que ahora.

—Te va a decir que ni hablar, que tú a tu piso.

—Uy, que pesaditos estáis todos con Reme...

—¿Todos?

—Cristian me ha dicho lo mismo que tú.

—Por algo será.

—A ver, que yo la conozco más que nadie y ya sé que me lo va a decir, pero de esa me encargo yo.

—Pues esa, como tú dices, es más tozuda que tú.

—No voy a dejarla sola mamá.

—¿Está mejor?

—No. Está fatal, soltando una burrada tras otra.

—¿Sobre Víctor?

—No, mamá, si te parece, sobre el papa Francisco.

—Carolina, no te pongas en plan borde.

—Es que me lo pones a huevo.

—¡Qué mal hablada te has vuelto, hija!, ¡con lo que eras tú de pequeñita!...

—¿Ah, sí? ¿Y qué era?

—Una santa, eso es lo que eras.

—Pues así me ha ido.

—No sé de qué te vas a quejar, que no te ha faltado de nada.

—Vale, mamá, vamos a dejar el tema. Voy a bajar a Merceditas, y de paso

le cuento.

—Sí, eso, tú sigue hablando con la perra por la calle, que el otro día la del segundo me preguntó si estabas bien.

—Mejor que ella seguro, que con la soltería que lleva, seguro que se le ha cerrado el agujero del chichi.

—De verdad, hija, parece que te hayas criado en un descampado, y no en esta casa.

—Es que me importa una mierda lo que diga esa amargada.

—¿Y cómo quieres que esté, si su marido se largó con otra de la noche a la mañana?

—¿Y cuánto hace de eso, mamá? Que todavía me preparabas bocadillos de nocilla, ¡por Dios!

—Pues ahí está, esperando a que él vuelva.

—Pues que espere sentada o, encima, le saldrán varices.

—¡Qué poca compasión, hija!

—No hay compasión para quien vive anclado en el pasado.

—Pues bien que estás ayudando a Reme.

—La estoy desanclando.

—¿Y cómo lo estás haciendo?

—Pues buscando un clavo.

—¿Un qué? Carolina, cuando empiezas así, no hay quien te entienda.

—¿Tú no has oído aquello de que un clavo saca otro clavo?

—Sí, claro.

—Pues eso.

—¿Le estás buscando un novio? Pero si solo hace cuatro días que Víctor la dejó.

—Pues demasiado drama llevamos ya.

—La gente necesita tiempo para superar una ruptura.

—¿Tiempo es eso que no vuelve, verdad?

—No, hija, el tiempo no vuelve.

—Entonces no vamos a perder ni un solo segundo más.

—Déjala que pase su duelo.

—¡Pero qué duelo, ni qué leches, mamá! Que aquí no se ha muerto nadie, qué manía le ha dado a la gente ahora con eso de que hay que pasar un duelo cuando alguien te deja.

—Yo es lo que oigo por ahí.

—Pues tápate las orejas de vez en cuando, que todo se pega.

—No veo yo a Reme en este momento como para volverse a enamorar.

—¿Y quién ha hablado de amor?

—Pues tú, Carolina.

—No confundas los clavos con el amor.

—Hija, me sueltas unas frases que no las entiendo.

—Pues nada, mamá, que le estoy buscando a alguien para follar, para tenerla distraída. ¿Así mejor?

—Con lo fina que es tu hermana hablando...

—¿Fina? Pero si es como una choni de barrio cutre.

—No, si al final resultará que no os he sabido dar una educación.

—Me voy a por Merceditas, mamá.

—Vale, pero no hables sola por la calle.

—No hablo sola, hablo con ella.

—Es una perra, Carolina.

—Pues me lo entiende todo.

¡Hola, bonita! Venga, vámonos al parque, que no sabes todo lo que te tengo que contar, que esa colita no va a dejar de moverse ni un momentito. Y llamamos a Reme para que venga, que esta mañana cuando nos hemos ido, la tía aún dormía, y hoy está sola, que ya sabes que Fran ayer no vino a dormir, que tenía una cita.

Llamo a Reme y me lo coge al segundo, y le digo que venga, que la espero en el parque.

—Hola, preciosa.

—Hola. No me he enterado cuando os habéis ido.

—Dormías como un tronco, y no te hemos querido despertar.

—Y ayer por la noche... Perdona, Carolina, es que estaba fatal.

—Nos quedamos las tres dormidas en el sofá, que me duelen hasta las orejas.

—A mí me duele el corazón.

—Ese órgano no duele, a menos que te vaya a dar un infarto, y no es el caso.

—Pues a mí me duele.

—Entonces te llevo a urgencias.

—No, vale, ya está, que ya sé que es ansiedad.

—Pues vamos al bar, que te pido una tila.

—¡Ni hablar! Yo quiero una cerveza y un cigarro.

—Pues hala, a drogarnos, y así vamos pasando el domingo.

Nos vamos a la terracita de siempre y pedimos dos cervezas, para empezar,

que hoy es domingo y no hay prisas, y además, el calorcito sigue pegando fuerte.

—Carolina, cómo duele el desamor...

—Más duele un ataque de apendicitis.

—No creo.

—Ya te digo yo que sí, bonita.

—Este duelo que no termina...

—¿Pero qué duelo ni qué leches? Que a ti no se te ha muerto nadie.

—Se me ha muerto el amor.

—Ah, ese...

—Sí, ese, el que provoca mares de lágrimas.

—Menos dramas, que no te pegan, bonita.

—No es un drama, es la realidad.

—Aquí la única realidad es que has ventilado tu casa, que ya olía a quemado.

—Eso también.

—Pues suelta amarras, bonita.

—Estoy en ello.

—No hay que estar en ello, hay que hacerlo.

—No puedo con esta catástrofe.

—Una catástrofe es un terremoto o un huracán, lo tuyo solo es un incidente sin importancia.

—¿Y por qué duele tanto?

—Porque te gusta recrearte en él y vivir anclada en el pasado.

—¿Y entonces qué hago?

—Abrir puertas y ventanas, que un clavo saca otro clavo.

—¿Y si se produce un choque de trenes?

—Eso no va a ocurrir. Deja entrar un amor para que el otro salga.

—Vale, vale, vamos a dejar el tema. Anda, cuéntame del piso, que ayer no me dijiste nada.

—No estabas tú para nada ayer.

—Pues ahora ya lo estoy.

—¡Esta es mi Reme!

—Es que no sé ni por dónde empezar. Monísimo, Reme, el más bonito de toda Chueca y de todo Madrid.

—¿Qué exagerada eres, Carolina!

—Pues ya me dirás cuando lo veas.

—¿Con muebles?
—Media Suecia está metida ahí.
—¿De IKEA?
—Sí, hija, de IKEA, que lo dices como si los hubiera sacado de un *container*.
—No, no, perdona, que si vienen montaditos, ningún problema.
—Montaditos y colocaditos; o sea, que nos quedamos sin aprender sueco.
—¡Uy, mira quién viene!
—Hola, hija. Hola, Reme. ¿Me puedo sentar un ratito con vosotras? Es que arriba hace un calor...
—¡Coño, pues compraos un aire, que tampoco cuesta tanto!
—Esta niña habla de dinero como si fueran piedrecitas del parque.
—No sé, pero papá debe de ganar un pastón, con las horas que llega a currar...
—Todo para pagar gastos, hija. Reme, ¿cómo estás, cielo?
—Bueno, ahí voy.
—De «ahí voy» nada, bonita, que hemos hecho muchos progresos.
—Sí, hincharnos de cerveza y de hierba.
—¿Cómo?, ¿os estáis drogando?
—Que no, mamá, que es una exagerada.
—Mira, Carolina que por ahí no paso.
—Reme, bonita, dile a mi madre que no andamos todo el día drogadas, anda.
—¡No, por Dios! Es una forma de hablar.
—Eso espero. ¿Y has sabido algo de Víctor, cariño?
—Mamá, deja a los muertos descansar en el cementerio.
—¡Qué bruta eres, hija! Y deja contestar a Reme.
—Quiero que vuelva...
—Muy bien, mamá, un mes de terapia a la mierda.
—No, no, que estoy mejor, es solo que...
—Es solo que lo hemos enterrado.
—¡Carolina, ya basta!
—Mira, mamá, o dejas el temita, o hay más mesas libres por ahí.
—No os enfadéis por mí, que solo me faltaba eso.
—Solo quería saber cómo estabas...
—Pues escuchad las dos lo que he leído hoy en mi Instagram.
—¿Insta... qué?

—Nada mamá, que leo: «Uno también debería irse cuando el otro se va, y no quedarse a esperar por si algún día vuelve».

—En eso tienes razón, hija, que eso de esperar desgasta mucho.

—Aquí lo único que vamos a esperar es el metro o el bus, nada más.

—Es fácil hablar así cuando no te han roto el corazón...

—Pues le ponemos una tirita, y andando.

—Carolina, así no la vas a ayudar. Déjala que hable y que saque todo lo que lleva dentro.

—Mamá, que tú, de psicología, poco.

—No, Carolina, lo que dice tu madre es verdad. Necesito hablar, y tú no me dejas ni tocar el tema.

—Porque no me gusta hablar de los muertos.

—¿Ves cómo no me dejas?

—Porque no te va a hacer ningún bien hablar de ese capullo.

—Para que lo sepas, yo todavía quiero a ese capullo, como dices tú, y por mucho que tú hagas ver que está muerto, no lo está. Está vivo, muy vivo, y viviendo su vida con otra.

—Muy bien, Reme, entonces quédate a esperar por si algún día vuelve.

—A ver, hijas, que así no vamos a ninguna parte. Aquí lo que hace falta es una buena terapia.

—Pues como se la tengas que hacer tú, mamá, vamos listas.

—Pues algo sabré de amor, que llevo casi cuarenta años casada.

—Quiero olvidarlo, pero no sé cómo...

—Reme, cielo, ¿sabes quién es el primer aliado del olvido? El tiempo. ¿Y sabes otra cosa? No hay ningún límite marcado para el olvido, eso depende de cada persona. Pueden pasar días, meses, e incluso años, no hay fecha en el calendario.

—Sí que la hay, que yo se la he marcado.

—Deja hablar a tu madre, Carolina.

—Reme, el desamor es una de las peores batallas que un hombre puede librar, porque te anula la razón y la persona solo busca una explicación a tanto dolor... Y la mayoría de las veces no existe, el desamor es tan simple como el amor..., igual que llega se va, e igual que lo dejamos entrar, debemos dejarlo marcharse cuando él quiera. El amor es libre, y viene y va, y no se puede meter en una jaula como si fuera un periquito y pensar que dándole comida y cariño se quedará...

—Buena metáfora, mamá.

—Cállate, Carolina.

—Abre la jaula, Reme, y deja volar tus «te quiero». No te digo que lo hagas hoy, ni mañana, ni el mes que viene, sino cuando tú estés preparada.

—Joder, mamá, estoy flipando contigo. ¿Y tú cómo sabes tanto de desamor?

—Los años, hija, los años.

—Pero si tú con el único hombre que has estado ha sido con papá.

—Eso lo dirás tú, que yo tuve un par de novios antes que tu padre.

—¿Y yo por qué no sabía eso? Seguro que soy hija de uno de esos dos.

—Tú eres hija de tu padre, Carolina.

—Creo que voy a hacerme las pruebas esas de paternidad.

—Carolina ya basta, que si lo sé me callo.

—Vale, vale, pero cuéntanos.

—Mira, Reme, yo pasé por una situación similar a la tuya. Bueno, no vivíamos juntos porque eran otros tiempos, pero te aseguro que el amor no sabe de eso. Nos queríamos en la calle paseando, en el cine viendo una peli, en una terracita cogidos de la mano, en su casa cuando no estaban sus padres, en la mía cuando estaba vacía... Y así nos fuimos queriendo hasta que un día, a él, otro amor le silbó al oído, un amor del pasado.

—Uy, sigue mamá, que me tienes superenganchada.

—Esto no es una serie, Carolina, es mi vida, y se la estoy contando a Reme, no a ti.

—Vale, no te enfades, pero sigue.

—Y se fue... Y se fueron sus «te quiero», y se fueron las tardes de cine, se fueron los paseos por la calle cogidos de la mano, se fueron las tardes en terracitas, y él se fue con su otro amor a una nueva vida, y yo me fui con mi desamor lleno de soledad a mi casa, y ese día precisamente estaba vacía.

—Mamá, eres como Rosalía de Castro.

—Carolina, deja hablar a tu madre, que me interesa el final.

—¿El final? Ay, hija, como dice Sabina «lo peor del amor cuando termina es que, al punto final de los finales, no le siguen dos puntos suspensivos».

—¿Y este es el final?

—¿Te vas a callar, hija?

—Sí, sí, me callo.

—¿Y entonces? ¿Qué hago yo con mis puntos suspensivos?

—Convertirlos en un punto y final.

—No puedo...

—Podrás, porque el tiempo y el olvido andan por ahí cogidos de la mano.

—Ya ha pasado un mes...

—Ya te he dicho que no hay fecha en el calendario.

—Que sí que la hay, coño, que se la he puesto yo.

—Pues la borras.

—Ni hablar.

—Carolina, tu madre tiene razón, deja que mis puntos suspensivos se conviertan en un punto y final.

—Sí, claro, pero con fecha límite.

—El amor y el desamor no saben de fechas ni de límites.

—Mamá, que así no ayudas.

—¿Así cómo? ¿Diciendo la verdad, quieres decir? Carolina, lo siento, pero por desgracia no se puede ser tan práctica en cuestiones de sentimientos, y Reme lo sabe, y yo lo sé, y tú también lo sabes.

—Muy bien, mamá ¡Pues hala, lo desenterramos, y listo!

—No se trata de eso, hija. Reme sabe que Víctor no va a volver, pero no por eso tiene que borrarlo de su mente ni de su corazón, porque llegará un día en que serán su mente y su corazón quienes lo borren.

—Y entonces los puntos suspensivos se convertirán en un punto y final.

—Sí, bonita, tú síguele la corriente a mi madre y verás que de aquí a un año todavía seguimos durmiendo juntitas.

—Ya no vamos a dormir más juntas, quiero dormir en esa cama que tantos recuerdos me trae yo sola.

—De eso ni hablar.

—Carolina, me estoy comportando como una niña pequeña, y además tú ahora vas a tener tu piso.

—Pues no lo alquilo, y listo.

—Hija, deja que Reme gane esta batalla ella sola.

—¡Que no, joder! ¡La que me has liado, mamá!

—Tu madre no ha liado nada; al contrario, ha desliado.

—Mira, Reme, que tú no estás para pensar clarito.

—Puede que no, pero quiero hacerlo.

—Eso es un paso hacia adelante, cielo.

—Eso es un paso hacia el abismo, mamá.

—Eso es un paso hacia mi punto y final.

JESSICA

TODAVÍA NO ME LO PUEDO CREER, Merceditas: último día en esta casa de locos; verás lo bien que vamos a estar tú y yo allí solitas en esa monada de pisito ¡Que sí, que tú no lo has visto! Pero no me mires con esa cara, que te va a encantar ¡Un baño para nosotras solitas! ¿Qué digo un baño?... Todo un piso vamos a tener; pequeñito, eso sí, pero, hija, que tú no sabes cómo están los alquileres en Madrid, que era ese o tú y yo acabábamos en el metro, y yo soy más adaptable, pero a ti, bonita, no te veo pegándote esas siestas que te pegas en uno de esos pasillos tan largos y con un montón de músicos tocando sus instrumentos, que a veces parece eso, el concierto de Año Nuevo de la Filarmónica de Viena. Bueno, y ni te hablo de las corrientes de aire que pasan por ahí, que al segundo día ya estamos las dos pegando estornudos.

—Carolina, ¿puedo pasar?

—Pasa, bonita.

—Pensaba que estabas hablando por teléfono.

—Estoy hablando con Merceditas.

—Estás fatal.

—¿Qué quieres, Jessi?

—Que mamá me ha dicho que te vas hoy.

—Mañana.

—Bueno, pues eso..., que me alegro.

—Más nos alegramos nosotras, que vamos a tener un baño sin candado.

—Pues hala, seguid hablando, o mejor sigue hablando tú sola, que a ver lo que tardan en echarte tus nuevos vecinos.

No te ofendas, Merceditas, que ya la conoces, tú ni puto caso de lo que diga esa tarada, que yo sé que tú me lo entiendes todo y que cuando no te interesa el tema te haces la dormida. ¡Uy, bonita, el teléfono! Con tu permiso, lo cojo, que así hablo un ratito con un humano. El único problema es que esos sí que responden, y la mayoría de las veces solo gilipollecés.

—Hola, Fran.

—Hola, cariño. Oye, que dice Reme que ya no vamos más a dormir.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y me ha dicho no sé qué de unos puntos suspensivos que no le he entendido de nada, y que a puntito he estado de llamar a emergencias.

—Ha sido mi madre.

—¿Tu madre? A ver, cariño, explícate mejor.

—Pues que se ha venido al bar con nosotras, y se ha puesto a filosofar sobre el amor en todas sus fases.

—¿En la fase de cuando te dejan y se largan con otro o con otra también?

—Sí, y la muy bruta se ha cargado el mes de terapia que llevábamos.

—¿Y qué es eso de los puntos suspensivos?, que no he entendido nada.

—La canción de Sabina.

—¿Y qué coño pinta Sabina en este drama?

—Eso pregúntaselo a mi madre, que lo ha metido ella.

—Pues esto no pinta nada bien, que ese cantando es un poco bruto a veces.

—Eso mismo digo yo. Total, que lo ha desenterrado.

—¿A quién ha desenterrado?

—¿Coño, a Víctor! Un poco espeso sí que andas.

—Es que no entiendo nada, he ido a su casa y ya me tenía una bolsa preparada con mi pijama y mi neceser, y que «a dormir, a mi casa», me ha dicho.

—Pues ya somos dos, bonito.

—¿Y qué vamos a hacer? Esa no está para andar sola.

—Pues yo, después de la filosofía de barrio de mi madre, la verdad es que la veo mejor.

—¿Pero si dice palabras sin sentido!

—¿Tú has escuchado la canción esa de Sabina?

—Ahora, con estos nervios, no recuerdo la letra.

—Escucha, que te la pongo un momentito.

—Vamos mal, Carolina.

—Pues escucha el drama que ha liado este.

«Lo peor del amor cuando termina

son las habitaciones ventiladas,

el solo de pijamas con sordina,

la adrenalina en camas separadas.

Lo malo del después son los despojos

que embalsaman los pájaros del sueño,

los móviles que insultan con los ojos,

el sístole sin diástole ni dueño.

Lo atroz es no querer saber quién eres.

Agua pasada, tierra quemada,

que de igual esperarte o que me esperes,

que no seas tú entre todas las mujeres,

que la cuenta esté saldada.

Las canciones de amor que no quisiste
andan rodando ya por las aceras,
las tocan las orquestas de los tristes
pa que baile don nadie con cualquiera.
Las maletas que llegan sin tu ropa
giran perdidas por los aeropuertos.
La pasión cuando pasa es una copa
de sangre desangrada en el mar Muerto.
Remendar las virtudes veniales,
condenar a galeras los archivos
cuando al punto final de los finales
no le siguen dos puntos suspensivos».

—¿Qué te parece?

—¡Joder con el Sabina de los huevos! Eso es que algún médico le dijo que dejara un tiempecito el *whisky*, y ya te digo yo que el alcohol y la nicotina no se pueden dejar, que mira la que se arma.

—Bueno, deja a Sabina tranquilo, que aquí la culpa es de mi madre.

—Oye, ¿y a la santa de tu madre no le hubiese dado igual cantarle el *I Will Survive* de mi queridísima Gloria Gaynor, o es que esa no se la sabe?

—Por lo visto, no.

—¿Y ahora, qué coño hacemos?

—No sé, pero Reme anda todo el día con la dichosa canción puesta, y no hay quien la haga entrar en razón.

—De verdad que no hay quien os entienda a las mujeres.

—Oye, bonito, no generalices, o te cuelgo.

—Vale, vale, pero que no me quedo yo tranquilo.

—Ni yo. Mira, vamos a hacer una cosa: ahora la dejamos un ratito tranquilita, y a las siete, más o menos, nos vamos los dos para allá a ver si conseguimos reanudar la terapia.

—De acuerdo. Hasta luego.

A ti, Merceditas, el drama de Reme te importa poco, ¿verdad, bonita? Porque te has pasado toda la conversación haciéndote la dormida. Pues que sepas que no debería ser así, o el día que tengas tú mal de amores, te los vas a ventilar tú solita.

—¡Carolina!

—¿Y ahora qué quieres, Jessi?

—Nada, nada, pero que llevas ya mucho rato hablando con la perra.

—Estaba hablando con Fran, bonita.

—Ah, vale.

—¿Algo más? Porque voy a empezar a recoger mis cosas.

—Bueno, sí...

—Dime.

—Pues eso.

—¿«Pues eso», qué quiere decir, Jessi?

—No se... Pues eso.

—Anda, vuelve a tu habitación, que tengo trabajo.

—Que no quiero que te vayas...

—¿Me lo puedes repetir? Es que creo que no te he entendido.

—Me has entendido perfectamente.

—¿Y eso a qué viene ahora? Creía que sí que querías.

—Antes sí, pero ahora ya no.

—Sigue, que no sé muy bien por dónde vas.

—¡Joder, Carolina, no me lo pongas tan difícil!

—Pues dime lo que me has venido a decir.

—¡Que te voy a echar de menos, coño!

—Y mamá diciendo por ahí que eres tan fina hablando...

—Me voy a mi habitación.

—No, espera...

—Dime.

—Que yo también te voy a echar de menos.

—Pero si no he dejado de putearte, me he comportado como una idiota.

—En eso tienes razón, pero resulta que esta idiota es mi hermana... y te quiero.

—Voy al baño, que se me ha metido una cosa en el ojo.

—Jessi...

—Dime...

—Solo me voy a cuatro calles de aquí, y puedes ir cuando tú quieras.

—Sí, lo sé. Pero no será lo mismo.

—Volverás a tener el baño para ti solita.

—Eso ya no me importa.

—Anda, ve al baño, que ahora se te ha metido una cosa en el otro.

MAMÁ

¡DOS MESES EN NUESTRO PISITO y todavía no me lo puedo creer! Y lo mejor de todo es que con lo que gano dando clases tengo para el alquiler, los consumos, la compra y, si me administro bien, todavía me queda un poquito para mis cositas. Los chavales ya han empezado el curso escolar, y ahora tengo todas las clases concentradas por la tarde. Empiezo a las dos, y hasta las nueve de la noche no se va el último crío, pero benditos sean todos, y sus padres también por seguir confiando en mí.

Nuestro hogar, Merceditas. Que sí, bonita, que ya lo sé que lo he decorado yo, pero tú sabes muy bien que pregunté a IKEA y me dijeron que no dejaban entrar perros. Que digo yo, ¿por qué no montan una guardería para perros? Que para los niños bien que tienen una muy mona y llena de pelotitas, que a ti te iban a encantar. Pues ya ves, hija, que de momento no está previsto, o eso me dijo una chica majísima que me atendió. Pero tú no te preocupes, que no me fui sin poner una reclamación, en castellano claro; así que paciencia, porque ahora la van a tener que traducir al sueco y mandársela al dueño, que digo yo que vivirá en Suecia, y entre una cosa y la otra, unos diitas va a tardar en llegar la respuesta, eso en el caso de que ese señor no esté muy ocupado montando IKEAS por ahí, que yo creo que ya solo le queda por montar uno en la Antártida.

Pero bueno, que lo he dejado monísimo, lleno de marcos con fotos, de flores y de velitas. Ah, y no te quejarás de la alfombra que he puesto en el salón, que la compré pensando en ti. Y los vasos, los platos, los cubiertos y demás cachivaches de la cocina, aparte del nórdico, las sábanas y las cortinas. Total, bonita, que me dejé ni más ni menos que cuatrocientos euros, que yo no sé quién coño nos ha metido en la cabeza que en IKEA es todo baratísimo; pero claro, eso nos pasa por no saber sueco, que alguna letra pequeña debe de haber por ahí que nadie se lee, porque a saber lo que dice.

Pero bueno, que ha resultado que mamá es una santa, que con lo que le cuesta soltar a ella la pasta, que lo sabes muy bien, me acompañó a IKEA y lo pagó todo ella solita. ¡Por supuesto que le dije que no, Merceditas! Pero se puso muy pesadita, y que ella con su dinero hacía lo que le daba la gana. Ah y luego papá, otro santo, me dijo que no tenía por qué irme. Ay, sí, perdona, bonita, «teníamos», «teníamos». ¡Coño, es que te ofendes enseguida! Pues eso,

y que no nos lo dijo solo una vez, que el hombre insistió unas cuantas; pero como nos vio tan convencidas, pues nada, que él también quería ayudarnos un poquito, y ese poquito no fueron ni más ni menos que... ¡Tachán!... Mil euros «para que estuviéramos tranquilas unos meses», nos dijo. No, si al final tendré que ir a esa bruja del demonio y darle las gracias por mandar mi vida a la mierda de un plumazo. ¿Por qué, bonita? Pues verás, primero, porque ahí fue donde yo te conocí. Sí, a ti, la que no dejas de mover la colita, que cuando hablo de ti, sí que me escuchas. Pero también hay más cositas, ¿eh, Merceditas? Por ejemplo, que he vuelto a Chueca; que veo a mis amigos cada día sin necesidad de cruzar medio Madrid; que le encontré un trabajito a mamá, y la verdad es que, desde que trabaja, es otra; que hemos enterrado el hacha de guerra con Jessi, y que ahora, en vez de hermanas, parecemos siamesas; que tengo un trabajo que me encanta, aunque esos críos a veces me saquen de mis casillas, pero que cada día los sé manejar mejor. Y bueno, que lo he dejado para el último, ya lo sé, pero que eso no quiere decir nada, porque esto no es una carrera de Fórmula Uno, aquí no hay primeros ni últimos. Y, por cierto, le dije que iba a llamarlo sin falta.

—Hola, preciosa.

—Hola, Cristian. ¿Te vienes hoy?

—Sí, claro, que desde que tú tienes piso, parece que yo ya no tenga.

—Bueno, pues si quieres voy yo.

—No, tranquila, que yo sé que tú estás más cómoda ahí.

—No es comodidad, es enamoramiento.

—Llevaré una botella de vino. ¿Necesitas algo más?

—Solo a ti.

—Me gusta cuando te pones en plan Julieta.

—Un poco frikis esos dos, ¿no?

—Se querían mucho.

—Como la trucha al trucho.

—Eso, tú ahora cárgate siglos de amor de un plumazo.

—Te espero luego...

—¿Desnuda?

—Eso lo verás cuando llegues, Romeo.

No me mires con esa cara, Merceditas. Será que tú no me has visto a mí desnuda. Y que es una forma de hablar, bonita, una broma, tonterías que nos decimos, jueguecitos tontos, cosas de enamorados... Sí, enamorados, que ya sé que dije que yo no caía más ahí y que quería estar sola y tranquila, pero ya

ves... Y además, ya me conoces, que me digo muchas cosas y luego no me hago puñetero caso de nada, que parece que yo vaya por un lado, mi cabeza por otro y el corazón ya ni te cuento, que ese hace lo que le da la gana, y además sin preguntar.

Uy, que están llamando al interfono, bonita. Déjame ver quién es. Y que sí, que luego bajamos un ratito, que mira que me has salido tú callejera.

—Hola

—Soy mamá.

—Hola, mamá. Si te esperas un segundito, bajamos.

—No, abre.

—¿Te pasa algo?

—Abre la puerta, Carolina.

—Que sí, que ya te abro.

Merceditas, creo que aquí pasa algo. Mamá está rarísima. Bueno, su voz, porque a ella la vemos ahora.

—Hola, hija.

—Hola, mamá.

—¿Puedo entrar, o hablamos aquí en el descansillo?

—Entra, entra.

—¿Te vas?

—Sí, he quedado. ¿Y esa maleta?

—Me he ido.

—¿Que te has ido? ¿De dónde?

—Pues de casa, ¿de dónde va a ser?

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Pero por qué? ¿Y a dónde vas?

—De eso quería hablarte.

—Mamá, que no entiendo nada.

—Ya no aguanto más a tu padre.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado?

—Lo de siempre. Y ya no puedo más.

—Mamá, esa maletita me está provocando un principio de taquicardia.

—Solo serán unos días, Carolina, hasta que tu padre entre en razón.

—Ni hablar, mamá. ¿Pero no has visto este piso? Si no cabe ni la perra.

—¡Uy, qué mirada te acaba de echar!

—Perdona, Merceditas, solo es una forma de hablar.

—Hija, eso de hablar todo el santo día con la perra, no sé yo...

—Pues ya has visto que me lo entiende todo.

—Anda, déjame cuatro perchas, que se me arruga la ropa.

—Que no, mamá, que aquí no te quedas.

—Entonces líame la alfombra, que la pagué yo, y ya me busco un sitio en el parque.

—Mamá, que ya estoy sudando.

—Pues en la calle ya se nota un fresquito que no veas.

—Mamá, vuelve a casa.

—Te he dicho que yo ahí no vuelvo hasta que tu padre me respete.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Pues, ¿qué va a pasar? Lo de siempre, que no quiere que trabaje.

—¡Maldito machista!

—Carolina, no te pases, que es tu padre.

—A ver, mamá, vamos a comportarnos como personas adultas. Yo te acompaño a casa y hablo con él.

—Nueve meses te llevé en mi vientre.

—Mamá, no empieces con el chantaje emocional, que no te va a servir de nada.

—Muy bien, como quieras, me vuelvo a casa, pero dejo el trabajo.

—¡De eso ni hablar!

—O me quedo aquí unos días contigo, o vuelvo a casa y me pongo de sirvienta de tu padre hasta que me muera.

—¡Jolines, mamá!

—Tú decides.

—¿Y dónde vas a dormir? Aquí no hay sitio para las dos.

—Tranquila, que duermo en la alfombra.

—Desde luego, mamá, con lo tranquilita que estaba yo...

—Ya te he dicho que solo serán unos días.

—Ya veo que no me queda más remedio que acogerte.

—Ni que fuera una refugiada.

—Ven, que te hago un sitio en mi armario. Espero que no te hayas traído mucha ropa.

—¿Y dónde dormiré?

—También te haré un sitio en mi cama.

—Hija, de verdad que solo serán unos días. Es que no quiero ceder, me he pasado la vida cuidando de vosotras dos y de vuestro padre, y ahora he

descubierto un mundo nuevo.

—Que sí, mamá, que te quedas aquí, no le des más vueltas a eso.

—Carolina, me ha costado mucho dar este paso y...

—Mamá, no me llores, que ya llevo muchas lágrimas encima.

—Vale hija, ya está, ya se me pasa. ¿Lo dices por Reme lo de las lágrimas?

—Sí, pero por suerte ya hace un tiempesito que no llora.

—¿Y cómo está?

—Por ahí anda, clavando clavos.

—¡Hija, por Dios! Ni que fuera carpintera...

—En eso estamos.

—¿Qué quieres decir, que tiene novio?

—No, eso de momento lo tiene prohibido.

—Pues tú si tienes.

—Sí, pero es que como Cristian ya no quedan.

—No te entiendo.

—Pues que es como los dinosaurios.

—¿Dinosaurios?

—Que se han extinguido, mamá.

—Alguno habrá.

—Sí, pero que no sean gilipollas, pocos.

—¿Y entonces, con quién anda?

—Nada, que Cristian le presentó a una banda que él conoce y...

—¿Y?

—Que creo que ya se los ha tirado a todos.

—¡Ave María Purísima!

—Pues si la vieras, es otra.

—¡Virgen del Santo Remedio!

—Mamá, que tanto catolicismo no te pega.

—No, si a mí a moderna no me gana nadie, pero es que tal como lo cuentas...

—Lo importante es que Reme esté mejor.

—¿Y de Víctor, se sabe algo?

—Ese está muerto.

—¡Y dale con que está muerto! Mira que cualquier día os lo encontraréis por el barrio...

—Pues más le vale que no pase ningún autobús en ese momento.

—¡Carolina, no seas bruta!

- Mejor dejamos el tema.
- Gracias hija.
- ¿Y eso a qué viene ahora?
- Por dejar que me quede aquí contigo.
- Según tú, te debo nueve meses de hibernación.
- Era una broma.
- Pues que te quedes aquí no es ninguna broma.
- ¿Puedo llorar?
- Vale, pero solo un ratito.

Merceditas, vámonos a la calle y derechitas al bar, que necesito un *whisky* doble y sin hielo. Y ya nos esperamos allí e intentamos tranquilizarnos antes de que lleguen Fran y Reme; aunque, la verdad, yo a ti muy nerviosa no te veo, bonita. ¿Has escuchado algo de la conversación con mamá, o te estabas pegando una siesta de esas tuyas como si contigo no fuera la cosa? Pues no te creas que voy a aguantar yo solita a mamá. ¡Joder, tengo que llamar a Cristian! Se acabó la noche romántica. Que sí, Merceditas, que ya sé que me puedo ir a su piso, pero no voy a dejar sola a mamá la primera noche que pasa en casa. ¿Cómo que estoy blanda? A ver, bonita, que es mi madre y, como dice ella, le debo nueve meses de hibernación. Pero tú no te preocupes, que ya verás que no se queda ni una semana, que mañana ya tenemos aquí a papá suplicándole que vuelva.

- Hola, Carolina.
- Hola, preciosa.
- ¿Y Fran?, ¿no ha llegado?
- Todavía no, pero me ha dicho que tiene algo que contarnos.
- Pues que tiene nuevo novio.
- ¿Ah, sí?
- ¿Y qué va a ser si no?
- Sí, seguro que es eso. ¿Y tú? Anda cuéntame...
- Ya sabes, de flor en flor.
- Será de capullo en capullo, bonita.
- Bueno, lo que sea, pero que hay uno que me hace tilín.
- ¿Tilín? Mira, Reme, que no tengo un buen día, así que retira eso que acabas de decir.
- No lo voy a retirar.
- Reme, por favor, no te enamores.
- ¿Por qué? Si quiero enamorarme, me enamoro, y listo.

—Se suponía que estabas clavando clavos.

—Pues mira por donde, uno se me ha clavado a mí.

—No estás preparada.

—¿Ah, no? ¿Y tú? Lo dejaste con Javier y en apenas dos meses te liaste con Cristian.

—Es distinto.

—¿Distinto por qué?

—Porque yo no estaba enamorada de Javier, ya no había nada entre nosotros. Éramos dos extraños compartiendo piso, nevera y una lavadora empeñada en mezclar nuestros olores, sin saber que solo con eso no bastaba.

—¿Esto de la lavadora es otra metáfora de las tuyas? Porque al final va a tener razón tu madre.

—¿Mi madre? ¿Razón en qué?

—En que te explicas como el culo.

—No creo que mi madre haya utilizado esas palabras concretamente. Y, por cierto, que se me ha metido en casa.

—¿Quién se te ha metido en casa?

—A ver, Reme, que ese enamoramiento tuyo ya está empezando a afectarte las neuronas.

—¿Tu madre?

—Sí, bonita, mi madre con una maleta más grande que todo mi cuarto de baño.

—¡Virgen Santa!

—No empecemos con los santos y las vírgenes, que me pongo muy nerviosa.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que dice que no aguanta más a mi padre. Y la tía se da cuenta ahora, después de cuarenta años con él.

—¡Santo Dios!

—¿Otra vez, bonita?

—Ay, perdona, que me sale solo.

—Total, que le he dicho que en mi piso no se quedaba, y la muy malvada, que ya venía con el chantaje preparado de casa, me ha respondido que si vuelve a casa, deja el trabajo y se queda metida en ese piso hasta que se muera.

—¡Joder!

—Ahora has dicho algo coherente.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues tenerla ahí hasta que se le pase la rabieta y vuelva a su casa.

—¿Y si no se le pasa?

—Mi padre solo en ese piso no sobrevive más de una semana, y ella lo sabe, solo se está haciendo un poco la dura; aunque no le pega nada ese papel, la verdad.

—No sé, Carolina. No lo veo yo tan claro; no es fácil dar un paso así.

—Ah, y encima, la muy bruta me hace chantaje emocional, que le debo nueve meses de hibernación, dice.

—No te entiendo...

—Coño, pues que me llevó nueve meses en su vientre, que tal como lo dice es como si fuera eso una casita.

—Estoy flipando con tu madre. ¿Y dónde la has dejado?

—Arriba, llorando.

—¡No jodas! ¿Y la has dejado sola?

—No creo que quiera ninguna ovación cuando termine.

—Ay, no sé, Carolina, tal vez deberíamos subir...

—Déjate, déjate, que si subimos le vamos a cortar el rollo, y los dramas contenidos no son buenos, y cuando mejor se llora es cuando uno está solo.

—Pues a mí y a mi llorera no nos dejaste solas ni un segundo.

—Bueno, lo tuyo era distinto.

—¿Distinto por qué?

—Te recuerdo que te querías tirar al Manzanares.

—Tenía un mal día.

—Uno detrás de otro, querrás decir, bonita.

—¿Pues sabes qué te digo? Que fue tu madre quien me ayudó a salir de ahí.

—Ah, claro, porque Fran y yo como si fuéramos invisibles.

—Que no mujer, tampoco te cabrees, que nunca había dormido yo tan arropadita.

—En pleno mes de agosto, Reme, sudando ahí los tres como cerdos y fumando y bebiendo que yo no daba una clase sin resaca, y ahora resulta que mi madre se va a llevar todo el mérito.

—¡Ay hija, qué susceptible estás!

—Es que ya te vale, bonita.

—A ver, que Fran y tú, sois los mejores amigos del mundo mundial, pero es que Sabina me caló hondo.

—Pues hala, bonita, la próxima terapia que te la haga él.

—Dirás tu madre.
—Está ella ahora mismo para hacer algo.
—Pues yo quiero ayudarla.
—Tú dedícate a la carpintería, bonita.
—¡Qué bruta eres!
—¿Y Fran? Porque ya llevamos aquí más de media hora, y el tío no aparece.
—Ya sabes cómo es, le gusta llegar cuando todo el público ya está sentado.
—Pues yo hoy ya tengo el horno que salen los bollos para afuera, así que no le voy a aguantar sus gilipolladas.
—¡Míralo! Por ahí viene.
—¡Hola, reinas!
—¿Dónde coño estabas?
—Ya veo que tenemos un mal día.
—De mal día nada, que siempre nos haces lo mismo, joder.
—¿Y a esta qué coño le pasa?
—Cuéntale, Carolina.
—Yo a este no le cuento nada.
—De verdad, hija, por diez minutitos que me he retrasado, y el pollo que estás montando, cariño.
—Ya te cuento yo: que la madre de Carolina se ha ido a vivir con ella.
—¡No me jodas!
—Pues sí, bonito; así que bromitas pocas. Además, tenías algo que contarnos...
—Lo mío puede esperar, primero vamos a por la crisis de Carolina.
—No, anda, cuenta lo tuyo, que así me distraigo.
—¡No os lo vais a creer!
—¡Tienes nuevo novio! —Y eso lo decimos las dos a la vez, sincronizadas como un reloj suizo.
—¡Joder! ¿Tan evidente es?
—Tú solo montas reuniones urgentes cuando te estás follando a alguien.
—Desde luego, Carolina, tiene razón tu madre cuando dice que parece que te hayas criado en un descampado.
—Mejor hablamos de ti, bonito.
—A ver, si os vais a enfadar, nos vamos y quedamos más tarde, cuando estéis más calmaditos.
—Es él.

—No, eres tú, que me estás atacando desde que he llegado.

—Vale, perdona, tienes razón. Es que solo de pensar que tengo a mi madre en casa, me dan ganas de irme a dormir al metro.

—Mejor no, que ahí en invierno ponen la calefacción muy fuerte.

—Carolina, ¿y si te vienes a casa y dejas a tu madre ahí a sus anchas?

—¡Ni hablar! Que a esa le gusta mucho toquetearlo todo. Como suba y me haya cambiado una sola vela de sitio, esta noche duerme en el parque.

—Amor de hija.

—Vete a la mierda, Fran.

—Vale, se acabó. Tranquilizaos, o yo me largo.

—De aquí no se mueve nadie hasta que os cuente.

—Eso, venga. ¿Y quién es él?

—Si te lo vas a tomar a cachondeo, no vuelvo a abrir la boca hasta que me vaya.

—Eso no te lo crees ni tú. Anda, cuenta.

—Es monísimo, un bombón, un amorcito...

—Acelera, bonito. Tendrá un nombre el amorcito ese, digo yo.

—Se llama Javi.

—¿Javi? Entonces es gilipollas seguro, y mira que gais gilipollas hay poquísimos.

—Oye, bonita, no te pases. Que tu ex sea un capullo no te da derecho a generalizar, y menos con un nombre propio, porque entonces todas las Carolinas del mundo estarían como una puta regadera.

—¡Ya basta! Os lo digo de verdad, no hay quien os aguante. Carolina, me subo a ver a tu madre y, si eso, me quedo un ratito llorando con ella.

—Sí, eso, tú síguete el drama, que a ver cómo me la saco luego de encima.

—No te vayas, Reme, que esta y yo aquí solos tienen que venir los nacionales.

—Pues dejaos ya de chorradas, joder.

—Vale, vale, tienes razón. Perdona, Fran, me he pasado, es que hoy no me funcionan muy bien las neuronas.

—Ya sabes que yo a ti te lo perdono todo. ¿Así está bien, Reme?

—Sí, pero como volváis a empezar, me subo a llorar con la madre de Carolina, que todavía tengo muchas lágrimas por ahí, y tanta agua en la cabeza muy bueno no debe de ser.

—Reme, que ya hemos superado la fecha del calendario.

—Esa hoja la arranqué.

—¿Cómo?

—Pues tal como lo oyes, que yo a Víctor lo olvidaré cuando me salga de las narices.

—¿Cómo se llama el del clavo?

—Claro, ahora sí que te interesa, ¿verdad? Y hace un momentito me has dicho que me olvidara de él.

—Es que hace un momentito, bonita, aún no habías dicho ninguna estupidez.

—Se llama Guillermo.

—Precioso nombre.

—Vete a la mierda, Carolina.

—A ver, chicas, ¿y si nos vamos todos a casa y volvemos en un rato, a ver si estamos un poco más tranquilos?

—Yo estoy tranquilísima.

—Yo también.

—Muy bien, pues a seguir con la tarde, que el calentamiento global, comparado con esta mesa, se queda en una llama de mechero.

—Fran, todos tenemos derecho a tener un mal día. Será que no os he aguantado días malos yo a vosotros dos. Pues hoy os jodéis, que me toca a mí.

PAPÁ

—HOLA, HIJA.

—Hola, papá.

—¿Puedo pasar?

—Vale, pero solo un momentito, que ya me iba.

—¿Y tu madre?

—En el cine, con unas amigas.

—Carolina, tienes que ayudarme. Ya han pasado dos semanas y no quiere hablar conmigo, no me coge las llamadas, no me responde los mensajes, he ido a verla no sé cuántas veces a la panadería, y solo me dice si quiero uno de medio o de cuarto, que ni me mira, hija.

—Por algo será.

—Tienes que hablar con ella. Por favor, Carolina, dile que vuelva a casa.

—Aquí está muy a gusto.

—Yo quiero a tu madre, no puedo vivir sin ella.

—No, tú lo que quieres es una sirvienta que te tenga la comida calentita cuando llegues.

—Eso no es verdad. Ya le he dicho que puede seguir trabajando, que no me importa, solo quiero que vuelva.

—¿Le has dicho eso?

—No paro de repetírselo desde que se fue.

—Pues sí que está cabreada.

—Carolina, sé que no soy perfecto; al contrario, tengo muchos defectos.

—Por ejemplo, que eres un machista.

—Sí, lo reconozco, y por eso he empezado a hacer terapia.

—¿Terapia?

—Voy a una psicóloga. Bueno, solo he hecho la primera visita, pero voy a seguir.

—¿Y para qué vas?

—¡Coño, Carolina, te lo estoy diciendo! Para convertirme en el hombre que tu madre se merece.

—Las personas no cambian.

—No es cambiar, es rectificar comportamientos, corregir errores, controlar los impulsos, gestionar situaciones...

—Vale, vale, veo que te has empollado la primera clase.

—Estoy dispuesto a todo con tal de que tu madre vuelva.

—¿A todo?

—Absolutamente a todo.

—¿Hasta a soltar la pasta?

—Mi dinero sin ella se convierte en piedrecitas del parque.

—Esa frase es de mamá.

—Es que todo es mamá, y mamá lo es todo.

—Uy, tú no eres mi padre.

—Hija, por favor, necesito tu ayuda.

—¿Sabes qué pasa, papá? Que todo esto que me cuentas es muy bonito, pero ¿cuánto tiempo va a durar? ¿Un mes? ¿Tal vez dos? ¿Y luego? Ya te lo digo yo, luego todo volverá a ser como antes.

—Eso no va a suceder. ¿Sabes por qué? Porque quiero a tu madre, porque me cuesta respirar si ella no está, porque no puedo dormir si no es a su lado, porque la comida no sabe a nada, ni en el mejor restaurante de Madrid, porque todos los relojes se pararon en el mismo minuto en que se fue, porque los segundos se convierten en horas y los minutos en días.

—Tú te has tragado un tomo entero de prosa romántica, debes de tener el estómago hecho polvo.

—Muy bien, hija, me voy. Dale un beso a tu madre de mi parte.

—No, espera.

—Me voy, Carolina.

—Te ayudaré.

—¿Lo dices de verdad, hija?

—Sí. Pero si vuelves a joderla, mamá se viene otra vez aquí conmigo y para siempre.

—¿Qué tengo que hacer?

—Exactamente lo que voy a decirte.

ANITA

—¡HOLA, CAROLINA!

—Ana, ¿te has traído los libros?

—Todos los que había en casa. Me parece que hasta he cogido alguno de mi hermano sin darme cuenta.

—A ti te ha abducido una nave extraterrestre algún día de estos camino de casa.

—¿Y eso a qué viene?

—Pues que ya hace varios días que eres otra.

—El amor, que todo lo transforma... Y todo gracias a ti.

—Ya veo que el alien es Iván.

—Iván es mi *David* de Miguel Ángel.

—Uy, pues parece que al final sí te vas a aprender algunos nombres.

—Algunos no. Pregúntame lo que quieras, que no veas la empollada que llevo.

—¿Y eso?

—Nada, Iván, que me da clases particulares y ahí se me queda todo.

—¿Y yo qué te estoy dando, bonita?

—Sí, sí, tú también aportas algo.

—¿Algo?

—Bueno, algo no, bastante; pero luego Iván me aclara todo lo que no he entendido.

—¿Y por qué no me lo preguntas a mí y te lo aclaro yo?

—Porque ese es otro aclarar.

—Mira, Ana, no te entiendo.

—Eso es porque no estás enamorada.

—¿Y tú qué sabrás?

—¿Lo estás?

—Ahí ando.

—¿No será un alumno?

—Oye, bonita, ¿te crees que soy una pervertida?

—Ay, no sé, no te veo yo a ti ligando por ahí.

—¿Y por qué no?

—Carolina, no te ofendas, pero ya se te nota alguna arruguita.

—¿Arruguitas yo? ¿Pero cuántos años te crees que tengo?
—La misma edad que tenía Cristo cuando la palmó, que me lo dijiste.
—Pues eso, bonita, que estoy en la flor de la vida.
—Vale, vale, como quieras, paso de discutir contigo.
—Pues antes te encantaba.
—Sí, pero es que ahora me caes bien.
—¡No te jode! Porque te presenté a Iván.
—El amor de mi vida.
—Cuatro días te va a durar el amor de tu vida, que sois muy jóvenes.
—Estás un poco amargada, ¿no?
—Yo estoy de puta madre, bonita.
—Ya empezamos con los tacos. ¡Menuda profe estás tú hecha!
—Pues no me provoques.
—Y por cierto, ¿cómo vas con tu madre por aquí?
—Engordándome cada día un kilo.
—¿Lo dices en serio?
—Venga Ana, que ya han pasado diez minutitos. Empecemos ya, que, si no, luego no tendrás nada para repasar con Iván.
—No te preocupes, ya me repasaré a mí.
—Ana, saca los libros.

Merceditas, de verdad, vaya cambio que ha pegado esta niña. Ahora sí que da gusto darle clase, y de paso no me siento culpable como antes. ¿De qué? Pues, ¿de qué va a ser, bonita? Esta niña se ha pasado no sé yo cuántos meses pagándole los doce euros al dueño del bar, y no a mí, que ya sabes cómo traga la cría. Y entre sus cervezas y las mías, doce euros se van volando. ¡Bendito Iván! ¡Lo tendrían que clonar! Sí, Merceditas, ya sé que es un poco futurista eso que he dicho, pero tampoco te creas que tanto, seguro que ya hay alguien por ahí que está en ello. Y ese crío es material de primera clase, un diamante, pero ya pulidito, como un osito de Tous, como un abrigo de Loewe, como un bolso de Louis Vuitton, como... Vale, vale, no me mires así, pero el día que hagan clones de ese niño, se terminan los gilipollas. Y que conste que no estoy generalizando, pero que hay más capullos que Ivanes, ya te digo yo que sí, bonita.

MAMÁ

—HOLA, MAMÁ.

—Hola, preciosa.

—Ya te tengo la palangana a punto.

—Eres un sol. ¿No deberías estar dando clase?

—Sí, pero el último crío no ha venido, está con gripe.

—No me extraña. Con estos cambios de temperatura, que nos vamos del invierno al verano y del verano al invierno... Que las otras dos estaciones del año parece que estén ahí para hacer relleno.

—¿Cómo te ha ido hoy?

—Muy bien, pero muy cansada. Uy, ¿y esas flores?, ¿son de Cristian?

—No, son para ti.

—¿Me has comprado flores?

—Yo no. Llevan una tarjeta.

—Ah, pues dime.

—No la he leído.

—¿Qué mal mientes, hija! Como si no te conociera, que el repartidor todavía no había llegado al ascensor, y tú ya sabías quién las había enviado.

—Bueno, vale, sí que la he mirado.

—Además, ya sé de quién son.

—¿Ah sí? ¿De quién?

—Pues de tu padre, ¿de quién van a ser?

—Pues bien bonitas que son.

—Será que no me conoce los gustos, ese.

—A mí me ha parecido todo un detalle.

—Ese lo que quiere es camelarme.

—Mamá, no seas tan dura.

—No me digas que has hablado con él.

—No, no, qué va.

—Carolina, no mientas.

—Bueno, pues sí. Un poquito.

—Un poquito. ¿Y ya te has puesto de su parte?

—Aquí no hay partes, que los dos sois mis padres.

—Ya veo que te ha venido con el drama.

—Mamá, está hecho una mierda.
—¿Lo has visto? ¿Ha estado aquí, en tu casa?
—¡No, por Dios!
—A la próxima mentira, no te hago la tortilla de patatas para cenar.
—Pues mejor, porque me estoy poniendo como un pavo de Navidad.
—No digas tonterías, tienes una figura monísima.
—Pues se me está distorsionando.
—¡Qué exagerada eres, hija! Total, que ha venido. ¿Y cuándo ha sido eso?
—El sábado, cuando te fuiste con las amigas.
—¿Y qué te dijo?
—Pues eso.
—Yo, de verdad, no sé cómo estás tú dando clases, con lo mal que te explicas.
—Tal vez deberías darle una oportunidad.
—Carolina, a ti no hay quien te entienda.
—Mamá, si lo hubieras oído, dice unas cosas...
—¿Qué cosas?
—Ay, mamá, pues que habla como si se hubiese tragado un libro de Bécquer.
—¿De quién?
—Déjalo mamá. Resumiendo, que el hombre que vino aquí el sábado no era papá, era otro.
—¡Ay, hija, qué fácil eres de enredar! Así te va con los hombres, que no pillas ni uno de bueno.
—Querrás decir ni uno de rico.
—Eso.
—Ya hablamos otro día, mamá, porque cuando empiezas así, no te aguanto.
—Vale, perdona, es que yo solo quiero lo mejor para ti.
—Pues a ver si te entra en la cabeza de una puñetera vez que lo mejor para mí se llama Cristian y no tiene ni un puto euro.
—¡Qué mal hablas, hija!
—Me voy a bajar a Merceditas y a que me dé un poco el aire, que aquí está el ambiente un poco cargadito.
—Cuando subas ya tendrás la tortilla.
—¿Le pondrás cebolla también?
—Sí, cariño, con cebolla, como a ti te gusta.
—Vale.

—Carolina...

—¿Qué?

—Que te voy a echar mucho de menos cuando me vaya.

¡Bingo, mamá! Mira que le llega a funcionar bien el chantaje emocional, ¿eh, Merceditas? Al menos conmigo, que soy una blanda, y ella lo sabe muy bien. Y no me mires así, como queriendo decir que eso no era un chantaje en toda regla, que la conozco, que esa está aquí muy a gustito y no se quiere ir. Y tú tranquila, que yo no la voy a echar, que es mi madre, pero que nosotras necesitamos nuestro espacio, eso lo sabes tú muy bien. Además, lo que le he dicho de papá es verdad, que el pobre hombre está hecho polvo, yo nunca lo había visto así, tan derrotado, tan perdido, tan frágil. ¿Sabes qué? Voy a llamarlo, puede que lo de las flores no haya terminado de funcionar del todo, así que vamos a probar otra cosita. Y no me mires mal si le digo alguna mentira, que es por compasión, tú sígueme el rollo.

—Hola, hija.

—Hola, papá.

—¿Qué tal las flores?, ¿le han gustado a mamá?

—¡Muchísimo!

—¿Lo dices de verdad?

—De verdad de la buena, y ahora a por el siguiente paso.

—Dime, dime, que yo por tu madre lo que sea.

—Vale. Pues se trata de que la llames y la invites a cenar en el mejor restaurante de Madrid.

—Eso va a salir caro.

—Papá, me acabas de decir, que lo que sea.

—Que sí, hija, que sí. ¿Pero cómo la voy a invitar si no me coge el teléfono?

—En diez minutitos me llamas al mío.

—No se pondrá.

—Eso déjame a mí.

—Vale, hija, hasta ahora.

—Y papá...

—Dime.

—Cambia el tono de tu voz.

—¿Que cambie el tono de mi voz? Si no tengo otra. ¿Qué voz quieres que ponga?

—Pues, no sé, un poco así como Sergio Dalma.

—Pero si yo no escucho nunca a ese.

—Tú no, pero mamá sí. Y le encanta, así que tú verás.

—De acuerdo, ahora me pongo una canción mientras espero a llamarte.

—Diez minutos.

Venga, Merceditas, haz ya tus cositas. ¿No has oído que tenemos prisa? Últimamente vas mucho a tu bola y los problemas de los demás te la sudan bastante, y en este caso no debería de ser así, que son tus abuelos, bonita.

¡Joder! Lo que ha tardado la tía, que no le salía el pis, y no creo que me estuviera tomando el pelo, que me ha estado poniendo todo el rato carita de pena. Pero bueno, que ya estamos en casita esperando la llamada, y mamá en la cocina venga a pegarle vueltas a la tortilla de patatas, que más que una tortilla parece un tiovivo. ¡El móvil! Empieza *the game*.

—Mamá, ponte al teléfono.

—¿Quién es?

—Jessi.

—Ah, dámelo, que le digo que se venga a comer tortilla.

—Hola, cariño.

—Soy yo.

—¿Pero esto que es, una emboscada?

—Escúchame solo un momento.

—Estoy haciendo una tortilla.

—Por favor...

—¿Qué quieres?, ¿y por qué hablas así?

—¿Así, cómo?

—Pues no sé, raro.

—Cosas de tu hija.

—Esa me va a oír ahora cuando te cuelgue.

—Espera...

—¿Qué quieres?

—Invitarte a cenar.

—Tarde.

—Sí, sí, tarde, cuando a ti te vaya bien.

—Que llegas tarde, quiero decir.

—Solo es una cena.

—Tú lo que quieres es que vuelva a casa para hacerte de sirvienta.

—No, yo lo que quiero es que vuelvas a casa porque te quiero.

Tocada y hundida.

—Mira, es que no tengo ganas de pasarme la noche discutiendo.
—Yo tampoco, y por eso he pensado una cosa.
—¿Qué cosa?
—Haremos ver que no nos conocemos, como si fuera la primera cita, como ese programa del Sobera, que no te pierdes ni uno.
—*Firts dates.*
—Ese mismo.
—¿Y de qué hablaremos entonces?
—Nos conoceremos.
—Ya nos conocemos demasiado bien.
—Yo creo que no. No sabía que querías trabajar; puede que haya más cosas que no sepa de ti, puede, incluso, que no sepa nada...
—Uy, ya me ha dicho la niña que parecías otro.
—Por favor, solo es una cena, una cita con un desconocido.
—¿Y si nos gustamos?
—Pues quedamos para otro día.
—¿De verdad que no me vas a sacar el tema del trabajo?
—No sé quién eres, no te conozco.
—De acuerdo.
—¿De acuerdo?
—Sí. ¿Te doy mi dirección?
—Y tu teléfono también, preciosa.
—Bueno, eso ya lo veremos.
¿Pero se puede saber qué coño están diciendo? No entiendo nada, Merceditas. A ver si cuelga ya y nos lo cuenta.
—¡Por fin! Para no querer hablar con papá, te has pasado diez minutos al teléfono.
—Ese señor no es tu padre.
—Te lo he dicho, y tú ni caso.
—A ver, Carolina, que sí que es tu padre, pero que parece distinto.
—¿Qué te ha dicho?
—Me ha pedido una cita.
—¿Y?
—No es una cita normal, es una primera cita.
—Tú has bebido algo mientras hacías la tortilla.
—Nada, ni agua.
—Pues explícate un poquito mejor, que no te entiendo.

—A ver hija, que tu padre me ha propuesto que tengamos una cita, pero no una cita cualquiera, sino una *firts dates*.

—¿Cómo?

—Vamos a hacer ver que no nos conocemos de nada.

—¡Joder con papá! ¿Y qué te ha propuesto exactamente?

—Vamos a ir a cenar.

—¿Y luego?

—Luego nada, me trae de vuelta aquí, y listo.

—¿Y por qué no os pasáis primero por casa y os tomáis una copita y os relajáis y eso...?

—¿Qué quiere decir «y eso»?

—Pues eso, mamá, eso, que me vas a llamar ordinaria otra vez.

—Carolina, que no te entiendo.

—¡Coño, que si vais a follar!

—¿Qué ordinaria eres, hija!

—Lo sabía.

—De todas formas, tendría que cambiar la rotación de la Tierra para que yo me acueste en una primera cita con ese señor.

—¡Pero si es tu marido!

—Ya veo que no has entendido nada.

—Que si lo he entendido, que vais a jugar un poquito, y luego...

—Ya te he dicho que luego nada.

—Ay, mamá, no digas nunca «de esta agua no beberé y este cura no es mi padre».

—¡Vaya frases que sueltas, hija! ¡Tantos años de estudios perdidos!

¡Merceditas, esto va viento en popa! Yo creo que en unos diitas volvemos a tener el piso para nosotras solitas. Lo que no veo muy claro es el jueguito este que se han montado, no sé yo eso de empezar desde cero. ¿Entonces yo no existo? ¿Y Jessi tampoco? ¿Y de qué coño van a hablar? Creo que le voy a encender la grabadora en el móvil de mamá antes de que salga, que ella ni se va a dar cuenta, y así nosotras nos enteramos de algo. ¿Y ahora por qué me miras así, bonita? Ah, claro porque eso de espiar no está bien. A ver, Merceditas, no estaría bien si fueran unos desconocidos, ¡pero coño, que son mis padres, y resulta que ahora quieren jugar a que no lo son! Pues no me gusta, no lo veo claro, que el tema de conversación favorito de mamá somos sus dos niñas. Ya te digo yo que esa no aguanta ni diez minutos sin nombrarnos. Y papá, ese otro. Bueno, ese peor, que no tiene ni tema de

conversación. Que yo no sé por qué no cenan en casa y se ponen a ver la tele como siempre, que sería lo más sencillo y lo más seguro. Pues va a ser que no, bonita, que ya tengo razón yo cuando te digo que están muy tarados, y ya verás cómo termina esto. Pero bueno, tú y yo tranquilitas y que empiece *the game*.

PEDRO

—CAROLINA, ¿PODEMOS PARAR UN MOMENTO?

—¿Tienes que ir al baño?

—No, quería comentarte algo.

—Ah, pues dime.

—Es sobre mi novia.

—¿Tu novia?, ¿qué le pasa?

—Me ha dejado.

—¿Y eso?

—Dice que ya está harta de mí, que soy un machista, un macho alfa y no sé qué más que no me acuerdo.

—Vale.

—¿Vale? ¿Qué quiere decir «vale»?

—Que tiene razón, y demasiado ha tardado en dejarte.

—Menuda ayuda la tuya. Si lo sé, no te cuento nada.

—Mira, Pedro, si no empiezas a cambiar tu actitud con las chicas, a la larga todas te dejarán.

—Pues ayúdame, Carolina. ¿Qué debo hacer?, ¿cómo debo comportarme?

—¿Pero me habéis tomado todos por una psicóloga, o qué? Estáis aquí para aprender Historia.

—Vale, vale, es que como eres tan mayor, pensaba que tú sabrías de eso.

—¡Que no soy tan mayor, joder!

—Bueno, no te cabrees, si eso ya les pido consejo a mis amigos.

—A tus amigos ni hablar, que solo con que haya dos como tú, ya la hemos jodido.

—¿Y entonces qué hago?

—Para empezar, no tratar a las mujeres como si fueran un trozo de carne.

—Pues si oyeras a mi padre...

—Ah, claro, ahora lo entiendo, de casta le viene al galgo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada. ¿Y cómo les va la relación a tus padres?

—Están divorciados.

—Pues ahí lo tienes. A las mujeres no nos gustan esta clase de hombres, nos dan urticaria, nos salen granos.

—A mi madre no le salió ninguno.

—Es una forma de hablar, Pedro.

—¿Me vas a ayudar, o no?

—¿Me vas a hacer caso, o no?

—En todo, eres mi profe.

Total, que me paso el resto de la clase dándole una charla sobre género y patriarcado. Y yo creo que es la vez que más atención ha puesto desde que empezamos, y de eso ya hace unos cuantos meses. Es que el amor es así, lo invade todo y nos afecta en todas las parcelas de nuestra vida, aunque no queramos. Y es que el amor está totalmente fuera de control, actúa sin razonar, no deja pensar al cerebro con claridad, altera todas y cada una de nuestras neuronas y va por libre, siempre va por libre y así nos vamos pegando una hostia detrás de otra, y todo porque no sabemos nada sobre él, que yo creo que deberían hacer charlas en las escuelas sobre el tema, sobre el amor, sobre el desamor y sobre sus consecuencias. He visto a Pedro muy tocado hoy, y yo creo que dentro de ese Pedro malote hay otro Pedro escondido que quiere salir, salir de lo que ha vivido en su casa, de los malos tratos psicológicos que me ha contado, de lo mal que lo pasó con el divorcio de sus padres, del niño en que se convirtió a raíz de aquello, de su manera de protegerse ante el mundo, dejando entrar a su padre en su mente para llenarla de mierda. Pero ahora lo único que importa es que quiere salir y salir, y volver a salir, y volar, y ser libre y ser un hombre, con esas seis letras por orden y bien puestas, porque no todos los hombres son unos gilipollas; de hecho, esos son una minoría, y Pedro no es uno de ellos, solo es un niño perdido en un mar de engaños y decepciones. Y si hay una cosa que es capaz de mover el mundo es el amor. ¡Sal de ese bucle donde andas metido, Pedro! Y me ha mirado, y he visto un cambio en su mirada, y me ha sonreído, y no con esa sonrisa pícaro de otros días, no, ha sido una sonrisa de un niño luchando por salir.

CAROLINA

¡LO TENGO CLARO! Bueno, claro no, clarísimo, y sé que probablemente nadie lo vaya a entender, pero me da igual, a mí cuando me da por algo, vamos, que voy como pollo sin cabeza. Y si va a servir para pegarme otra hostia, pues voy y me la pego, que total, ya no viene de una. Aunque me da a mí que esta vez va a ser distinto, no sé, tengo como una intuición, como un presentimiento, una cosa rara así en el estómago. Bueno, no sé si en el estómago o en la cabeza exactamente, pero da lo mismo, he dicho que voy y voy. Es más, ahora mismito llamo por teléfono y pido hora.

—¡Reme!

—Hola, cielo.

—No te vas a creer lo que acabo de hacer.

—Carolina, estoy trabajando.

—Vale, vale, solo será un momentito.

—¿Qué has hecho?

—He llamado a la bruja.

—¿Qué bruja?

—Coño, pues a la que mandó mi vida a la mierda en treinta minutos y menos veinte euros.

—¡Joder, Carolina! ¿Y qué le has dicho a la pobre mujer?

—No, no, no me has entendido. Que voy a ir otra vez.

—¿Cómo? ¿Para qué? Si la odias a muerte.

—Odiar es una palabra muy fea, Reme. Vamos a decir que no está en mi lista de personas favoritas.

—¿Y entonces para qué vas a ir?

—Pues para que haga otra valoración del caso.

—Ni que fuera una cirujana.

—Todo el mundo se puede equivocar.

—Pues ella dio en el clavo.

—Mira, bonita, ya te llamo más tarde si eso.

—Mejor, que estoy trabajando.

Para que veas, Merceditas, lo que tengo que aguantar a veces. Tener amigos para esto. Y que sí, que la puñetera encima tiene razón, que la tía me adivinó todo lo que me iba a pasar, pero ¿sabes qué te digo, o mejor qué dicen por

ahí? Que no hay mal que por bien no venga, y la verdad es que he ganado más que he perdido. Mira, para empezar, he vuelto a Chueca. Y sí, bonita, que no me olvido del porqué; es decir, que el gilipollas de Javier me echó de su piso, o mejor dicho, de su mierda de piso, y de ese ya no hablo más. Otra cosita muy importante es que te encontré a ti, que eres la perrita más bonita de toda Chueca, y que te quiero un montón, aunque te hagas la dormida la mayoría de las veces que te hablo. Pero bueno, que yo a ti te lo perdono todo. Y por último, y no sé por qué siempre lo dejo el último, no me hagas caso, que aquí no hay primeros ni últimos, sino que estáis todos en la misma línea, o en la misma casilla de salida, o como leches se llame. Total, que me he enamorado. Yo que mandé al amor con sus cuatro letras a freír espárragos y me juré a mí misma no volver a caer en esta trampa del corazón... Pues aquí estoy, enamorada hasta las trancas, y no solo eso, es que no hay nadie como él, que yo no sé cómo andaba ese suelto por la calle cuando le conocí. ¿Y qué te voy a decir, Merceditas, que tú no sepas y que no hayas visto? ¡No me pongas esa cara, bonita, que te pareces a mamá! Que yo sepa ahora no he dicho ninguna ordinariez; al contrario, que he hablado muy fino. ¡Ah, y que no se me olvide! Que mamá está trabajando después de no sé cuántos años, y que es otra persona. Bueno, sí, bonita, que ya sé que solo digo lo bueno, pero que lo de papá y mamá no tardará en arreglarse, tú por eso no te preocupes, que aunque queramos mucho a mamá, ella en su casita, y nosotras en la nuestra.

¡Carolina, ha llegado el día! Una semana esperando para que la bruja esa me concediera audiencia. Ni que fuera la reina de Inglaterra, la tía, que tenía la agenda llena, me dijo cuando la llamé. Y total, solo para provocar depresiones y suicidios, la muy malvada. ¡Carolina, cálmate! Que nadie te está obligando a ir, que si vas es porque tú quieres, bonita, así que empieza a poner el freno, o te quedas aquí en casa, y listo.

—¡Hola, guapa!

—Hola.

—Tú ya has estado aquí, ¿verdad?

—Sí, hace unos meses.

—¿Y qué tal, acerté?

—Sí, en todo.

—Pues me alegro mucho.

—Mire, yo...

—Ni se te ocurra hablarme de usted, que trae mala suerte.

—¿Desde cuándo hablar de usted trae mala suerte?

—Aquí en mi consulta sí, y además te hace más viejo, o vieja, en mi caso.
¡Y a la vejez, viruelas!

Joder, esta tía se pega más monólogos que yo.

—Te traigo cincuenta euros.

—¿Cómo dices?

—Pues eso, que te voy a pagar cincuenta euros para que me adivines el futuro.

—Tú págame lo que puedas o lo que quieras, preciosa, que yo solo cobro la voluntad.

—Es que la otra vez solo te di veinte, y...

—¿Y? ¿No me has dicho antes que te lo había adivinado todo?

—Sí, sí, pero no me entiendes.

—Pues la verdad es que no.

—A ver, te lo voy a decir bien clarito: que los cincuenta euros son a cambio de un buen pronóstico de futuro.

—Uy, mira, mi vida, mejor iros tú y tus cincuenta euros a casita, y te los gastas en otra cosa.

—Bueno, tampoco pretendía ofenderte.

—¿Pero tú crees que se pueden chantajear las cartas? No, cariño, las cartas no funcionan así, y yo tampoco.

—Perdón, es que...

—No pasa nada, pero prefiero que te marches.

—No, no, por favor. Lo siento, es que no sé ni lo que digo, me salen las palabras solas, las neuronas van por un lado, y mis cuerdas vocales por otro, que...

—Vale, vale, tranquila, que yo te leo el futuro; pero, eso sí, para que veas que esto va en serio, no quiero tu dinero, no quiero nada, solo que escojas tus cartas como la otra vez, y luego te vas.

—No, no, ni hablar. Yo te pago.

—Entonces vete, hay muchas pitonisas por ahí, y muy buenas, por cierto.

—A ver, que ya no sé cómo pedirte disculpas, joder.

—¡Qué mal hablada!

—Pues sí, ya me lo dice mi madre.

—O te echo las cartas gratis, o te vas. Decide.

—Está bien, me quedo,

—Pues ahora, calladita, y solo haz lo que yo te diga.

¡Empieza la acción! Carolina, ya no hay vuelta atrás. Y ahora, por lista,

verás tú la que te va a caer, porque si con veinte euros mandó tu vida a la mierda, ahora imagínate con cero euros, que ya veo yo que de aquí me voy derechita a la vía del tren. Pero eso es lo que me pasa por hablar siempre antes de la cuenta. Bueno, antes y después, que eso de que en boca cerrada no entran moscas, yo no sé ni lo que es.

Se pone a mezclar la baraja. Son unas cartas grandes como su mano y de muchos colorines, las mismas que la otra vez. Veo que empieza a ponerlas todas sobre la mesa y, cuando ya están todas en orden, me dice que le dé la vuelta a cuatro de ellas, las que yo quiera. ¡Carolina, por Dios, que está tu futuro en juego! Me las quedo mirando un rato, porque no sé si quedarme, o salir corriendo. Y, sin darme apenas cuenta, mi mano ya se va acercando a la baraja. Le doy la vuelta a cuatro cartas y cierro los ojos. ¡No quiero mirar!

—Cielo, si quieres, todavía estás a tiempo de irte...

—No, no, quiero ver qué dicen.

—¿Estás segura?

—Sí. Quiero decir que no, pero que me quedo.

—Vale, pues vamos a ello.

Coge las cuatro cartas y las pone en la misma línea, y veo cómo retira todas las otras mientras voy pensando... «No te las lleves, no te las lleves, que seguro que esas son las buenas». Pero ya es demasiado tarde...

—Mira, esta carta que has escogido primero, es la carta del amor. Y veo mucho amor en ti, amor en todas sus vertientes, sabes querer y dejas que te quieran tu familia, tus amigos, y... aquí hay un nombre que empieza por *C*. ¿Te dice algo esta letra?

—Lo dice todo.

—¿Es un chico?

—Sí, es la *C* de Cristian, mi novio.

—Vale, la carta dice que Cristian es una bellísima persona, por dentro y también por fuera. ¿Lo es?

—Es guapo a rabiar, se parece al Velencoso.

—¿Y por dentro?

—Por dentro no sé a quién se parece, pero es un ángel que se ha caído del cielo.

—Carolina, esta carta pocas veces sale, y no sé por qué. Bueno, sí que lo sé, es la fuerza de la mente quien escoge las cartas, el destino que tú, inconscientemente, te has marcado. No sé qué te dije la otra vez, no lo recuerdo, pero tú escogiste esas cartas y tú marcaste tu destino. Tal vez haya

habido cambios, pero sin ninguna duda tú querías esos cambios. Yo solo tengo una baraja y sé interpretar lo que dice, que no es más que lo que deseas, al menos la mayoría de las veces. Tu carta del amor, con su C incluida, es una de las mejores cartas de la baraja, porque vas a tener AMOR, en mayúsculas, para rato. Quizás tu amor dure toda la vida; aunque eso no lo sé, en las cartas el tiempo no existe, eso ya es cosa del ser humano.

—Ya..., pero es que en la carta no hay ninguna C. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Por qué te crees que estás aquí? Algún mérito debo de tener para que hayas venido.

—¿Pero qué eres, una especie de maga sin chistera?

—No, yo no sé hacer magia. Y, además, sabes muy bien que en la magia no hay nada de verdad.

—Bueno, no sé, yo he visto algunos trucos que ponen la piel de gallina.

—Sí, y yo también, y admiro a esos genios del engaño que nos hacen ver lo que no es, oír lo que no se oye, y palpar lo que no existe. Y probablemente, si yo no tuviera este don, me hubiese dedicado a la magia, porque la magia te transporta al mundo de la fantasía y te hace creer en lo imposible. ¿Y no es eso lo que todos deseamos?

—¿Lo imposible?

—Sí. Por desgracia, el ser humano es así, inconformista por naturaleza; siempre quiere más, más dinero, más casas, más amigos, más amor... Y el «más» no es una buena palabra, te lo aseguro. Desear siempre cosas que tal vez nunca vayas a tener hace que no veas lo que ya tienes. Si todos nos dedicáramos, aunque solo fuera una vez al mes, a mirar todo lo que ya tenemos, todo lo que nos rodea, a nuestros seres queridos, nuestra casa, por pequeña que sea, los parques, los árboles, el sol, la brisa del viento, la lluvia, la luna por las noches, las terracitas de los bares...

—Uy, eso sí que es un privilegio. ¿A ti también te gustan?

—Sí, pero no tanto como a ti.

—¿Y cómo has sabido eso?

—Ya te he dicho que tengo un don.

—O sea, que puedes leerme la mente.

—No exactamente, pero puedo percibir cosas en ti. Pero venga, vamos a por otra carta, que tengo la tarde muy llena.

—Últimamente digo muchos diminutivos, y no sé por qué.

—Tal vez porque volviste a casa, y de alguna forma volviste a tu niñez.

—Yo no te he dicho que había vuelto a casa.

—¡Sigo! Esta otra carta que has elegido es la del trabajo. A ver, perdona, pero es que se me mezclan cosas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se te mezcla?

—Historia y harina.

—¡Coño!

—¿Te suena de algo esto?

—Sí, yo trabajo dando clases de Historia, y mi madre, en una panadería.

—Ah, vale, es que a mí me sale todo mezclado; es como si tu madre y tú estuvierais muy cerca una de la otra.

—Cerca no, cerquísima, que vivimos juntas.

—Ahora lo entiendo. Pero de todas formas, esta carta te la voy a interpretar mezclada. Veo mucho trabajo, pero también muchas decepciones y mucho cansancio.

—Esa es mi madre, la de la harina. ¿Y yo? Mi trabajo, quiero decir.

—Ya te he dicho que me sale todo mezclado, cielo. Intento quitar en mi mente la harina de encima de un libro, que supongo que será de historia, pero nada, que cuanto más quito, más se llena. ¿Sabes qué pienso? Que ahora mismo tu madre te necesita mucho, la veo un poco flojita, y yo creo que es por eso que no deja de tirar harina sobre tu libro. Es una llamada de atención.

—Sí, es que tenemos una relación un poco especial; pero, y que esto se quede en estas cuatro paredes, ella es la persona más importante de mi vida y a la que más quiero.

—¿Seguimos? ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien.

—Mira, esta tercera carta habla de tu pasado. No sé, si quieres te cuento algo, que veo muchas cosillas por ahí, o mejor no removemos nada.

—Lo dejamos, pero dime solo una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una inicial, un nombre...

—¿Aún no confías en mí y en mi don?

—Sí, sí; pero es que...

—Javier.

—¡Joder, no me lo puedo creer! ¿Cómo has sabido ese nombre?

—Porque cuando te he dicho la palabra «pasado», tú lo has proyectado en tu mente, y yo lo he percibido.

—¡Estoy flipando! Bueno, la otra vez que vine también, pero como todo lo que me dijiste era malo...

—¿De verdad crees que era malo? ¿Tan mal te ha ido?

—No, en realidad, nada fue malo; aunque yo entonces pensara que sí.

—¿Sigo con el pasado, o lo dejamos aquí?

—Lo dejamos aquí.

—Muy bien. Tu última carta, y veo...

—¿Qué ves?

—A ver, esta carta no tiene por qué ser personal; es decir, que igual lo que dice no te afecta a ti.

—¿Qué dice? Que me estás asustando.

—Tranquila, que no es nada malo.

—Pero ¿qué es?

—Veo un embarazo.

¡Cálmate, Carolina! Tranquila. ¿Pero qué tranquila ni qué leches? ¡Joder! ¿Pero quién coño me ha mandado venir aquí? Con lo tranquilita que estaba yo. Que ha visto un embarazo, y me lo suelta así, como el que pronostica que mañana va a llover. Y esta tía no se equivoca, que la muy malvada me lo ha adivinado todo. ¡Pero si ha dicho hasta el nombre de Javier! Que es como el Mentalista, pero a la española. ¿Y ahora qué hago? Pues comprarte un predictor y salir de dudas, guapa. Aunque eso tampoco es garantía de nada, que encima me ha dicho que no tenía por qué ser una cosa inminente. ¡Inminente! Vaya palabrita, suena como a catástrofe natural, pero de esas que no dejan ni un árbol en pie. Tengo que tranquilizarme, que así no puedo llegar a casa, que con solo meter la llave en la cerradura, mamá ya sabe que me ocurre algo, que otras cosas no tendrá, pero a mí me huele a tres manzanas de distancia. Me voy al bar y me tomo una tila, a ver si me calmo un poquito.

—Buenas tardes. ¿Qué le pongo?

—A mí me hablas de tú, que todavía estoy en edad fértil.

—¿Qué te pongo, bonita?

—Lo de bonita te lo ahorras, que no me conoces de nada.

—Mira, ya veo que tienes un mal día, pero yo creo que un poquito si te conozco, que te pasas las horas aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo me llamo, entonces?

—Carolina. Ah y la chica aquella tan mona que también viene se llama Reme, y tu amigo gay, Fran.

—¿Pero tú qué eres, una espía del CNI, o camarera?

—Hija, es que con los follones que armáis, yo creo que toda Chueca se sabe vuestros nombres.

—Eso serán aquellos dos, que yo vengo muy educadita de casa.

—¿Vas a tomar algo, o no?

—¿Qué lleva la tila?

—¿Y yo qué sé que lleva la tila? Algún relajante, supongo.

—Estamos rodeados de drogas, y así nos va.

—¿Quieres que llame a tu madre que se baje? La he visto subir hace un ratito.

—¿He dicho CIA antes? Pues mejor KGB.

—Estás diciendo muchas chorradas, y no te entiendo ¿Te traigo una tila, o no?

—Mejor tráeme una cerveza.

—Sí, que te pega más.

—Y me la voy a beber de un trago, así que después me traes otra.

—Si quieres, te traigo el barril entero.

—No gracias, mejor de una en una, que calentitas no me gustan.

Llevo más de una hora aquí sentada y ya voy medio borracha, así que ahora mamá sí que se va a dar cuenta de que me ocurre algo. ¿Seré idiota? Es que me meto en el ojo del huracán yo solita, y tengo que subir sí o sí, porque Merceditas se estará meando, que igual ya se le ha meado a mi madre dentro de la palangana y ni se ha enterado, que es poner los pies en remojo y parece que se le encienda un botón que automáticamente le cierre los ojos. ¡Vamos, Carolina, que alguien dijo que el mundo era de los valientes!

—Hola, mamá.

—¿De dónde sales tú tan tarde? ¿No has dado clase hoy?

—Sí, solo he anulado la última porque tenía que hacer un recadito.

—¿Recadito? A ver, ven que te vea.

Joder, es como un perro de caza, me huele a cien metros de distancia.

—Vas borracha.

—¿Qué dices, mamá? Solo me he bebido un par de cervezas.

—Un par para empezar.

—Oye mamá, ¿tú tomas la píldora?

—¿La píldora? Pero si llevo años menopaúsica, ¿si no, de qué te crees que me vienen estos sofocos en pleno mes de noviembre?

—O sea, que no hay posibilidad de que estés embarazada.

—¿Se puede saber qué te has fumado? Estás muy rara, Carolina, estoy harta de decirte que las drogas son malas.

—Que no he fumado nada, joder.

—Mira, Carolina, me está subiendo la tensión.

—Voy a bajar a Merceditas.

—Pues date prisa, que te espero fuera, en el rellano.

—Sí, eso, que se entere toda la escalera.

—¿Enterarse de qué? Ya sabía yo que a ti te pasaba algo.

—Mamá, por favor, que no me pasa nada y lo que tengo es hambre.

—Pues voy preparando la cena, y cuando subas, me cuentas.

Yo a esta no le cuento nada, que no hay escapatoria, que me pone la correa de la perra y me lleva a la primera farmacia de guardia que encuentre. ¡Sin salida! Uy, eso me suena a un título de una peli, luego la busco en el Netflix, que igual me da alguna idea. A ver, Carolina, serénate, piensa con calma. ¿Cuándo te vino la regla por última vez? ¿La semana pasada? ¿La anterior? ¿Hace un mes? ¿O hace un poquito más y tienes un garbancito en el vientre? ¡Pero qué estoy diciendo! Además, es imposible que esté embarazada, que yo sí que me tomo la píldora. Bueno, algún día me he olvidado, pero un despiste lo tiene cualquiera, que si todas las que andan despistadas por ahí se quedaran embarazadas, los mil cuatrocientos millones de habitantes de China se quedaban en nada. Y que no sé cómo nos íbamos a meter en este país con tanto niño si estamos rodeados de agua, si es que no podemos ampliar por ninguna parte, y con lo patriotas y bordes que son los franceses, con su *liberté, legalité y fraternité*, cualquiera se acerca ahí. ¿Por qué me miras así, Merceditas? Si no te interesa el tema, como de costumbre, pues te haces la dormida, y listo.

PAPÁ

—HOLA, HIJA.

—Hola, papá.

—Luego me paso a recoger a tu madre.

—¿Otra cita? Esto va viento en popa.

—Bueno, ahí estamos, pero no te creas que me lo está poniendo fácil.

—Se estará haciendo la estrecha.

—Oye, que había pensado comprarle el último CD del italiano ese.

—Ese es más español que tú, papá.

—Ah, es que como solo canta canciones italianas...

—Porque le ha dado por ahí, y además las canta todas en castellano.

—Mejor, que tu madre el italiano, justito. Y que ahora no me sale el nombre del tío este.

—Sergio Dalma. Y es catalán.

—Uy, con el follón que tienen ahí armado, y al tío le da por cantar...

—Será por eso de que la música amansa a las fieras.

—¿Entonces qué? ¿Te parece bien el regalo, o mejor unos bombones?

—Las dos cosas.

—¿Tú crees? ¿No será demasiado?

—Nada es demasiado en el amor.

—Vale, hija, que ya te dije que yo te hago caso en todo.

Era papá, Merceditas. Bueno, o mejor dicho, un hombre que se parece muchísimo a papá. La voz la tiene igualita, pero por lo demás, parece otro. ¿Sabes qué ocurre en el amor? Que no nos damos cuenta de lo que queremos al otro hasta que lo perdemos. ¿Por qué? Pues por lo de siempre, hija, por la maldita rutina, que se lo carga todo, porque, de repente y sin previo aviso, nos hemos acomodado, y ahí es cuando empezamos a descuidar el amor, porque nos creemos muy seguros de nosotros mismos, y vamos dejando pasar días, meses y luego años, encapsulados en una relación que dejamos vagar a sus anchas, descuidando pequeños detalles, besos de despedida que se pierden por las escaleras, manos que ya no buscan otras manos, miradas que ya no son eternas, palabras olvidadas, cuerpos demasiado acompasados, y te quieres que se alejan y se pierden por calles, plazas y barrios. Y de repente, un día, llega un viento frío, seco y huracanado para llevarse ese amor del principio.

Ese... «no puedo vivir sin ti». Ese... «sin ti me muero». ¿Te has dormido, bonita? Claro, que a ti este tema no te va, que a ti te va más lo de mejor sola que mal acompañada. Pues muy bien, Merceditas, pero que no se te vaya a cruzar un perrito algún día por la calle y te vayas a enamorar, ya sabes, eso del flechazo, porque luego los consejitos te los vas a buscar a otra parte. De todas formas, ya que estoy puesta en el tema, solo te voy a dar un último consejo: cuando tengas un amor, cierra puertas y ventanas, balcones y terrazas, tapa todas las grietas, taponar todos los grifos, sella la chimenea, mantén juntas las baldosas, y cose todos los descosidos para que la rutina no entre en tu casa, porque ella es la principal enemiga del amor, la que destruye las llamaradas, la que apaga los fuegos y moja las brasas. Merceditas, no dejes nunca en el amor que la rutina entre en tu casa.

—Hola, Cristian.

—Hola preciosa. ¿Qué haces?

—Encender la chimenea.

—Pero si tú no tienes chimenea.

—Es una forma de hablar.

—Cielo, cuando empiezas así, no te entiendo.

—Da igual, Merceditas sí.

—Ah, bueno, entonces tema resuelto. Te espero esta noche.

—Te llevaré una cosita.

—La única cosita que quiero es a ti.

—Oye, Cristian...

—Dime, cariño.

—Bueno, nada...

—Carolina, estás muy rara.

—Es que estaba pensando...

—¿En qué?

—En nosotros.

—¿Y?

—Nada, que ya es invierno.

—Carolina, no entiendo nada.

—Que cierres la casa.

—Está todo cerrado, que hace un frío que pela.

—Pues no abras.

—La puerta la tendré que abrir un momento, que está a punto de llegar Pedro.

—Pues que entre rápido.

—Carolina, ¿estás bien?

—Sí, sí perdona, que me he puesto un poco ñona.

—¡El timbre! Luego te veo, preciosa.

—Abre rápido, que no entre el viento.

—¿Pero qué viento va a haber en el rellano de la escalera?

—El viento de la rutina.

—Ya veo que te has pasado la tarde fumando con Reme y Fran.

—¿Pero qué dices? Estoy dando clases.

—Luego hablamos, que ya está Pedro aquí.

—¡Cristian!

—Dime, cielo.

—Te quiero.

—Yo a ti más.

Merceditas, no dejes nunca en el amor que la rutina entre en tu casa...

—¡Mamá! Que llevas una hora metida en el baño, y me estoy haciendo pis.

—Ya salgo, ya salgo. Dime, ¿cómo me ves?

—¿Y tú quién eres? ¿Dónde está mi madre?

—¡Ay, Dios! Me he pasado, ¿verdad? Demasiado maquillaje, y este escote...

—Estás preciosa, mamá.

—¿De verdad, hija?

—Eres la Sofía Loren, pero a la española.

—A ver si me van a salir los colores. Aunque con tanto maquillaje, ni te vas a enterar.

—Hoy triunfas, mamá.

—Hija, que voy a cenar con tu padre y ya nos tenemos muy vistos.

—De eso nada, que ahora andáis de novios.

—Eso de novios... Pero si lo sabemos todo el uno del otro.

—Pues improvisa algo.

—¿Algo como qué, hija?

—Mamá, en el amor siempre hay que improvisar para que la llama no se apague.

—Carolina, que ese señor es tu padre, y llevo casi media vida con él.

—No, llevabas media vida con el otro, con este no.

—Hija, que la gente no cambia, que esto de tu padre es temporal, que a la que vuelva a casa, volvemos a la rutina.

—Mamá, no vuelvas a repetir esta palabra.
—¿Por qué? Si es una palabra muy común.
—Esa palabra lo destruye todo.
—Carolina, no empieces con tus tonterías.
—Muy bien, como quieras, pero no digas que no te avisé. Además, la gente sí cambia, y la prueba eres tú, mamá.
—¿Yo?
—Te has plantado, mamá. Has dicho basta, estás trabajando después de no sé cuántos años, y te has ido de casa. ¿Y dices que la gente no cambia?
—Ya no podía más. Lo que yo tenía no era vida.
—Pues por eso mismo. Tú has cambiado, ¿por qué crees que papá no va a hacerlo también?
—Quizás tienes razón.
—La tengo, mamá. Hazme caso, papá es otro.
—Vale, de acuerdo, te haré caso. Y ahora voy a darme el último retoque, que está a punto de llegar.
—Mamá, una cosita...
—Dime cariño.
—¿Tú y papá ya habéis...? Ya sabes...
—¿Que si hemos qué?
—A ver cómo te lo suelto para que no me digas que soy una ordinaria.
—Carolina, que no te voy a contar a ti mi vida íntima. Y, para que lo sepas, tu padre y yo somos novios a la antigua.
—¿A la antigua? O sea, que no habéis follado.
—¡Carolina!
—Vale, vale, me callo.
—¡Uy, el timbre! Abre, hija, mientras yo termino.
¿Has visto, Merceditas, qué guapa esta mamá? ¿A que tampoco la has reconocido? Pero si es que está hecha un bombonazo la tía. Verás papá cuando la vea.
—Hola, papá.
—Hola, hija. ¿Y tu madre?
—En el baño, pero ya sale.
—Aquí estoy.
—¡Joder!
—¿A que está guapa?
—Está como el AVE a trescientos kilómetros por hora.

- Tú, papá, de piropos, justito, ¿verdad?
- Pues a mí me ha gustado el piropo de tu padre.
- Ah, entonces me callo.
- ¿Y eso que llevas ahí?
- Es para la mujer más hermosa de todo Chueca.
- Uy, ¿esa no seré yo?
- Yo no veo a ninguna más.

¡Joder! ¿Pero que no ven que estoy yo aquí? Bueno, verme sí que me ven, pero les importa cuatro pitos; ellos a lo suyo, piropo que va, piropo que viene, y a cual más cutre. ¡Que la ha comparado con el AVE! Y la otra se queda tan ancha. Venga, que le dé rápido los regalitos, que yo me largo a casa de Cristian, que no aguanto una escenita más.

- ¿Sergio Dalma y bombones!
- ¿Te ha gustado?
- Me ha encantado.
- A ver, un momentito, papis, más que nada porque yo me tengo que ir.
- Ay, hija, pues vete, ni que te estuviéramos sujetando con una cuerda.
- Sí, sí, ya me voy, pero me llevo los bombones.
- De eso ni hablar, bonita, que me los ha regalado tu padre a mí.
- Sí, mamá, pero que no te convienen.
- ¿Pero qué dices, Carolina? Tu madre está como un tren.
- A ver, ¿en qué quedamos, como un tren de cercanías, o como el AVE?
- Déjala, que hoy la niña está muy rara.
- Mamá, porfa, que le he dicho a Cristian que le iba a llevar una cosita.
- Pues llévale una manzana, en la cocina hay un montón.
- Gracias, mamá. Me largo.
- Carolina, espera...
- ¿Qué quieres?
- Toma, los bombones.
- Ahora no los quiero.
- Venga, cariño, no seas tonta. Además tienes razón, que no me convienen.
- Vale, pues me los llevo, pero solo para hacerte un favor.
- Claro, bonita.
- Adiós, papá.
- Adiós, hija.
- Adiós, mamá.
- Adiós, cariño.

JESSICA

—HOLA, JESSI.

—Hola, Carolina.

—¿Puedes hablar, o estás en la uni?

—Sí, pero puedo.

—Oye, ¿cómo ves a papá y mamá?

—De novios.

—Eso ya lo sé, pero es que apenas me cuentan nada, y eso que soy la celestina de papá.

—Estuvieron aquí en casa la otra noche.

—¡No me jodas! ¿Y se acostaron?

—No lo sé, porque yo ya me iba cuando llegaron.

—¿Pero no dejaron ninguna pista por ahí?

—Lo que dejaron fue la botella de ginebra vacía y las copas para lavar.

—Buena señal.

—¿Cuándo piensa volver mamá? Porque yo ya estoy harta de tanto marujeo.

—¿Papá no te ayuda?

—Sí, sí, en cuanto llega de trabajar coge la escoba, que parece otro.

—Es otro.

—No sé, Carolina. Yo creo que esto es temporal, que ya lo conocemos.

—Jessi, a papá lo que le faltaba era un buen meneo, jamás se hubiera imaginado que mamá se largara, y ahora ya le ha visto la cola al gato.

—Yo no estoy tan segura. Las personas no cambian, Carolina.

—Y dale con el que no cambian.

—Es verdad.

—No, no lo es. ¿O tú no has oído nunca eso de «querer es poder»?

—Yo lo que quiero es que mamá vuelva y todo sea como antes.

—¡Joder, Jessi! Como antes no, mamá no era feliz encerrada todo el día en casa. Mírala ahora, va a su trabajo, sale con las amigas y tiene novio.

—¡Qué novio ni que leches, si es papá!

—Pues si los vieras juntos... Parecen dos adolescentes, aunque cutres y a la antigua, eso sí.

—No sé yo si va a salir bien este experimento tuyo.

—Ya está saliendo bien.

—Dios te oiga.
—Uy, entonces vamos apañados.
—Es una forma de hablar.
—Por cierto, Jessi, una preguntita, ¿tú has follado últimamente?
—¡Qué bruta eres! ¿Y eso a qué viene ahora?
—Tú responde.
—Pues sí, claro, que para monja no voy.
—¿Y sabes quién es el padre?
—¿Qué padre? ¿De qué hablas? ¿Se puede saber qué te has fumado?
—¡Joder, qué manía con el fumar!
—¿Estás insinuando que estoy embarazada?
—¿No lo estás?
—No, bonita, no lo estoy. Es más, hoy mismo me ha bajado la regla.
—¿Estás segura de que es la regla? Que no sea un aborto espontáneo, digo.
—Voy a colgar, Carolina.
—Espera, espera, solo una cosita más. ¿Te tomas la píldora?
—Cada día, como si fuera agua bendita.
—Ah, vale, entonces tú no eres.
—¿El qué no soy?
—Que no estás embarazada, quiero decir.
—Yo no sé cómo mamá te aguanta.
—Será que yo la aguanto a ella, que vive en mi casa, por si no lo recuerdas.
—No te quejes, Carolina, que ya sé que cocina, limpia y lo hace todo, y que tú, con la excusa de las clases, no pegas ni golpe.
—O sea, que le doy asilo, y se dedica a criticarme.
—De criticarte nada, que encima dice que lo hace muy a gustito y que tú eres un sol.
—Porque sea un tiempecito la favorita de mamá tampoco pasa nada.
—Tú siempre has sido la favorita de mamá.
—Eso no te lo crees ni tú, bonita.
—Da igual, que parecemos crías.
—Esta noche hará tortilla de patatas. ¿Te vienes?
—Sin ninguna duda, que aquí comemos fatal. ¿Le digo a papá que vaya?
—Sí, claro.
—Pues avisa a mamá.
—Ni hablar, que es capaz de decir que no.
—Se va a cabrear.

—Qué va, ¿no ves que anda enamorada?

—Te montas unas películas tú solita, que no veas.

—Sí, pero todas con final feliz.

—Tú verás, pero puedes salir salpicada de ahí.

—Mientras no sea del esperma de papá...

—¡Qué asco, Carolina! ¿Cómo puedes ser tan ordinaria? Que parece que te hayas criado en un descampado.

—Jessi, hablas como mamá, y no sé yo si eso es muy bueno.

—Al menos no digo una gilipollez tras otra.

—¡Qué poco sentido del humor tenéis los tres! ¡Demasiados años viviendo juntos!

—Más estuviste tú, bonita, que te recuerdo que te largaste a los treinta, y total para volver con treinta y tres, soltera y sin un euro.

—Eso fue por culpa de esa bruja, pero ya está solucionado.

—¿Solucionado el qué? Porque has provocado que papá y mamá se separaran.

—Eso ya lo estoy arreglando.

—Pues a ver si es verdad, y la tortilla, la próxima vez te la vienes a comer aquí.

—En eso estoy, que sobre el amor y el desamor sé mucho.

—¿Tú qué coño vas a saber?

—Oye, si te vas a poner en plan borde, lo dejamos aquí, bonita.

—Pues sí, que entro en clase.

—Hasta esta noche.

—*Ídem.*

CAROLINA

—MAMÁ, HE PASADO por la carnicería y he comprado unos chuletones para la cena.

—¡Ni hablar! ¿Desde cuándo comemos carne para cenar?

—Un día es un día.

—Ni un día ni leches, con la tortilla y una ensaladita vamos las tres más que apañadas.

¡Carolina, se va a liar! Puede que no haya sido tan buena idea invitar a papá. Mejor llamo a Jessi y que le diga que no venga, que mamá desde que ha llegado está de mal humor, y además se ha puesto ese batín tan horroroso que se pone para cocinar, y lleva un moño que es para echar a correr, que hoy más que a la Sofia Loren se parece a Lina Morgan. Sí, Merceditas, ya sé que papá está harto de verla así, pero como cada vez que tienen una cita la tía se viste como si fuera a la ópera... O llamo a Jessi, o le digo a mamá que tenemos invitado, y esto último me da más miedo que los libros de Stephen King.

—¡Jessi!

—¿Qué pasa ahora?

—Que le digas a papá que hoy no venga, mejor otro día.

—¿Pero qué dices? Lleva una hora metido en el baño arreglándose.

—Hay que abortar la operación.

—Muchas pelis de Bruce Willis te has tragado tú.

—Jessi, que va en serio, mamá hoy no está para recibir a nadie.

—¡Pero si es su marido, coño!

—No, ahora es su novio, y no va a querer que la vea sin arreglar.

—Pues la ha visto así un millón de veces.

—Jessi, que la liamos.

—Lo siento, Carolina, pero papá se viene, y además le ha comprado un ramo de rosas rojas que se habrá dejado medio sueldo el hombre.

—Si lo sé, no te llamo, bonita.

—Nos vemos en un ratito.

¡Merceditas, di algo! Es que no ayudas en nada, hija, que todos los marrones me los tengo que tragar yo solita. Como mínimo quédate presente mientras hablo con mamá, no sea que le dé por tirarme un plato a la cabeza, y al menos que haya una testigo.

—Mamá.
—Carolina, que se me va a quemar la tortilla.
—Pues sácala un momentito del fuego, que tengo que decirte algo.
—¿Decirme qué?
—Papá viene a cenar.
—¿Cómo? Estarás de broma, ¿no?
—Es que se ha enterado de que hacías tortilla y que venía Jessi, y se ha apuntado.
—Pues ahora mismo lo llamas y lo desapuntas. ¿No ves cómo voy?
—Tienes tiempo de sobra para arreglarte.
—No voy a arreglarme, estoy en mi casa y no me apetece.
—Bueno, eso de tu casa... provisional, querrás decir, ¿verdad?
—¿Ya te has hartado de tu madre? Pues tranquila, que mi dignidad y yo nos vamos a una pensión.
—Mamá, no digas chorradas.
—Ya llamo yo a tu padre.
—No, mamá, que no veas el disgusto que se va a llevar, que te ha comprado hasta flores.
—¿Flores? ¿Qué flores?
—Rosas rojas, me ha dicho Jessi.
—Ay, este hombre sabe cómo camelarme.
—Venga, vete a arreglarte, que yo termino la tortilla.
—Tú los fogones ni tocarlos.
—Pues antes de que te vinieses, ya los había tocado un poquito.
—¿Y no saltó ningún día la alarma antiincendios?
—Mamá, me tienes por una inútil, y no lo soy, yo también se cocinar, joder.
—¿Ah, sí? Pues habrás aprendido en la calle, que tú en mi cocina solo entrabas a por cervezas.
—Pues para que te enteres, sé hervir pasta y arroz. Bueno, el arroz de ese que no se pasa, y la plancha también la sé manejar.
—Me gustaría verlo.
—Mamá, que no hace falta haber estudiado aeronáutica espacial para hacer pavo a la plancha.
—¡Ay, hija, que así no encuentras marido!
—Mamá, no empieces con el temita de los huevos.
—¡Eso!, ¡huevos! Apúntalos en la lista de la compra, que los he terminado.
—¿Entonces qué vas a hacer?

—Terminar la tortilla, y luego lo que se pueda en media horita que me va a quedar.

—Te van a sobrar veinte minutos.

—No me seas pelotera, que eso a ti no te pega.

¡Menos mal! Porque yo ahora no sabía cómo iba a salir de este embrollo; pero ha sido nombrarle las flores y ya le ha cambiado la cara. La verdad es que papá se lo está currando un montón, aunque a ella le guste hacerse la estrecha, que esto también debe de formar parte del juegucito ese que se llevan, digo yo. A ver, Merceditas, no pongas esa cara, que esto no va a durar eternamente, pero tampoco le podemos poner presión a mamá, hay que dejarla a su ritmo. Y además, piensa que cuando se vaya, la vamos a echar de menos, al menos yo seguro, que Jessi tiene razón, desde que está mamá aquí, tú y yo no pegamos golpe. Bueno, más bien yo, porque tú, bonita, te pasas las horas durmiendo o escuchando las conversaciones. ¿Y total para que, si tampoco me ayudas en nada?, que parece que te dé todo igual, hija.

—Mamá, pongo la mesa.

—No, la mesa la pongo yo, que esto no es un pícnic.

—Joder, que me tienes por una inútil. Tú termina de arreglarte y no te preocupes, que hasta velitas voy a poner.

—Vale, de acuerdo, pero ya las enciendo yo luego, no vaya a ser que quemes algo.

—Mamá, o empiezas a tratarme como a una adulta, o vamos a terminar mal.

—No es eso, hija, es que esas velitas son muy monas, pero encendidas duran dos minutos.

—Iba a poner las grandes también.

—¡A ver si va a parecer esto un velatorio!

—¡Qué poco romántica eres! Pues que sepas que antes de que llegaras, con Cristian llenábamos todo el piso de velitas, que no hay nada como...

—Vale, vale, a ver qué me vas a contar.

—¡Qué poco te gusta el porno!

—¡Carolina!

—Que es broma, mamá.

—De broma nada, que te conozco y si no te paro, me haces una descripción detallada de cómo se hacen los niños.

—No me hables de niños, que me pongo de mala leche.

—¿Y eso? Pero si a ti te encantan los niños.

—Sí, pero los de los demás.

—De eso hablábamos, ¿no?

—Sí. Más o menos.

—Carolina, llevas unos días muy rara. ¿Te ocurre algo? Ya sabes que a mí me lo puedes contar todo.

—Todo no, que si te hablo de sexo, me llamas ordinaria.

—Hija, es que soy tu madre, y no sé, me da como apuro, prefiero que hables con tus amigos de eso.

—De sexo.

—Sí, ya te he dicho «de eso».

—Es que no quieres ni nombrar la palabra, y luego te pasas el día diciendo lo moderna que eres.

—A mí a moderna no me gana nadie, que ya sabes que soy progais, prolesbianas, y pro que todo el mundo haga lo que le salga del mismo.

—Ya, pero de espermatozoides y óvulos, para decirlo finamente, no quieres hablar.

—¡Ay, hija, qué pesadita estás con el tema!

—Es que parece que a Jessi y a mí nos hayas sacado de un *container*.

—Vamos a dejarlo, Carolina, que están a punto de llegar.

—Como quieras, pero esta noche tengo que deciros algo.

—¿Decirnos qué?

—Luego.

—Carolina, que me está empezando a subir la tensión, que me lo noto.

—Mamá, cálmate, que no es nada importante.

—Pues de la manera que lo has dicho, a mí ya se me ha activado el nivel cinco.

—¡Y dale con los niveles! Déjate de ver tanta tele, que luego hablas como ellos.

—No, si no es de la tele, esto me lo soltó un día Pedro, tu alumno. Muy majo, por cierto.

—Yo no hubiera usado este adjetivo precisamente para describir a Pedro.

—Pues es un niño muy educado, que lo suyo pasó con el divorcio de sus padres, que todo el día andaba el pobre crío con el nivel cinco activado.

—¿Pero cuándo has hablado tú con Pedro?

—Cada día, cuando viene a por el pan, que vive al ladito de la panadería.

—¡Joder, con el niño! ¿Y te cuenta su vida?

—Sí, pero por capítulos, que siempre entra alguien y nos interrumpe, pero como viene muy a menudo, pues me va contando.

—Estoy flipando.

—Pues deja de flipar, que ha sonado el interfono, y esos son tu hermana y tu padre.

¡Vaya nohecita nos espera, Merceditas! La familia al completo, y yo con esta angustia que hasta que no les cuente, no se me quita. Y que no sé yo qué narices les voy a contar, si ni siquiera sé si estoy embarazada, que cada vez que paso por delante de una farmacia, me entra un no sé qué, que soy incapaz de entrar ni a por ibuprofeno.

—Hola, papá. Hola, Jessi.

—Hola, hija. ¿Y el bellezón de tu madre por dónde anda?

—¡Qué empalagoso eres, de verdad!

—Uy, ya veo que no estás de humor.

—Que sí, tranquilo, lo que pasa es que este piso es muy pequeño para los cuatro.

—Pues vámonos a un restaurante, que invito yo.

—Sí, hombre, ahora que mamá se ha pasado una hora haciendo la tortilla.

—Pues hala, no se hable más, dile a mamá que estamos aquí.

—Yo creo que con las medidas que tiene este piso, mamá ya se ha enterado de que estáis aquí.

—Hola, cariño. ¡Mi niña pequeña, cómo te echo de menos!

—Pues no lo parece, la verdad.

—Jessi, no le hables así a tu madre, vamos a tener la fiesta en paz.

—No, si tiene razón la niña, que la tengo abandonada.

—¡Pero qué abandonada ni qué leches, que tiene veinticinco años, mamá!

—Tú te callas, bonita, que bien que la tienes aquí y no la sueltas.

—Vale, vale, niñas, nada de peleas. ¡Venga, todos a la mesa!

Ya vamos por el postre, y yo muda, que no me salen las palabras ni para una conversación normal. Y que mamá ya me ha tocado dos veces la frente por si tengo fiebre, y fiebre no sé si tengo, pero una borrachera seguro, que de las dos botellas de vino que hemos abierto para la cena, una me la he zampado yo solita.

—Esta niña está incubando algo.

—¡Que no, mamá, y deja ya de tocarme la frente!

—Es que no es normal que tú estés tan calladita.

—Pues será que no tengo nada que decir.

—A ti te pasa algo, que las madres tenemos un sexto sentido.

—Vale, de acuerdo.

—¿De acuerdo qué?
—Estoy embarazada.
—¿Qué has dicho, hija?, ¿que estás empadronada?
—¡Ha dicho embarazada, mamá!
—Jessi, cariño, tráeme la pastilla de la tensión. Y otra para tu padre.
—A mí no me traigas nada, que yo la tensión la tengo perfecta, y el oído también.
—A ver, vamos a tranquilizarnos. Jessi, hija, ve a por otra botella de vino.
—¿Mamá, en qué quedamos?, ¿quieres la pastilla, o quieres vino?
—Vino, hija, vino.
—¡Joder, ni que os hubiese dicho que me voy a hacer un viaje interestelar!
—Carolina, no empieces con palabras raras, que esto es serio.
—Estoy embarazada, la cosa más normal del mundo, y punto.
—El punto ya lo pondré yo cuando terminemos esta conversación.
—Sí, que tú de puntos sabes mucho.
—¿Se puede saber de qué puntos habláis?
—Nada, papá, cosas nuestras.
—Lo que no entiendo, hermanita, es por qué me has preguntado antes si yo tomaba la píldora, si la que está embarazada eres tú.
—¿Tú tomas la píldora?
—Mamá, no te metas en mi vida privada.
—Acércame el vino, necesito otra copa.
—Mamá, que bebiendo no se soluciona nada.
—Pues que alguien me encienda un cigarrillo.
—¡Pero si tú no fumas!
—Pues hoy sí voy a fumar, que aquí estáis los tres que parecéis chimeneas.
—Mamá, yo si quieres te lío un canuto, que te va a sentar mejor.
—Carolina, que no estoy para tonterías. Y deja ya de fumar si estás embarazada.
—¡Lo que me faltaba! Además, el humo va a los pulmones, que el garbancito ni lo ha olido.
—¿El qué has dicho?
—Mamá, tienes una facilidad para no oír lo que no te interesa, que seguro que en alguna universidad te harían un estudio de esos gratis.
—¿Vas a decirle algo a tu hija, o es que también andas sordo?
—Cariño, Carolina tiene treinta y tres años, yo creo que ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones.

—Bueno, papá, decisión, decisión, tampoco ha sido...

—¿Lo ves? La niña se ha quedado embarazada de penalti.

—Mamá, que eso es muy antiguo.

—Será que no tengo razón. ¿Y el padre quién es?

—Pues Cristian, ¿quién va a ser?, ¿o te crees que me estoy tirando a todo el barrio?

—¿Y ya se lo has dicho?

—Todavía no.

—¿Y se puede saber a qué esperas?

—Quería hacerme la prueba de embarazo primero; o sea, que mañana vas y me compras una.

—¿No te la has hecho? ¿Y entonces cómo sabes que estás embarazada?

—Porque me lo dijo la bruja.

—Jessi, vuelve a llenarme la copa de vino.

—No, mamá, se acabó el vino por hoy. Y tú, bonita, empieza por el principio a contarnos qué es eso de la bruja. Y bien clarito para que mamá y papá te entiendan.

FRAN

—HOLA, CARIÑO.

—Hola Fran. Tranquilo, que solo pasan veinte minutitos de nada de la hora a la que hemos quedado.

—No me pegues la bronca, que no ando fino.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Me ha llamado Javi, que necesita tiempo para pensar...

—¿Para pensar en qué?

—En nuestra relación, me ha dicho.

—Ya te avisé de que ese nombre estaba maldito.

—¡Vete a la mierda, Carolina! Ya me espero a que Reme salga del trabajo y se lo cuento a ella, que no sé ni por qué he venido.

—Vale, vale, no te cabrees, que ya no se puede bromear.

—¿Por qué ninguna relación me sale bien?

—Hay un tópico por ahí que dice que los gais sois muy promiscuos.

—Me largo, cariño.

—Espera, espera, que ya no digo más tonterías.

—Es que no sé por qué no logro tener una relación convencional.

—Fran, ¿de verdad crees que hay algo de convencional en el amor? Aquí lo que pasa es que nos han comido el coco de bien pequeñitos con eso del amor romántico que sale en todas las pelis y libros.

—¿Y no es así el amor?

—Raras veces es así, con ese «no puedo vivir sin ti», con ese «sin ti me muero».

—Pues yo quiero eso.

—Fran, el amor simplemente escapa de nuestro control y es básicamente una reacción química producida por el cerebro. ¡Nada de cupidos y nada de flechas!

—Yo quiero morir de amor...

—Pues lo más facilito es que te mueras de un cáncer de pulmón o por el hígado destrozado.

—¡Qué bruta eres!

—No, soy realista. ¿Quieres saber cómo funciona esto del amor?

—Miedo me das.

—El amor tan solo es una reacción química producida por unos neurotransmisores neuronales que emiten sustancias como la dopamina, la oxitocina, o la adrenalina, y todo se desarrolla en el cerebro, nunca, jamás de los jamases, en el corazón, que ese está para otras cosas.

—¿Y entonces qué es el amor?

—El amor es ciencia pura y dura, reacciones químicas, nada más.

—¿Y las mariposas en el estómago?

—Si tuvieras una mariposa revoloteando por el estómago, ya estarías en una sala de urgencias.

—A ver, que tampoco estoy yo para tirarme al metro, que total llevábamos diecinueve días.

—Y quinientas noches.

—Si sigues así, me voy.

—Es que me lo has puesto a huevo.

—No sé, Carolina, hablas del amor muy fríamente, como si tú no sintieras nada.

—Te equivocas, yo quiero a Cristian; pero también sé que el amor simplemente escapa de nuestro control, el amor es efímero.

—¿Entonces ya tienes claro que terminará?

—No lo sé, nadie lo sabe. Pero si termina, hay que dejarlo marchar tranquilamente, abrirle la puerta y luego no cerrarla de un portazo; al contrario, tal vez, deberíamos dejarla ajustada...

—¡Pues con el frío que pega...!

—Fran, bonito, es solo una metáfora.

—Entonces eso de que el corazón palpita más rápido...

—Todo producido por las sustancias que emite nuestro cerebro.

—Carolina, que no como, que no duermo...

—Tranquilo, que está comprobado científicamente que más de tres días así no aguanta nadie por muy enamorado que esté.

—Es que voy como pollo sin cabeza.

—Fran, por favor, que no llevabais ni un mes.

—Por eso mismo, estábamos en lo mejor de la relación.

—En lo mejor estarías tú, bonito, porque él se ha largado y a saber si con otro.

—Pues tú ten cuidadito con Cristian, no vaya a ser que también se largue con otra.

—Fran, no puedes retener lo que no quiere ser retenido. Si Cristian decide

irse, que se vaya. Y si yo decido irme, también me iré. Y todo esto sin montar ningún pollo tipo Reme.

—Muy práctica tú.

—Sí claro. Pero he aprendido a base de hostias, y tú lo sabes muy bien. Tengo treinta y tres años, podría tener una relación estable desde hace tiempo, y hasta dos o tres niños. Y ya ves, aquí estoy, soltera.

—Soltera con novio, cariño.

—Sí, porque es mejor querer y perder que no haber querido nunca.

—¿Y yo qué hago ahora?

—Ventilar la casa.

—¡Coño, con el frío que pega!

—Un poco de aire frío no te irá mal.

—¿Y ya está?, ¿con eso se arregla todo?

—Es el primer paso, Fran. Ya sabemos cómo duele el desamor, que rompe y desgarrar, pero lo que no puedes hacer es quedarte ahí, anclado y esperando a que él se decida a volver, o tal vez a que no se decida a volver. Tú vales mucho, Fran, y si ese gilipollas no lo ve, es que está ciego.

—Creía que estábamos bien.

—En el amor no existen las creencias, eso déjalo para los católicos.

—Mi madre va a misa todos los domingos.

—Pues que le ponga una vela a san Antonio.

—¿Y por qué a ese?

—Por eso de «san Antonio, san Antonio, búscame un novio».

—¡Estás fatal!

—Estoy intentando desdramatizar, que ya tuve bastante con Reme.

—Reme ya está bien.

—No sé yo, que de esa no me fío.

—Dice que está enamorada de Guillermo.

—Malditos neurotransmisores neuronales.

—¡Mira que llegas a soltar burradas!...

—La tengo más que avisada: «No te vayas a enamorar de ninguno, tú a clavar clavos».

—Pues como ahora se pegue un batacazo con este, tú y yo tenemos que hacer las maletas para un año, que se le juntan dos lutos a la tía.

—¡Qué pesaditos estáis con lo del luto, de verdad!

—Pues yo estoy en ello.

—Tú mismo, bonito, que no sé para qué gasto saliva contigo.

—Es fácil hablar cuando no te han roto el corazón.

—¿Que a mí no me han roto el corazón? Y no hablo del gilipollas de Javier, hablo de los otros. Pues será que no me has aguantado lágrimas y lagrimones, que para llenar un pantano daban.

—Pues parece que ya no te acuerdas.

—Precisamente, Fran, es porque me acuerdo. Me acuerdo de cada lágrima, de su sabor salado, de esa pena infinita, de esas horas que no pasaban, del tiempo detenido, de mi querer salir corriendo a buscarlo, de mi no querer vivir sin su vivir, de las noches sin sueño, de mirar sin ver, de escuchar sin oír, de mis pulmones vacíos de aire, de mi corazón vacío de sangre, de noches sin luna y de días sin sol.

—Joder, Carolina, cuando te pones melancólica no te gana nadie.

—Tú estabas ahí, Fran.

—Sí, lo estaba.

—¿Y qué me decíais tú y Reme?

—Que tú eras la más bonita del mundo, y él solo era un gilipollas.

—Ventila la casa, Fran, porque tú eres el más bonito del mundo, y ese solo es un gilipollas.

—Carolina...

—Dime, cariño.

—No sé yo qué haría sin ti y sin Reme. Ya sé que andamos todo el día discutiendo y peleando, y que a veces os odio a las dos, pero mi vida no tiene sentido sin vosotras. Cuando todo se hunde, ahí estáis las dos, salvavidas en mano, o incluso sin él.

—Nos lanzaríamos a las aguas más revueltas para salvarte, a los mares más bravos, a los océanos más profundos.

—Lo sé.

—El amor es muy bonito, Fran, pero ¿sabes cuál es la diferencia entre el amor y la amistad? Que el amor entra en nuestra vida como un huracán de fuerza siete, arrasándolo todo a su paso, y no te deja pensar con claridad ni razonar. Te invade la mente, y todo, absolutamente todo, se reduce al amor; aunque, por suerte, está más que comprobado científicamente que el enamoramiento, el amor romántico de las pelis y los libros, dura de cuatro a seis meses, y luego es cuando en realidad el enamoramiento se convierte en amor, o cuando se termina, por parte de los dos, o por parte de uno. Y ahí es cuando empieza el drama, el amor que rompe y desgarrar. Tu amor, tu desamor y su olvido son demasiado grandes para caber en uno mismo.

—¿Estás segura de que no estudiaste Filosofía en vez de Historia? A saber en las clases que te metías, que a ti a despistada no te gana nadie.

—Pues todavía no he terminado, o sea que calladito. La amistad, a diferencia del amor, entra en tu vida como un airecito fresco y te va cautivando todos los sentidos, Y por eso este es otro querer, un querer pausado, un querer de «quiero verte», pero que si no te veo, no me muero, un querer tranquilo, un querer sin prisas, ni ambiciones, ni planes de futuro. ¿Y sabes qué es lo mejor de la amistad? Que al contrario del amor, rara vez se va, rara vez se termina, rara vez se olvida...

—En cuanto llegue a casa, abro puertas y ventanas.

—Y balcones y terrazas.

—De eso no tengo.

—Es una forma de hablar, bonito.

—En serio, Carolina, voy a ventilar la casa.

—Deja que un amor salga por la puerta para que otro amor entre por la ventana.

—¿Sin lutos?

—Eso es una gilipollada que alguien se ha inventado para tenernos ahí llorando por los rincones.

—Lágrimas de agua salada...

—La vida es demasiado corta, Fran, para ir montando dramas. Abre tu corazón y ama, y si te lo destrozan, lo vuelves a abrir y vuelves a amar, y así sucesivamente. Y algún día recordarás sin amargura todo el amor que diste y todo el amor que te dieron, aunque fuera breve y te causara dolor. No quiero volver a oír hablar de lutos, solo quiero que me cuentes a qué huele tu casa ventilada.

PEDRO

—CAROLINA, ¿PODEMOS VERNOS?

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—Luego te cuento.

—¿Qué pasa, Reme? Que te veo nerviosa. ¿Te ha llamado Víctor?

—No, no es eso.

—¿Pues qué es?

—Por teléfono no. ¿A qué hora terminas?

—A las nueve *o'clock*.

—Te estaré esperando en el bar.

—Vale, pero si quieres anulo la última clase.

—No, a las nueve está bien.

—Estás rara...

—Nos vemos luego.

¿Y a esta qué coño le pasa ahora? No me gusta nada esa urgencia en su voz.

—¿Hablas sola, profe?

—Sí, lo hago muy a menudo.

—¿Y no has pensado en ir al psicólogo?

—Media humanidad habla sola, Pedro, no creo que hubiera bastantes psicólogos para todos.

—Yo no hablo solo.

—Mejor, uno menos a la cola.

—¿Pero vas a ir, o no?

—Oye, bonito, vamos a seguir con lo nuestro.

—Profe, te quería comentar una cosa...

—Dime, ¿qué duda tienes?

—No es de clase, es otra cosa.

—Pedro, que se nos va la hora.

—Será un momentito, profe.

—A ver, suelta.

—Es sobre mi exnovia.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Bueno, pues que te hice caso. Total, que le fui a comprar unas flores y se las llevé al insti.

—Ah, pues muy bien. ¿Le gustaron?
—A ella sí, pero mis amigos...
—¿Qué pasa con tus amigos?
—Han dejado de hablarme, me dijeron que era un friki de mierda y un calzonazos.
—Entonces esos no son tus amigos.
—¡Claro que lo son! No tengo más.
—Pues búscate unos nuevos.
—¿Unos nuevos? ¿Cómo? ¿Voy dejando papelitos con mi teléfono por todo el barrio, como haces tú?
—Si te pones en plan borde, dejamos la conversación aquí.
—¡Joder, es que no me ayudas!
—Si fueran tus amigos de verdad, entenderían lo que has hecho por esa chica. Y es más, se alegrarían.
—Tú no los conoces.
—Una panda de gilipollas, eso es lo que son.
—Carolina, que me hacen *bullying*.
—Eso no es *bullying*, Pedro; lo único que pasa es que son unos machitos, y probablemente no se han enamorado nunca de nadie, que me conozco a esa clase de chicos, que pierden más tiempo hablando de quién la tiene más larga que mirando a las chavalas que tienen alrededor.
—Me han dicho no que quieren nenazas en el grupo.
—Me estoy empezando a poner nerviosa.
—No sé qué hacer, yo quiero volver con mi ex, pero no quiero perderlos a ellos.
—Pedro, tienes que aprender a soltar a quien no te quiere, y esos que dices que son tus amigos no te quieren nada.
—Bueno, hay uno, mi mejor amigo, que por el WhatsApp me ha dicho que no está de acuerdo con los otros, pero que si ven que se acerca a mí, le van a hacer *bullying* también.
—Pedro, ya te he dicho que eso no es *bullying*, que esta palabra es una cosa muy seria para ir soltándola así. Esos son cuatro gilipollas, y listo.
—Estoy desesperado, Carolina.
—Pues un poco sí, porque es la segunda vez que no me llamas profe.
—Te estoy hablando en serio.
—Perdona, Pedro, yo también te estoy hablando en serio.
—Pues de momento no me has ayudado en nada.

—¿De verdad lo crees? Tú ya hace días que no eres el mismo, has madurado, ya no hablas como un macho alfa, sino que hablas con respeto de las mujeres, y el detalle de las flores es un gesto muy bonito.

—También le pedí perdón por mi comportamiento.

—Eso está aún mejor. ¿Y te perdonó?

—Sí. Nos hemos estado viendo y hablando. No somos novios ni nada de eso, pero si la cosa sigue así, tal vez quiera volver a salir conmigo.

—Y entonces, ¿dónde está el problema?

—¡Joder, profe, que ya te lo he dicho!

—Y yo te he dicho que para tener amigos así, mejor no tener ninguno de momento. Pero sin agobiarte, porque con el Pedro que eres ahora, te van a salir amigos por todas partes. Y de los buenos, de los que se alegran de tus alegrías y de los que lloran tus penas.

—La verdad es que paso bastante de ellos, menos de Dani, mi amigo de verdad. Es que no nos hemos separado desde que íbamos a parvulitos. Y no lo puedo entender, él no es como los otros.

—Él solo tiene miedo de quedarse solo...

—Como yo.

—Pedro, uno más uno son dos. ¿Dónde ves tú aquí la soledad?

—No sé si querrá cambiarme por ellos...

—Deja que te demuestre si en realidad esa amistad vale la pena.

—¿Y si los elige a ellos?

—Entonces es que no valía la pena, o simplemente que tiene miedo, miedo al rechazo, miedo a la soledad, miedo a no sentirse protegido por los demás, miedo a que nadie dé la cara por él, miedo a dejarlos, miedo a perderte, miedo al miedo.

—Profe, que no te pillo.

—¿Cuánto son uno más uno?

—Dos.

—Pues díselo.

—¿Y qué le digo exactamente? Que esa suma no la va a entender.

—Dile que lo que importa no es la cantidad de amigos que uno tenga, sino la calidad. Yo solo tengo dos amigos, Pedro, un chico y una chica. ¿Y sabes una cosa? Esos dos se tirarían de un Boeing 777 en pleno vuelo por mí, y yo por ellos.

—¡Joder, pues sí que os queréis!

—A rabiar.

—Yo también quiero a Dani. Nunca se lo he dicho, porque los chicos no decimos estas cosas, pero yo también me tiraría de un Boeing 777 para salvarlo a él.

—Pues díselo, Pedro.

—¿Cómo le voy a decir esa cursilada? Que se va a pensar que me he vuelto loco.

—Pedro, bonito, eso solo era una forma de hablar, lo que importa es el contenido de la frase. Eso lo has entendido, ¿verdad?

—Sí, lo he entendido.

—Entonces habla con él. De momento hazlo solo por teléfono para no ponerlo en un compromiso delante de esos gilipollas. Dile lo importante que es vuestra amistad para ti, dile que no quieres perderlo, dile que se acuerde de todo lo que habéis vivido juntos, dile que nunca estará solo, dile que uno más uno son dos.

—¿Y lo del avión no se lo digo? La verdad es que ha molado un montón eso.

—Pues díselo también.

—¿Y si me mira con cara de «este se ha vuelto loco»?

—Las mayores locuras de la humanidad se han hecho por amor.

REME

—HOLA, CAROLINA.

—¿Qué ha pasado?

—Ay, hija, por Dios, di hola primero.

—Hola. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien? ¿Te ha llamado aquel gilipollas?

—No, tranquila, no es nada de eso.

—Mira, Reme, que te conozco y llevo toda la tarde nerviosa.

—Pues cálmate, bonita.

—¿Me lo vas a decir, o no?

—Estoy embarazada.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Y de quién es?

—Del Espíritu Santo seguro que no, que ya dejó embarazada a una, y mira cómo terminó la cosa.

—¿Cómo terminó?

—¡Coño, con el crío muerto!

—¿Pero de qué crío me hablas?

—Tú de catolicismo ni idea, ¿no?

—Sí, pero el trozo de que se lo cargaron ya me lo sé.

—Mira que eran brutos, ¿eh?

—Oye, Reme, ¿vamos a seguir diciendo chorradas, o me cuentas qué está pasando aquí?

—No, era solo para ganar tiempo.

—Pues que sepas que hoy no estoy para bromitas, así que retira lo que has dicho al principio.

—No es broma, Carolina, estoy embarazada.

—¡Maldita bruja! Es que no sé ni para qué coño fui si ya sabía yo que me la iba a liar otra vez.

—¿De qué hablas?

—¡De nada! ¿Y ahora cómo les decimos a los de la banda que se hagan todos las pruebas de paternidad?

—¡Pero qué dices! Llevo meses acostándome solo con Guillermo, ya te lo dije.

—Y yo te dije que esto iba a acabar mal.

—¿Mal?

—¡Coño, que te ha dejado preñada!

—Carolina, tranquilízate, que aquí nadie ha dejado preñado a nadie. Ha sido de mutuo acuerdo.

—¿Pero te has vuelto loca? A ti se te ha metido en la cabeza tener un niño y te da igual de quién sea el esperma.

—Estamos enamorados, y lo sabes.

—Tú has perdido la cabeza.

—Muy bien, Carolina, como quieras. Me voy a casa, que estoy muy cansada.

—No, no, espera...

—¿Vas a dejar de decir burradas?

—Sí, pero es que...

—¡Ni es que ni leches! Estoy enamorada de Guille, nos queremos y vamos a tener un bebé. Me hubiera gustado que te alegraras por mí.

—Lo siento Reme, perdona, es que llevo unos días muy nerviosa.

—¿Nerviosa por qué?

—Porque la bruja, tu pitonisa, el día que me echó las cartas me dijo que había visto un embarazo.

—¡Joder, mira que es buena la tía!

—Pensé que era yo...

—¿La embarazada?

—Sí, claro. A ver, no es que yo no quiera ser madre, que sí que quiero, pero no ahora.

—Pues ya está, asunto arreglado, porque soy yo.

—Pero ¿y Guillermo qué dice?

—Está más contento que yo; de hecho, ya se lo ha contado a toda su familia. Y para que lo sepas, es un cielo.

—Sí, sí, eso ya lo sé, que se ve a lo lejos que es un buenazo.

—Pues eso, que vas a ser tía.

—Aún estoy en *shock*.

—Pues cuando dejes de estarlo, empezamos a mirar qué nombres nos gustan.

—Todavía no sabemos si va a ser niño, o niña. Y además, Guillermo tendrá algo que decir al respecto.

—Uy, ese es muy antiguo, dice que si es niño, le podemos poner Guille como él.

—Es bonito...

—Bueno, ya veremos. Pero si es niña, no hace falta escoger nombre.

—¿Por qué, ya te gusta alguno?

—Sí.

—¿Cuál?

—Carolina.

—Estás de coña, ¿no?

—No, nunca había hablado tan en serio, y se te acaba de meter algo en el ojo.

—Por primera vez en mi vida... no sé qué decir.

—Dime que te alegras por mí.

—Eso ya lo sabes.

—Dime que vas a ser la mejor tía del mundo.

—Eso también lo sabes.

—Dime que me quieres.

—Lo sabes.

—Un «lo sabes» no es un «te quiero».

—Te quiero.

—¿Por cuántos vamos?

—Ya he perdido la cuenta.

—Tampoco hace falta contarlos, supongo.

—El amor no entiende de números. El amor solo sabe de palabras, de recuerdos, de momentos, de risas, de lágrimas, de añoranzas, de reencuentros, de confidencias, de dormir contigo, de despertarme a tu lado, y de «si tú me dices ven..., lo dejo todo».

—Entonces, Carolina, si tú me dices ven..., lo dejo todo.

MAMÁ

—CAROLINA, ven un momentito, que quiero hablar contigo.

—Ahora no, mamá, que en nada viene Anita, y estoy preparando la clase.

—Es importante...

—¿Qué pasa? ¿Te han echado del trabajo?

—No, hija, por Dios.

—Pues venga, mamá, que no tengo tiempo.

—Vuelvo a casa.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir «vuelvo a casa»?

—Ya lo has oído.

—Pero... ¿por qué?

—Por varias razones, pero la primera y la más importante es que quiero a tu padre y quiero vivir con él. Tú sabes cómo ha cambiado durante todos estos meses; es otra persona, y no vamos a volver a caer en la rutina, ya lo tenemos más que hablado, vamos a ser novios eternamente...

—Es verdad, papá es otro.

—La siguiente razón es que llevo aquí seis meses, y tú necesitas tu espacio y tu intimidad.

—No, mamá, yo estoy bien aquí contigo. No te niego que al principio me costó acostumbrarme, pero ya no sé si podré dormir sola...

—Tú con quien tienes que dormir es con Cristian, y no con tu madre.

—Con él duermo los fines de semana y algún día entre semana también, ya lo sabes.

—Pues ahora podréis dormir juntos cada día. Cristian es un amor, es la mejor persona que podías haber encontrado, y siento haber sido reacia al principio, solo quería lo mejor para ti, y ahora sé que ya lo tienes.

—Mamá, no quiero que te vayas...

—Cariño, no digas tonterías.

—No quiero echarte de menos.

—Carolina, voy a estar a cuatro calles de aquí, en casa, en tu casa, en nuestra casa, y puedes ir cada día a verme. Y si no vas tú, vendré yo.

—No será lo mismo...

—Lo que tienes que hacer es decirle a Cristian que se venga a vivir aquí, que ya lleváis casi un año de novios.

—Ya me lo ha propuesto.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque no quería que te fueras.

—Carolina..., ¿tú sabes lo que yo te quiero?

—Mucho.

—La palabra no es «mucho», hija, es que nadie jamás, nunca, te va a querer como te quiero yo, y el día que seas madre lo entenderás. Todo ese amor que se va acumulando a lo largo de los años, que incluso va creciendo, que cuando piensas que es imposible querer más llega otra bandada de amor, y otra y otra. Yo os quiero a ti y a tu hermana más que a mi propia vida, y nada es comparable a este amor. ¿Y dices que me vas a echar de menos?

—Mamá, yo te quiero más que a nadie en este mundo.

—Puede que sí, pero el día que tengas un hijo seré la segunda de tu lista de te quiero.

—¿Y no puede haber dos primeros?

—Si tienes dos hijos, sí.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé. Y la respuesta es no, tu hijo siempre será el primero.

—Eso ya lo veremos...

—Me iré esta semana...

—¿Esta semana? ¿Por qué?, ¿qué prisa tienes?

—¡El timbre! Anda, ve a abrir, que debe de ser Anita.

Me he pasado toda la clase pensando en mamá, no quiero que se vaya, quiero que se quede aquí conmigo para siempre. Sí, Merceditas, ya sé que cuando se vino me puse como una energúmena. ¡Ay, hija, no me mires así! ¿Que no sabes qué quiere decir esta palabra? Pues que me puse en plan borde, que tú ya sabes lo que le dije, que aquí no se quedaba, que no cabíamos, que el piso era muy pequeño y un montón de gilipollices más... Y ahora no sé qué haré sin ella, sin su quererme a todas horas, sin su compañía, sin su tortilla de patatas y sin sus croquetas... Que sí, bonita, que ya sé que he dicho mil veces que las del Mercadona están más buenas; pero no es cierto, nadie hace las croquetas como mamá, nadie se ríe como mamá, nadie llora como mamá, nadie nunca me va a querer como me quiere mamá...

—Cariño, ¿qué te apetece para cenar?

—Nada, no tengo hambre.

—Hija, no te enfades, no quiero verte así.

—Pues no te vayas.

—Carolina, ya te lo he explicado.
—Sí, ya lo sé. Perdona, mamá, es que no me hago a la idea.
—Anda, llama a Cristian, que se venga a cenar.
—No, quiero estar solo contigo.
—Hija, no te me pongas dramática, que luego no voy a poder dormir.
—Vale, pero cenamos solas.
—¿Y Reme, cómo se encuentra?
—Eso, tú cambia de tema.
—He comprado un vinito que me ha costado veinte euros. Anda, ábrelo y me vas contando...
—¿Pero te has vuelto loca?
—Hija, que un día es un día.
—Pues has escogido el peor.
—Venga, cariño, vamos a brindar.
—¿Para qué?
—Para que se te pase la mala leche.
—No es mala leche, mamá, es otra cosa.
—Ya lo sé, cielo, y por eso vamos a relajarnos. Anda, cuéntame...
—Pues nada, que se pasa el día vomitando, que te montas en cualquier autobús y huele a *vomitao*.
—¡Ay, pobre! A mí eso me pasó con tu hermana.
—Pues esta anda la mar de contenta, dice que no le importa que huelga a vómito todo Madrid, que eso es alegría.
—Tanto como alegría...
—Yo creo que ha perdido la cabeza, que esta está incubando el feto en el cerebro y no en la barriga.
—Lo importante es que esté bien, que pasó unos meses que no veas con lo de Víctor.
—Me lo encontré el otro día, pero a ella no se lo he dicho.
—¿Ah sí? Pues a mí tampoco.
—Pues te lo digo ahora.
—¿Y hablasteis?
—Me preguntó por ella.
—¿Y qué le dijiste?
—Que se fuera a tomar por culo.
—¿Lo dices en serio?
—Pues claro, y lo a gusto que me quedé.

—Ay, no sé, hija, le podías haber sacado información.

—¿Y para qué quiero yo información de ese? Que se vaya a la mierda.

—Tienes razón, no ha dado señales de vida en un año y ahora al imbécil le da por preguntar. ¿Y Reme no lo ha vuelto a ver? Que Chueca tampoco es tan grande.

—Mamá, cuando no buscas no encuentras, y cuando no quieres ver no ves.

—¿Será ahora! Que con la de mensajitos que le llegó a mandar, yo no sé cómo al chaval no le explotó el móvil.

—Ojalá le hubiera explotado la cabeza.

—Bueno, lo importante es que Reme ya superó esa crisis.

—Sí, y en parte gracias a ti.

—¿A mí? Si yo no hice nada.

—¿Cómo que no? Con todo eso de los puntos suspensivos del Sabina. Y sobre todo, lo de tu punto final.

—Uy, es que ese es un filósofo del amor y del desamor.

—Pues hay un chaval en mi Instagram, un poeta con mayúsculas, majísimo el tío, Miguel Gane, se llama, y resume la historia de Reme en seis palabras.

—¿Y cuáles son?

—Ella era poesía. Él era gilipollas.

—Pues muy acertado, la verdad.

—Es que hay mucho genio por ahí suelto.

—Venga, comemos algo y vamos a dormir, que ya me ha subido el vino a la cabeza.

—Mamá, quiero dormir cogida de tu mano toda la noche.

—Eso está hecho.

—¿Y no me vas a soltar?

—No se ha inventado el día que yo te suelte.

—Tengo ganas de llorar.

—Lágrimas saladas, como tú dices...

—Te quiero mucho, mamá.

—Yo a ti te quiero más.

PEDRO

ESTE NIÑO SIEMPRE IGUAL. Ya hace diez minutos que debería haber llegado, y luego, entre que se pone y no se pone, no vamos a dar ni media hora de clase. De verdad, Merceditas, tú no sabes cómo me tengo que armar yo de paciencia con estos críos. Y a ver cómo viene hoy este, porque yo no monto más gabinetes de psicología, que si lo llego a saber me hago psicóloga, coño. ¿Que qué es eso? Pues bonita, si no te pasases las clases durmiendo, igual ya te hubieras enterado; pero claro, que a ti los problemas de los demás ni te van ni te vienen. Pues hay que tener un poco más de empatía, y que sí, que ya sé que tú no tienes amigos así de tu raza, quiero decir, pero a mí sí me tienes, y tampoco me haces ni puñetero caso, da igual que te monte un drama, como que no. ¿Que me miras con carita de pena cuando lloro? Vale, sí, en eso te voy a dar la razón. Y la de besitos que me das, que luego parece que me haya pegado una ducha, que otra cosa no, pero babosa lo eres un rato. Por cierto, Merceditas, ¿a ti te he dicho alguna vez que te quiero? Es que ahora no estoy muy segura de habértelo dicho. Pues voy a aprovechar ahora que me estás mirando con esa carita tan mona y que, para variar, aunque solo sea por una vez y no sirva de referencia, me estás escuchando. Pues eso, que te quiero mucho, Merceditas. ¿Y esa carita es un «¿por qué?»? Pues hay muchas razones para que yo te quiera; la primera es porque es un amor correspondido, porque sé que tú también me quieres a mí, y esos amores son lo más de lo más. Pero vamos, que aunque tú no me quisieras, yo te iba a querer igual, porque también se puede querer a alguien sin que el otro te quiera a ti. Pero vamos, que esos querereres, al menos entre los humanos, no creo yo que sean muy sanos, más bien al contrario. ¿Y esa carita ahora? Que me estoy pegando un lío... Ay, hija, es que no sé cómo explicártelo. Te voy a decir la segunda razón, así que sigue atenta, que de momento te estás portando muy bien. Pues la segunda es porque entraste en mi vida en un momento muy complicado, ya sabes, lo de Javier, lo del trabajo, lo de volver a casa de papá y mamá, que no fue fácil, que eso ya lo sabes; pero entonces llegaste tú, apareciste tú, ahí en ese parque, solita y desconcertada, y te acercaste a mí y me dejaste que te acariciara, y te dejaste querer... Y ahí, en ese banco y en ese parque empezó nuestra historia de amor. Mi amor humano y tu amor perruno. Total, que antes de que cierres esos ojitos y te vuelvas a dormir, quiero que sepas que te quiero y que nunca te voy a

dejar de querer.

¡Uy, el timbre! Ese es Pedro.

—Hola, profe.

—Ni profe ni leches, que pasan veinte minutos de tu hora. ¿Se puede saber dónde estabas?

—Lo siento, profe, es que me ha llamado Dani para que fuera a su casa, y no me he dado cuenta de la hora.

—¿Ya volvéis a ser amigos?

—El otro día hablé con él y le solté lo del avión, y no veas cómo le moló.

—¿Lo dices en serio?

—Que sí, que sí, que yo pensaba que eso era una cursilada, y todo lo contrario, que me pegó un abrazo el tío, que por poco me deja sin aire.

—Pues no sabes cómo me alegro. ¿Y los otros?

—Nada, ellos a lo suyo, pero tampoco se meten mucho con nosotros, nos sueltan alguna gilipollada de vez en cuando, pero que nos da igual, ya se cansarán.

—¿Y tu chica?

—Volvemos a ser novios. Dani y yo estuvimos hablando con ella y le explicamos la situación, cómo estábamos abducidos por esa banda de imbéciles y cómo habíamos salido de esa secta de tarados.

—¿Y te perdonó?

—¿Y no es eso el amor?

—No, el amor no es ir perdonando a todo Dios por ahí; al contrario, que la palabra «amor» jamás debería ir unida a la palabra «perdón», aunque una cosa es la teoría y otra cosa es la práctica, y yo también he pedido perdón en el amor; todos lo hacemos alguna vez porque todos nos equivocamos, porque estamos hechos así, porque a veces actuamos mal con quien nos quiere, o decimos palabras de las que luego nos arrepentimos. No somos robots, no somos máquinas, solo somos humanos, y por eso nos equivocamos una y otra vez, pero lo importante es darte cuenta de esa equivocación y rectificar, pero sobre todo que te sirva de lección, y ojalá la palabra «perdón» algún día deje de estar en el diccionario.

—Pero profe, lo importante es que volvemos a ser novios y que he recuperado la amistad de Dani.

—Cuida esa amistad, Pedro, porque es el único amor que te puede durar toda la vida.

—Ya lo sé, profe, y por eso ando con él todo el día, que no lo suelto, que

me dice que a veces se siente mal, todo el día conmigo y con mi novia.

—¿Y tú qué le dices?

—Que no lo voy a soltar.

—¡Qué bonito eres!

—Y también le digo otra cosa...

—¿Qué cosa?

—Que uno más uno son dos.

—Me vas a hacer llorar, Pedro, que ando un poco floja.

—¿Pero sabes qué es lo que más le gusta que le repita?

—Pedro, que lloro...

—Lo del avión.

Este niño es un amor, tenía razón Cristian cuando me dijo que les diera tiempo, que están en plena revolución hormonal y que andan muy perdidos y lo único que buscan es alguien que los comprenda. Y Reme también estaba en lo cierto cuando me dijo que nosotros éramos igualitos a ellos. Y ahora me doy cuenta que ya desde el principio no los supe entender, y no porque no quisiera, sino porque me pillaron en uno de los peores momentos de mi vida, y ya tenía yo bastante con lo mío como para encima aguantarlos a ellos. Pero esta pandilla de críos me ha demostrado que pueden ser muy maduros cuando quieren, o cuando las circunstancias de la vida los obliga a serlo. Y la verdad es que voy a echarlos mucho de menos cuando dejen de venir, aunque luego vengan otros y otros más, y ellos crezcan y terminen sus estudios, y trabajen, y tengan una familia e hijos. Siempre, siempre, de alguna manera, formarán parte de mí. Anita, Pedro, Iván y todos los demás. ¿Que por qué no he contado la vida de mis otros alumnos? Ay, Merceditas, pues porque ya bastantes monólogos te pego, hija, que tampoco te quiero cansar; aunque muy cansadita tampoco debes de andar, que la mitad te los pasas dormida.

PAPÁ Y MAMÁ

MAMÁ SE MARCHÓ. Ya hace dos meses y todavía la echo de menos. Tal vez sea verdad eso que dicen del cordón umbilical, que te mantiene atada a tu madre toda la vida. Pero lo único que me importa es que está bien y que anda más feliz que una perdiz. Cuando se fue, las primeras semanas, la iba a ver todos los días, y si no se venía ella a verme a mí. Pobre mamá, se sentía culpable por haberme dejado sola, aunque sabe de sobra que no lo estoy y que nunca lo estaré, porque te tengo a ti, bonita, porque tengo a Cristian, pero, sobre todo y ante todo, porque tengo a Reme y a Fran, y esos dos amores no los cambio por nadie. ¡Que no, hija, que a ti tampoco! Que me ha salido así, pero que yo a ti te quiero un montón, y además te he nombrado la primera, que si me prestaras un poco de atención de vez en cuando, te hubieses enterado, bonita. Uy, espera que me está llamando papá, que ahora le ha dado por llamarme cada día. Luego te sigo contando...

—Hola, papá.

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—Pues bien. Como ayer, como antes de ayer, como la semana pasada... Que me preguntas cada día lo mismo, papá.

—Carolina, ¿por qué no te vienes?

—¿Ir a dónde?

—Pues, ¿a dónde va a ser, hija? Aquí a tu casa, con nosotros.

—¿A vivir?

—Pues claro. Te echamos de menos.

—Yo también os echo de menos, papá, pero no voy a volver, que ya soy mayorcita.

—Pero es que no quiero que te sientas sola.

—No estoy sola, papá.

—Ya, Carolina, pero con el drama que le montaste a tu madre el día que se vino, que no la soltabas, hija... Que con el numerito que nos liaste en tu rellano, que salieron hasta los del segundo a ver qué pasaba, que igual se creían que había un incendio...

—Bueno, porque esos deben de andar muy aburridos, que tampoco fue para tanto.

—Hija, que te oían llorar desde dos calles más abajo.

—Papá, no exageres.
—Espera, que tu madre quiere hablar contigo. Te la paso.
—Hola, cariño.
—Hola, mamá.
—¿Cómo estás, cielo?
—Mamá, que sois muy pesaditos los dos.
—¿Estás con Cristian?
—No, luego voy.
—Ah, pues voy, y nos tomamos una cervecita abajo, en el bar.
—Que no, mamá, que estoy bien. Y además me voy en un ratito.
—Vale, hija, que tenía ganas de verte.
—Nos vimos ayer...
—Sí, pero solo dos minutitos, que tú siempre andas con prisas.
—¿Cómo vas con papá?
—Ay, hija, pues de novios y compartiendo piso.
—Mamá, que lleváis treinta años juntos.
—¿Y eso qué tiene que ver?
—Tiene que ver, que novios, novios, tampoco sois.
—¡Uy, pues si nos vieras...!
—¿Dónde?, ¿en la cama?
—Carolina, no te pases. Pero mira, ya que lo preguntas, la cama la utilizamos solo para dormir, que ahora somos más de aquí te pillo, aquí te mato.
—Será aquí te pillo, aquí te follo.
—Mira, Carolina, que te cuelgo el teléfono.
—¡Pero si lo has dicho tú!
—Yo no he dicho nada, y además de este tema ya hablo con mis amigas.
—Claro, porque tus hijas estamos ahí de relleno.
—Anda, Carolina, vamos a dejar el tema. ¡Ah, y este domingo te vienes a comer con Cristian!
—Sí, mamá, como cada domingo, que entre vosotros y los padres de Cristian no hay quien descansa los fines de semana.
—Ah, pues de eso quería hablarte.
—¡Qué miedo me das, mamá!
—Ya sabes que la madre de Cristian viene cada día a por el pan, y claro, ya te puedes imaginar que nos pasamos el rato comentado de los niños.
—¿Qué niños?

—Pues Cristian y tú, hija, ¿quiénes van a ser si no?

—Mamá, que ya andamos un poco crecidos los dos.

—Bueno, como te contaba, que hemos decidido, si a vosotros os parece bien, que vamos a comer un domingo en cada casa todos juntos.

—¿Qué quiere decir todos juntos?

—¿Pues quién va a ser? La familia de Cristian y la nuestra, y así el sábado lo tenéis libre para vosotros solitos.

—Ah, pues no es mala idea.

—¡Hecho entonces! Ahora mismito, en cuanto terminemos de hablar, llamo a su madre y te digo en qué casa empezamos.

—Vale, mamá.

—Oye, ¿y Reme cómo anda?

—Pasada de cuentas, ya lo sabes, que esa me pega un susto en cualquier momento.

—Yo lo que no entiendo es que no hayan querido saber en todo el embarazo si es niño, o niña, que su madre está que echa humo, que se pasa el día comprando ropita de color rosa, y al día siguiente la va a cambiar por el color azul, y luego otra vez rosa. Y me dice que cada vez que entra en la tienda esa tan mona de bebés que hay aquí en el barrio, seguro que piensan que ya entra otra vez la loca.

—Eso os pasa por antiguas, ¿es que los niños no pueden ir de rosa, y las niñas de azul?

—¡Ay, hija, que solo era un comentario! Y que yo ya le he dicho que se la compre lila, que esa va bien para los dos sexos.

—Pero ¿qué dices mamá?

—Da igual, no me hagas caso. Total, que la mujer se pasa el día de casa a la tienda y de la tienda a casa.

—Pues que se ponga a trabajar y se busque un novio, como tú.

—Lo mismo le digo yo, que a ella sí le explico, y creo que a la pobre la tengo un poco asustada.

—¿Le cuentas dónde lo hacéis?

—Mira, bonita, vamos a dejar esta conversación aquí y ya nos vemos mañana.

—Pero si eres tú, mamá, que empiezas y luego no terminas.

—Hasta mañana, cielo.

—Adiós, mamá.

—Buenas noches, hija.

—Mamá...

—Dime...

—Que te quiero mucho.

—Más te quiero yo.

—Y a papá también. Díselo.

—Ahora se lo digo.

—No, que yo lo oiga.

—¡Cariño, que dice tu hija que te quiere!

—¿Qué ha dicho? Que solo he oído un murmullo.

—Ha dicho que *ídem*.

—¿*Ídem*? ¿Y no puede ser un poco más explícito? Que me he tirado no sé cuántos meses haciéndole de celestina, y ahora me suelta un «*ídem*» y se queda tan ancho.

—Espera, que se pone...

—Dime, hija.

—Que te quiero mucho, papá.

—Por mucho que tú me quieras, jamás alcanzarás mi amor por ti.

—Jolines, papá..., si llego a saber que vas a hacerme llorar, me quedo con el «*ídem*».

—Anda, vete con Cristian, que no quiero que estés sola.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, mi celestina.

REME Y GUILLE

—¡CAROLINA!

—¿Qué pasa?

—Que estoy en el hospital, que he roto aguas.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Tranquilízate, que ya bastante nerviosa estoy yo.

—Ahora mismo voy.

—Ni hablar, que estás con las clases.

—Mira, Reme, que no estoy yo ahora para tonterías. Ahora mismo llamo a Anita para que no venga. Y además, que yo quiero estar en el parto.

—No te van a dejar entrar, Carolina. Solo una persona, nos han dicho, y no veas la pelea que me están armando Guille y mi madre para ver quién entra.

—Pues yo también vengo a pelearme.

—Cariño, por favor, que ya ha entrado la doctora, por el jaleo que están armando, y les ha dicho que si se creen que esto del parto es una final de la Champions.

—Ay, Reme, que me haces reír.

—Pues aquí risas pocas, que cada vez que me da una contracción, los mando a los dos a tomar por saco.

—¿Y tu padre?

—Está de camino, y ya el que me faltaba. Anda, llama a Fran y os venís, que a estos no hay quien los aguante.

—¿Y quién va a entrar?

—Pues Guille, que para algo es el padre y el espermatozoide más rápido. O sea, que vente y se lo explicas tú a mi madre, que a este paso los echan a los dos a la calle.

¡Merceditas, que voy a ser tía! Y deja ya de lamerme, que estoy llorando de alegría, que estás tú que no distingues nada, hija. Me voy, pillo un taxi y me planto allí en dos minutitos. ¿Que tú también vienes? No puedes, bonita, que ahí no dejan entrar perritos. Pero que no te preocupes, que yo les pido la hoja de reclamaciones a estos también, y en cuanto vuelva te lo cuento todo. Y ahora déjame que llame a Fran antes de irme, que si no, ya la vamos a tener liada.

—¡Fran!

—Hola, reina.

—Reme está de parto.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—¡Qué poco originales somos, hijo!

—¿Qué dices, que no te entiendo?

—Nada nada, cosas mías. ¿Estás en casa?

—Sí.

—Pues baja, que paso a recogerte con un taxi.

—Ya estoy bajando.

¡Coño, Carolina, deja ya de llorar! Que este pobre taxista ya me ha dado todos los pañuelos que tiene en la guantera, que está el hombre con una cara de pena que hoy ni cena.

—Señor taxista, que estoy bien, no se preocupe.

—Me llamo Juan, y me tienes con el corazón encogido, hija.

—Ay, lo siento, pero lloro de alegría.

—Ah, bueno, pues ya me quedo más tranquilo.

—Es que voy a ser tía.

—¡Qué bien! Ahora sí que te entiendo, que a mí me han hecho abuelo hace poco, y no veas también la de lágrimas que solté.

—Lágrimas saladas...

—¿Cómo dices, hija?

—Las lágrimas que son saladas saben a mar...

—Ah, pues será cuestión de ponernos todos a llorar, y nos montamos una playita aquí en Madrid que vienen hasta los de Benidorm.

—Ay, no me haga reír, que se me junta el llanto con la risa.

—¿Y hay una pareja más bonita que esa?

—Pues ahora que lo dice, la verdad es que hacen muy buena pareja... el llanto y la risa.

—¿Es ese chico el que hemos de recoger? Que no para de hacer señales.

—Sí, sí, ese es. Y no se asuste, que este le monta un drama como el mío o peor.

—¿También es un familiar?

—Sí, es el tío.

—¿Sois hermanos?

—Sí.

—Pues no os parecéis en nada.

—Eso es por fuera, por dentro nos parecemos en todo...

Ya estamos en el hospital Fran y yo. Reme ya está en la sala de partos. Hemos preguntado por la madre de Reme, y una enfermera nos ha dicho que también está dentro porque se ha estado haciendo un rato la muerta, que han ido hasta con los aparatos de reanimación, y al final la doctora, que ya ha visto que era un numerito, le ha dicho que también podía entrar, y la mujer ha pegado un salto, que a la enfermera que había entrado con el equipo de reanimación por poco la tienen que reanimar a ella. Y yo no sé la de rato que llevamos aquí, los dos llorando, que ya nos han traído como tres vasos de agua a cada uno, que yo no sé lo que se debe de pensar que nos pasa esta pobre gente.

—¡Hola, guapos!

—Ay, por Dios. ¿Dónde está Reme? ¿Cómo está?

—Está bien, la he dejado un rato sola con Guille.

—¿Y el bebé?

—El más bonito del mundo...

—Pero niño, o niña?

—Ahora lo sabréis.

—¿Pero no nos lo puedes decir tú? Que ya no aguanto más, que llevamos así nueve meses.

—En media horita los llevan a la habitación y los veis.

Y por fin llega una enfermera y nos dice que ya podemos entrar. Y sin dejar de reír y sin dejar de llorar, su abuela, su tío y su tía entramos a ver al bebé más bonito del mundo...

—Reme...

—Hola, amores. ¡Qué falta me hacíais!

—¿Cómo estás? ¿Y el bebé?

—Ahora se viene con Guille, que a mí me han traído la primera.

Y entran... Guille y una enfermera que lleva una cunita de ruedas. Y dentro está el bebé más bonito del mundo. Y veo cómo lo saca de la cunita y se lo da a Reme y...

—Carolina, Fran... Os presento a Carolina.

Y ahí es cuando, por primera vez en mi vida, muero de amor... Y me la da, y la cojo entre mis brazos, y sé que tengo que dejar de llorar, que seguro que la sal a los bebés muy bien no les va. Pero... ¿cómo detengo estas lágrimas saladas? ¿Cómo detengo todo este amor? ¿Cómo puedo dejar de mirarla? ¿Cómo volver a ver como antes? ¿Cómo volver a oír como antes? ¿Cómo volver a oler como antes? ¿Cómo volver cuando mueres de amor?

CAROLINA, CRISTIAN Y MERCEDITAS

¡UN AÑO! ¿Cómo es posible que el tiempo pase tan rápido? «¡Es el amor!», me dice mamá. Y la verdad es que yo también lo creo. Un año de amor viviendo juntitos en el piso de Cristian. ¿Que nos peleamos? A ver, bonita, que peleas, peleas, tampoco son, que a ti, Merceditas, también te regaño muchas veces, y luego hacemos las paces enseguida, ¿verdad? Pues con Cristian igual, y que además, hija, ya ves qué manera tenemos de hacer las paces. ¡Ah, y esto no se lo cuentes a mamá, que me va a llamar ordinaria otra vez! Que le hablas de sexo y no veas cómo se pone; pero eso sí, a sus amigas seguro que les suelta el *Kamasutra* entero, la muy malvada. Pero es que Cristian es un amor... Mira, bonita, si no te gusta el monólogo, te haces la dormida y listo, que total, para el caso que me haces... Que tú solo mueves la colita cuando hablo de ti. Pues eso, que Cristian es mi príncipe azul. Después de tantos años besando sapos, apareció él, así, de repente, como si se hubiera caído de una nave espacial o de un planeta perdido y lejano en el tiempo, o de la misma luna, o de las estrellas, o de este maravilloso sol que ilumina toda mi vida, que lo ilumina a él, que te ilumina a ti, Merceditas, a papá, a mamá, a Jessi..., este sol que ilumina a Fran y a Reme, este sol que no deja de iluminar cuando veo a mi pequeña Carolina... y muero de amor.

El amor, porque no hay palabra más bonita, porque los tengo a todos metidos ahí dentro, dentro de esta palabra: amor. Porque la vida me ha quitado, pero luego me ha dado tanto... Y por eso sé que todo lo malo y lo tóxico de nuestra vida termina yéndose, a veces despacio y a veces tan deprisa como si hubiera pasado un ciclón. Y como a veces nos cuesta reconocer lo malo, nos quedamos ahí, varados y a la deriva, esperando que pase alguien para salvarnos, esperando que pase alguien para querernos... Y a mí, Merceditas, en ese momento a la deriva de mi vida, me apareciste tú, y ahí, Merceditas, empecé a quererte. Y luego ahí, en ese momento a la deriva de mi vida, apareció Cristian, y ahí empecé a quererlo.

—Cariño, ¿con quién hablas?

—Con Merceditas.

—Pero si está dormida.

—Para variar.

—¿Nos vamos a la cama?

—¿A dormir?

—Eso luego.

—Cristian...

—Dime.

—Te quiero, y te voy a querer siempre.

—¿Estas bien, Carolina?

—Nunca había estado tan bien.

—Carolina...

—Dime...

—Te quiero, y te voy a querer siempre.

Y así, cogidos de la mano y de camino a nuestra habitación para siempre, termina esta historia de amor, de desamor, de padres, de hijos, de adolescentes, de perritos abandonados y de amigos que se quieren más que a uno mismo. ¡BENDITA BRUJA!

EPÍLOGO

EL AMOR

El amor... cuando llega, la explosión es de dimensiones épicas, un *big bang* del corazón, una alteración de todos los sentidos, puertas y ventanas ventiladas, corrientes de aire, océanos que se juntan, inundaciones de valles, días de sol y noches de luna. Una mezcla de besos, palabras y risas acompasados al andar, tu mano en la mía, mi mano en la tuya. El amor, cuando llega, siempre lo hace con prisas, con «te quiero» gritados al viento, con esas pupilas que se miran, con esas sonrisas eternas, con esos cuerpos que tiemblan. Con ese... «no puedo vivir sin ti», con ese... «sin ti, me muero».

EL DESAMOR

El desamor..., que todo lo arrasa y todo lo destruye, como un tsunami de mares lejanos, como un huracán en tierras extrañas, como un terremoto que hace temblar la tierra, y todo se oscurece. Y los días se alargan en el tiempo, y las noches son noches sin luna, y lloramos lágrimas de sal inundando toda nuestra casa para morirnos ahogados en un llanto de amor, aun sabiendo que las lágrimas no matan, que el agua se cuele por todos los rincones, que nunca hay suficiente agua. Y ese olvido que no llega, y ese duelo que no termina, y ese reloj que no marca las horas, y esos días que pasan lentos, y tu presencia que sigue en mi casa, rodeada de lágrimas saladas. Y que, como canta Sabina, «Lo peor del amor cuando termina es que al punto final de los finales no le siguen dos puntos suspensivos». Cómo duele el desamor...

EL CLAVO

Y después de un tiempo, algunas veces, abrimos puertas y ventanas, y dejamos entrar un amor sin que el otro salga, y se produce un choque de trenes donde nadie entiende nada, si es que hay algo que entender cuando el amor pasa. «Déjalo entrar», te dice la mente. «No lo dejes pasar», te grita el alma, porque quizás, tal vez, a lo mejor, te vuelvas a enamorar sabiendo que el amor siempre pasa.

Pero sin ninguna duda, hay que ventilar la casa y dejar que vuelva a entrar el amor por las ventanas, por las rendijas de las puertas, por las grietas de las paredes, por balcones y terrazas. Y que se quede un tiempo, y dejarlo ir si se marcha, y otra vez volver a ventilar la casa. Que nada es para siempre, y el siempre no existe en el nada, que el amor viene y va, que todo es efímero y todo pasa. Que pasa el amor, y el desamor también pasa. Y que un clavo saca otro clavo.

LA FAMILIA

Nadie, nunca, jamás de los jamases, te va a querer como te quieren tus padres, porque este amor es incomparable a ningún otro amor. Y de eso te das cuenta a lo largo de los años, cuando tienes a tus propios hijos y, de repente, empiezas a ver a través de sus ojos, a oír a través de sus oídos, a sonreír sus sonrisas y a llorar sus lágrimas. Todo ese amor, que se va acumulando a lo largo de los años, que incluso va creciendo, que cuando piensas que es imposible querer más, llega otra bandada de amor, y otra, y otra. Esos amores por los que te dejas matar, esos amores por los que matas, esos amores por los que mueres. Por ti, hijo, muero de amor...

LA AMISTAD

No hay mejor medicina para el desamor que los amigos en armas. Con sus «a tomar por culo», con sus «que lo aguante su madre», con sus «ojalá lo atropelle un camión de esos de ocho ejes». Te provocan risas entre mares de lágrimas, que te hacen hacer muecas hasta parecer un payaso. La amistad de los de «tú vales mucho», los de «un clavo saca otro clavo», los de «dedícate a la

carpintería». Los amigos que no te dejan ni un instante a solas y quieren comer y cenar y dormir contigo. Que no te dejan llenar de agua salada toda la casa. Porque uno más uno son dos, y porque sé que se tirarían de un Boeing 777 en pleno vuelo por mí, y yo por ellos, y porque los amigos y las amigas no vienen y van, porque no son efimeros, porque la amistad, al contrario que el amor, nunca muere y nunca pasa.

Os quiero.

Silvia Arrú Esteve.

AGRADECIMIENTOS

A ti, papá, por ser siempre mi primer lector y mi peor crítico, básicamente porque no me criticas nada, ja, ja, ja. A ti, mamá, que me cuidas siempre desde el cielo con tus alas de mariposa. A mi hijo, por quien muero de amor. Y a toda mi familia, lo más importante que tengo en mi vida. Pero este libro va dedicado sin ninguna duda a todas mis amigas, por estar siempre ahí, en los buenos momentos, en los regulares y, sobre todo, en los malos. Las de siempre y para siempre, con las que bebemos, fumamos, nos reímos y nos queremos a rabiar. Y cómo olvidarme de todos mis amigos de mi Instagram literario (bookstagram), qué bonitos sois. ¡Y que conste que esto no es para que me hagáis reseñas positivas! Ja, ja, ja. Y ante todo, porque vosotros, vosotras y yo somos un poco Carolina, y Reme, y Fran, y Cristian, y papá y mamá, y Jessica, y Anita, y Pedro, e Iván... Y porque todos hemos sido alguna vez perritos abandonados; por eso también todos somos un poquito Merceditas.

Gracias. Os quiero.



AUTORA



SILVIA ARRÚ ESTEVE

(BARCELONA, 1968)

¿Que decir sobre mí?

Vale, ya lo sé.

Que me gusta leer, escribir, cantar y bailar.

Que tengo un hijo por el que muero de amor.

Una familia maravillosa.

Y unos amigos de los de «si tu me dices ven, lo dejo todo».



Table of Contents

CRÉDITOS

MALDITA BRUJA

¡MALDITA BRUJA!

CRISTIAN

MERCEDITAS

ANITA

FRAN

REME

PEDRO

MAMÁ

ANITA

FRAN

CRISTIAN

PEDRO

MAMÁ

IVÁN

MAMÁ

ANITA

MAMÁ

PEDRO

CRISTIAN

MAMÁ

REME

ANITA

CRISTIAN

MAMÁ

JESSICA

MAMÁ

PAPÁ

ANITA

MAMÁ

PEDRO

CAROLINA

PAPÁ

JESSICA
CAROLINA
FRAN
PEDRO
REME
MAMÁ
PEDRO
PAPÁ Y MAMÁ
REME Y GUILLE
CAROLINA, CRISTIAN Y MERCEDITAS

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

AUTORA